

Severino Campos

# UNA VIDA POR UN IDEAL



Llamado, a veces, cariñosamente, “el pequeño jacobino”, Campos nos hace aquí el relato de su vida.

Nacido en 1905, se afilia a la CNT en 1918. Perteneció al grupo de afinidad El Productor, y en noviembre de 1931 forma parte del CR de la CNT catalana.

Estas memorias, escritas a los 91 años, no pueden por menos que mostrarnos a un Campos ya sumido en cierta decadencia intelectual. No obstante, son uno de los pocos testimonios que quedan de la actuación de los Grupos de Defensa Confederal.

Exiliado tras la guerra, se asienta en Sudamérica y posteriormente en México. Vuelto a España tras la muerte del dictador, reverdeció viejas glorias, siendo director de *Solidaridad Obrera* en 1979, y redactor de 1982 a 1983.

El 25 de marzo de 2006 fallece en México.

Severino Campos Campos

**UNA VIDA POR UN IDEAL**

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DE CONTENIDO

I. SETENTA AÑOS DE MILITANCIA

II. LA REPÚBLICA

III. INSURRECCIONALISMO

IV. GUERRA Y REVOLUCIÓN

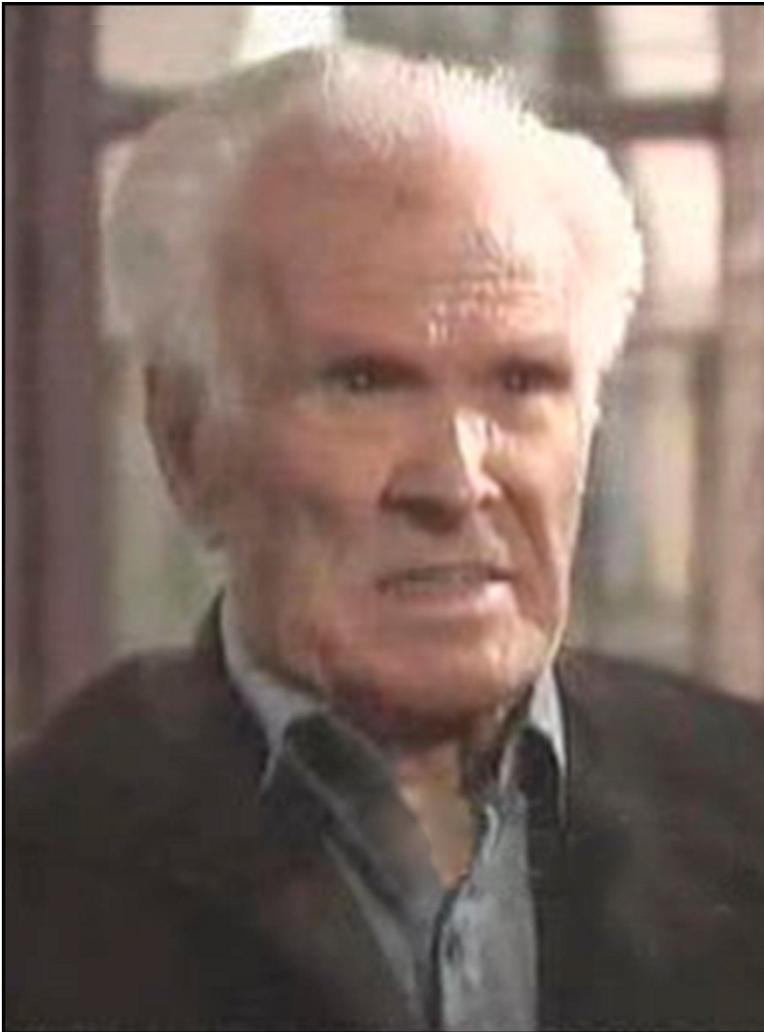
V. LA CONTRARREVOLUCIÓN

VI. EXILIO EN FRANCIA

VII. EXILIO EN SUDAMÉRICA

VIII. EXILIO EN MÉXICO

IX. DE VUELTA DE TODO



## I. SETENTA AÑOS DE MILITANCIA ANARCOSINDICALISTA Y ANARQUISTA

Me llamo Severino Campos y nací en Montserrat, provincia de Valencia, el 26 de agosto de 1905. Mis padres fueron humildes proletarios, especialmente mi padre, quien tuvo que supeditarse al salario para defender las necesidades del hogar. Llegamos a ser seis hermanos, cuatro mujeres y dos varones, sin otra ayuda que una parcela bastante amplia que mi padre transformó, de modo que en su mocedad supo poblarla muy bien de viñedos de moscatel y olivares. También teníamos una pequeña parcela que nos legó mi abuelo Vicente, que lo mejor que tenía era una hermosa higuera de muy buen fruto. Mi padre estuvo en la guerra de Cuba y de allí trajo unos apuntes, que algunos curiosos del pueblo leyeron. Por parte del gobierno de entonces le reconocieron unos derechos, que gestionó para cobrar pero que nunca le pagaron.

Mi padre, en Cuba, contrajo una enfermedad en el estómago de la que llegó a morir. Era trabajador, ingenioso, muy madrugador y muy fumador; al levantarse por la mañana, lo primero que hacía era prender el cigarrillo, y cuando cumplí mis

siete años, me despertaba para que me fuera a la parcelita del abuelo Vicente donde el día antes me había preparado una tarea. Cuando cumplí los ocho años, mi padre, que me llevaba al colegio, me hizo revisar por algo que me encontraron en la vista, por el Dr. Huerta quien certificó que yo en los ojos no tenía nada, pero que el mal lo tenía en el nervio óptico. Ya incorporado en la escuela, acompañado de mi madre, y recibido por el maestro Don Evaristo Calatuyud Belda, noté que mi madre se fue llorando, pero la pequeña tarea diaria antes de ir al colegio tenía que efectuarse.

Me entregué muy a gusto a las tareas de la escuela. Cuando ya aprendí leer un poco, cayó en mis manos un cuento con el que reí y encontré bonito. Un día el maestro nos llama a la sección para hacernos una prueba, de lectura y yo utilicé, con el permiso del maestro, ese cuento en lugar del que traía el libro de texto. Terminada esa prueba en la sección, el maestro se levanta, los revisa y me dice: “Severino tiene el primer premio”. Mi madre, como de costumbre, me cogió entre sus brazos y me colmó de besos, me sacó la ropita, me cambió y devolvió al Colegio. Mi vida familiar no tuvo privilegios ni grandes comodidades; la verdad es que si mi padre conmigo fue algo riguroso, también es cierto que me rebelé con algunas diabluras que a mi corta edad, eran poco o nada lo que pondrían en evidencia.

Mi padre tenía dos hermanas y un hermano, Elvira, Teresa y Fermín. De todos ellos tuve las más bonitas atenciones que la infancia debería tener. Mi tía Elvira, jovencita y muy bromista, tenía por costumbre tirarme de orejas fingiendo que en esos tironcetes sacaba peladillas de Alcoy de las mejores que se fabricaban; mi tía Teresa era la que me proveía de juguetes de

la época. Mi tío Fermín, cuando nos encontrábamos, no importaba donde, echaba mano al bolsillo sin mirar cuanto y me daba lo que salía. Para las dos familias yo era el primer nieto. La misma tía Teresa, que murió de parto a los 22 años, me exhibía entre sus brazos ante sus amigas jactándose de que como yo no había ninguno.

Vivíamos en España, y particularmente en Barcelona una situación de violencia horrible en los momentos posteriores a la huelga de la canadiense: el pistolero de la patronal llevaba ya asesinados 398 militantes de la CNT. Asesinatos que eran apoyados por Alfonso XIII. Con los encarcelados se hizo una deportación, entre los cuales estaba previsto Luis Companys que era ayudante del abogado Lairer, defensor de la CNT, y cuando su esposa se enteró que se lo llevaban fue a avisar a Lairer para ver si podía evitarlo; el abogado se moviliza para hacer esa gestión y al salir de la casa es asesinado por unos pistoleros que lo esperaban.

Seguí fue atentado por primera vez en aquellas circunstancias, pero no acertando en esa ocasión, reincidieron el 10 de marzo y entonces sí que lo mataron. La militancia distinguida tuvo que marcharse a Valencia, entre ellos, Eusebio Carbó y Margarita, José Viadiu y Libertad Ródenas. Reanudaron actividades entre ellas la reaparición de *Solidaridad Obrera* y abrieron en Valencia la Escuela Racionalista más prestigiosa que ha existido con maestros muy competentes.

El foco del pistolero en Barcelona era el Sindicato de Banca y Bolsa, allí estaba el baluarte del personal más audaz y agresivo de ese movimiento, quien se atrevió a declarar que le extrañaba

mucho que en Valencia no se hubiera fomentado lo mismo que en Barcelona, por lo que organizaron un mitin para potenciar lo mismo que había en Barcelona, cuyo proyecto llevaron a cabo.

Yo, al ver esta situación, recordaba mi infancia y el camino recorrido hasta entonces; la imagen afectiva y cálida de mi madre, con su tolerancia, respeto y apoyo a mi interpretación de la vida, así como la imagen adusta de mi padre, su ejemplo como hombre de trabajo, a pesar de su distancia y falta de comprensión. Tenía la imagen siempre en la mente de mi madre, que había hecho mía. La oposición de mi padre no había motivado animosidad hacia él, pero sí un afecto mayor hacia mi madre, todavía más cuando en invierno por la noche, mi padre salía a tomar su poleo, y en la fogata de leña que prendíamos nos sentábamos mi madre y yo, ella con sus remiendos de ropa y yo con mi libro; y algunas veces me decía: “Severino, léeme algo de ese libro que estas leyendo”. Esto difería enormemente de mi padre, de quien frecuentemente tenía que esconder alguna de las lecturas en las que yo me entretenía.

Sin embargo, he de decir que en los menesteres de la agricultura, mi padre sabía tanto como un Ingeniero competente. Me sorprendió con sus procedimientos de injertos ya que en un árbol frutal pudo lograr en un año tres frutos diferentes. Su influencia y la curiosidad me llevaron a los nueve años a probar el procedimiento con una planta de viña y, para mi sorpresa, al cabo de unas semanas vi reverdecer mi injerto. Esto me inspiró para desarrollar mi ingenio en algunas otras situaciones. Por otro lado, mi padre acostumbraba a vender la cosecha de uva de moscatel cuando todavía estaba en la cepa y cuando no se ponía de acuerdo con el comprador, transformaba

las uvas en pasas, vendiéndolas a buen precio. Todo esto fue forjando mi carácter rebelde ante las injusticias y curioso ante el conocimiento humanístico y científico. También me hice algo terco, pues no hacía caso de las regañadas de mi padre y trabé amistad con personas que para él no eran recomendables por sus actuaciones liberales. En el pueblo había algunos jóvenes con una gran inquietud por la cultura. Un tal Alfonso Chazan me prestó un libro titulado “El amor, las mujeres y la muerte” que no comprendí pues Schopenhauer en ese momento era muy complicado para mí, sin embargo, encarrilé mis lecturas hacia obras más sencillas que me proporcionaban una gran satisfacción y me marcaron en el gusto por la lectura para toda la vida.

Sin estridencias extremas, yo iba distanciándome de lo que había sido habitual y tradicional en los familiares de ambos padres, con la excepción cada día más excepcional de mi madre. Mi abuelo Severino, persona bondadosa, incapaz de hacer mal a nadie, aunque católico apostólico, en el curso de la semana tenía que ir a misa dos o tres veces, sin que los domingos y días festivos fallara ninguno; y mi abuela Magdalena, cuando salía de casa, aquello de “Ave María” no fallaba ni una vez. Todo ello me hacía sentir como que yo era “la oveja negra de ambas familias”. Pero no dejé de serlo y tuve que afrontar situaciones bastante difíciles en mi vida.

En los trabajos del campo, además de los correspondientes en lo propio a la familia, tuve que entrar pronto en actividades asalariadas, pues, aunque poco, el ingreso, siempre era una ayuda a las necesidades del hogar. Después que la muerte de mi tía Teresa en 1917, cuando solo contaba con 22 años, mi abuelo

quedó medio trastornado, y la familia convino que yo le acompañara cuando saliera a alguna parte del campo. Esto duró pocos días porque el día de Navidad siguiente se fue a misa y mientras allí estaba, la abuela Juana encendió el fuego. El abuelo regresó de la iglesia se sentó al lado del fuego y le dijo a la abuela: –dame un trocito de calabaza; y mientras lo cortaba oyó un ruido extraño, se acercó y vio al abuelo en el fuego; como ella no podía levantarlo empezó a gritar, concurrió el vecindario, lo sacaron del fuego, llamaron al doctor, este lo revisó y trató de curarlo, pero a los pocos días murió.

Ese desenlace no alteró nada en cuanto a mis actividades y relaciones, pero opté por buscar trabajo, y lo pude encontrar en casa de un terrateniente del pueblo al que llamaban el chileno; empecé ganando seis reales diarios con la salvedad de que por la noche, después de cenar, tenía que pasar por la cuadra a dar el pienso a los animales. En ese trabajo estuve cuatro meses, y luego me trasladé a la Venta Cabrera, donde ya empecé a ganar nueve reales, que era el sueldo máximo que por allí se ganaba, con algunas excepciones. En la misma casa había un trabajador, el señor Joaquín Umbos, que llevaba 41 años en el mismo lugar, y el mayor sueldo que había conseguido era de siete reales diarios.

Ante todo ello concurre una circunstancia para mí imprevista y sorprendente, que modifica mi sistema de vida, sin alterar idealmente a las actividades y contactos afines que tenía desde hacía tiempo; mi madre tenía un primo hermano (Ricardo Campos), que en Barcelona trabajaba en las oficinas para la compañía Transmediterránea; de todo se desprende que el tío Ricardo tenía muy buenas relaciones con mis padres; de tanto

en tanto teníamos su visita, y pasaba algunos días con nosotros. Sin yo notarlo ni decirme nada, después pude suponer que mi padre le contó al tío Ricardo que yo andaba con malas compañías y afrontando riesgos de mala perspectiva, y que no sabían cómo sacarme de ese medio; convinieron entre ellos llevarme a Barcelona, donde mi tío tenía confianza de ingresarme donde él trabajaba. Mi madre me informaba y me dijo que les gustaría mucho que yo cambiara en situación de trabajo. Todo convenido entre ellos, me preguntan si me gustaría ir a Barcelona a trabajar, y les dije que sí.

Así planteado el problema y en parte resuelto, mi madre arregla la ropita que yo tenía y cinco días después nos vamos a Barcelona, a casa del tío Ricardo, calle Riego No. 9, de Sans.

Todo desconocido para mí, dos días después de mi llegada, me dio por salir por los alrededores, para ir conociendo algo del sitio donde estaba, y poco a poco fui ampliando el horizonte de mis paseos. Un día de los últimos que salí me encontré con un compañero que conocí en Valencia, nos saludamos y entablamos conversación, y me pregunta si ya había entrado en relación con los compañeros de Barcelona; le dije que no, y me dice: “Ahí en la carretera cerca de la entrada de Collblanc, hay un café llamado el Tupinet, donde los fines de semana concurren algunos de nuestros compañeros; y el viernes de la misma semana allí me fui en espera de tener suerte. Entré y vi dos mesas ocupadas, en una había dos personas y en la otra cinco; no exento de temor me dirigí a la primera, y les pregunté si ellos eran de la CNT, me dijeron que sí, y uno de ellos añadió “y esos que hay en esa mesa también lo son”; y mientras estábamos hablando, los de la mesa grande nos miraban y

escuchaban. A continuación me dirigí a ellos, les dije que acababa de llegar de Valencia, y que un compañero que por casualidad encontré me dijo que aquí podría ver a algunos amigos. Al pronunciarme así, entre ellos se apretaron un poco, me hicieron sitio, me senté y entablamos conversación, que giró en preguntas de ellos sobre cómo estaba la Organización en Valencia y su región. Les di algunos detalles, y me preguntaron si ya tenía vivienda; les enseñé mi carnet, y es cuando uno de ellos me ofreció su hogar, por si necesitaba alguna atención que ellos pudieran resolver. Indiqué que ese problema lo tenía resuelto; seguimos conversando, y al rato decidimos irnos, previa indicación, de que los viernes por la tarde allí nos podríamos ver y charlar.

Confieso que me fui maravillado de la buena impresión, sin dejar de pensar que tendría dificultades familiares, que no tardaron en presentarse. Continué saliendo y dando mis paseos, que cada día invertían más tiempo. Las relaciones iniciadas tuvieron amplitud en contactos afines; en el mismo lugar conocí a Diego Barrancos y a su hermana Luisa, a Arturo Parera, a Peirats, a Conejeri, a Monterde, y a otros jóvenes de la Torrasa, Sans y Hospitalet. La situación del trabajo prometido no se resolvía y un día por la tarde al llegar a casa noté a mi tío un poco extraño, pero no me dijo nada y presentí que algo iba a pasar.

Continué con las salidas de costumbre, y en la segunda que hice al mismo lugar encontré a quienes vi por primera vez, que resultaron ser los primeros los hermanos Murciano, excelentes cenetistas, y los otros eran Miguel Gimanes y María Ascaso, matrimonio, y Joaquín Ascaso, hermano de María, Ripollés, compañero de Castello y Arnau de Alicante. Como era habitual

la conversación iniciada se refería a los acontecimientos orgánicos del carácter nacional, y en esa ocasión se aludió a Salvador Seguí que fue asesinado el 10 de marzo, mes que estábamos terminando. Miguel Gimanes y Joaquín vivían en el Dos de Mayo, en una barraca de madera y cartones que ellos se había construido bastante lejos de donde estaba el Tupinet. Un poco más temprano que de costumbre decidieron irse a su hogar; me entretuve un poco más con Parrera, y al rato me fui a casa. A la llegada encontré a mi tío y en esa ocasión no se hizo esperar mucho la llamada de atención, preguntándome qué hacía tanto tiempo fuera de casa y con quién pasaba el tiempo; le respondí que paseando con unos amigos, no estuvo conforme con lo que dije, y contestó que tuviera “mucho cuidado con qué gente me juntaba”; le respondí que se iban a terminar sus preocupaciones, porque era el último día que iba a estar en su casa.

Al día siguiente por la mañana cogí mis bártulos, y me fui a casa de Miguel y les dije que no tenía recursos para afrontar las necesidades normales, y sabiendo que en Montjuich habían comenzado unas obras, allá me fui para ver si encontraba trabajo. Me falló la primera petición, pero cerca quedaba una cantera donde también consulté y me admitieron para empezar al día siguiente y ahí me tienen cargando camiones de piedra, que a veces difícilmente podía con ellas; el hecho es, que el segundo día de estar, al encargado, un señor que me dijo ser de Ascó , le pedí un anticipo y me dio dos pesetas.

Lo principal para mí en esos momentos era que ya trabajaba, que ya ganaba algo con lo que podía contribuir a los gastos que motivaba mi estancia en el hogar (barraca) de Miguel y María.

Miguel trabajaba como linotipista y ganaba un buen sueldo, Joaquín era estucador pero estaba sin trabajo; yo ganaba tres pesetitas, y en principio íbamos capeando la situación, no con amplias satisfacciones pero al menos cubríamos lo perentorio en espera de tiempos mejores. En el trabajo de la cantera estuve ocho meses. Todo ese tiempo la CNT se movió con muchas dificultades, que fueron una prueba de fuego para la militancia consciente.

En esa situación, como tenía alguna correspondencia con Progreso Fernández, además de las actividades con El Productor, y estaba la perspectiva de formar la FAI, aprovechamos para visitar las cuatro provincias catalanas para propagar el pensamiento libertario al que favorecimos mucho, particularmente entre la juventud, pues se abrieron algunos Ateneos de barriada.

Se llegó a acordar, para primeros de 1927, la formación de la FAI, en Valencia, y allá en la Albufera se llevaron a cabo las tareas de constitución. Cabe recordar a Progreso Fernández como el elemento más sugerente y consecuente de los que participaron en ese acontecimiento. Yo no asistí a las reuniones que se llevaron a cabo.

El golpe de estado de Primo de Rivera motivó una escisión orgánica que tuvo consecuencias muy desagradables, cuando uno de los decretos del director planteó que la organización sindical CNT debía supeditarse a las indicaciones del gobierno o cerrar sus entidades sindicales; también establecía que *Solidaridad Obrera* quedaba condicionada a lo mismo o sería clausurada. Planteado el problema en esos términos, y

afrontándolo en reuniones, surgen dos vertientes de opinión opuestas; Pestaña y sus coincidentes defienden que no importa en qué condiciones, los sindicatos deberán quedar abiertos y *Solidaridad Obrera* debe seguir publicándose. Ello implicaba diferencias irreconciliables. Esas circunstancias agitaban la preocupación militante, que no tarda en evidenciar una gran mayoría a favor de entrar en la clandestinidad antes que aceptar la imposición gubernamental, lo que determina la clausura de los sindicatos y de *Soli*.

Fueron momentos en que quedaron en evidencia la UGT y el Partido Socialista, de cuyas entidades salieron elementos comprometidos para actuar con el dictador como asesores de Estado, entre los cuales estuvo Largo Caballero. Ello ponía en evidencia que la UGT, y los socialistas practicarían la colaboración con Primo de Rivera, esperanzados en que iban a aumentar sus adherentes a expensas de los que tenía la CNT. No les salió la cosa como esperaban porque la militancia confederal manifestó actitudes consecuentes en la clandestinidad, y a pesar de los riesgos de ir a la cárcel, desarrolló actividades sorprendentes, y los socialistas no lograron lo que pretendían en detrimento de la Confederación Nacional del Trabajo.

La ofensiva contra la CNT, se encaminaba a hundirla, a hacerla desaparecer, para que la UGT, quedara como único baluarte sindical, finalidad que venían persiguiendo desde hacía años, Pablo Iglesias y sus amigos, que antes de comprometerse con Primo de Rivera ya lo hicieron con Sagasta y con Cánovas del Castillo. La verdad es que, no obstante, a pesar de la integridad de la militancia confederal, debido a los encarcelamientos, la CNT, disminuyó sus adherentes, pero quedó con prestigio para

un resurgir potencial que nunca tuvo la UGT, ni ninguna organización obrera de las que había habido en España.

A pesar de la realidad de la disminución que tuvo la organización confederal, ello no repercutió en el movimiento específico. Los grupos de afinidad continuaron en aumento, y los de El Productor, al que pertenecíamos, con parte del personal que he nombrado, optamos por sacar una publicación con el mismo nombre de nuestro grupo. Con ciertos temores de que no lo permitieran se hizo la petición legal, y a los quince días tuvimos contestación favorable. Con ese resultado empezamos a dar pasos para buscar imprenta y colaboración, y poco tardamos en conseguirlo, gracias a la actividad que desarrollaron Miguel Gimanes y Ripollés. Todo lo inicial ya resuelto, hicimos una visita a Manuel Buenacasa que residía en Blanes con su trabajo de carpintero, y nos felicitó por la agilidad con que nos movimos y la suerte manifestada.

Justo es reconocer que la carga principal y más intensa la efectuaba Miguel, que pronto logró colaboradores, entre los cuales de Andalucía estaba Francisco Caro Crespo, campesino, pluma brillante y competente para tratar los problemas del campo. Al grupo se incorporó Labrador que acababa de salir de la cárcel, y proporcionó a Miguel una buena ayuda en lo que se refiere a los menesteres complementarios a la colaboración literaria. Otro que destacó de una manera formidable fue Patricio Navarro del sindicato marítimo quien, tan pronto salía el periódico, hacía el reparto por toda Barcelona, además de su intervención en la realización de paquetes y trámites de correos.

“El Productor” iniciaba su segunda época, teniendo tanto en

el clandestino medio confederal, como en el específico un buen recibimiento. Si por todos fue bien acogido, en Andalucía era donde tenía mayor difusión. Cada cual en lo que podía, todos los elementos del grupo contribuían, con una predisposición de contento que levantaba ánimos, y deseos de poder hacer más de lo que se hacía. Seguimos reproduciendo algo de lo que recibíamos de Buenos Aires, de *La Protesta* y su *Suplemento*, y también se tuvo colaboración de dos compañeros italianos.

De esa manera llegamos hasta el número 11 y cuando ya teníamos preparado el número 12, con un trabajo de Malatesta, recibimos la orden de clausura. Dimos pasos para rehabilitarlo, lo que a pesar de nuestros deseos no fue posible. Se sugiere sacarlo en Andalucía con cambio de título. Fue Caro Crespo, con otros compañeros de allí, de acuerdo con el grupo El Productor de Barcelona quienes decidieron sacar una publicación de defensa de los postulados anarquistas en Andalucía. Se intentó sacar algo que sustituyera a *El Productor*, y se consiguió con el título de *Acción* del cual salió el primer número, pero no lo dejaron salir más.

Esas circunstancias abrieron una perspectiva favorable del movimiento específico; la crisis del trabajo y la represión de la dictadura motivó que de España a Francia saliera mucho personal, en gran parte de procedencia confederal. Ese fenómeno se hizo muy notable por todo el territorio francés, y mayormente por el medio día en cuyas poblaciones como Perpiñán, Toulouse, Beziers, Narbona, Carcasona y otras, era muy fácil ver agrupaciones de CNT y de grupos anarquistas; y de ambas organizaciones elementos valiosos que estaban en relación con otros compañeros en España.

En lo que a Barcelona se refiere, ese movimiento tenía mayor expresión en la juventud, haciéndose atractivas las actividades del grupo Sol y Vida de Gracia, con sus excursiones al campo, unas veces, y otras a la playa, siempre aprovechables para discusiones de contenido libertario. Castelldefels fue un lugar preferido.

En 1925 se produjo un acontecimiento, debido a que Max Nettlau vino a pasar unas vacaciones en Barcelona, en casa de la familia Urales, que a través de la *Revista Blanca* se dio a conocer por toda España. En esa ocasión, también por el grupo Sol y Vida se proyectó una excursión a Escala y Ripollet, que tuvo una asistencia extraordinaria, especialmente de juventud. Max Nettlau manifestó que nunca vio concurrencia y ambiente tan halagador como el que en aquellos momentos estaba gozando. Fue una jornada para todos placentera, de la que se hicieron varias fotografías, una de las cuales fue publicada en la revista aludida. Nettlau no hablaba del aspecto como él hubiera querido, y al comunicarse ampliamente con nosotros, manifestó que, con lo que estaba viviendo, quedaba ratificado el concepto que tenía del movimiento ácrata español.

En acontecimientos de menor importancia, el movimiento anarquista español continuó superándose, no obstante, los inconvenientes que la dictadura anteponía contra nuestra organización sindical, y a favor de la UGT y de los socialistas, colaboradores del dictador. En tales circunstancias, en San Feliu de Guixols salía *Acción Social Obrera*, gracias a la abnegación de unos cuantos compañeros de allí, entre los cuales estaban Juan Font, Esgleas y Hermoso Plaja, además de Antonia Maimón y Miguel Campuzano, maestros de la Escuela Racionalista que allí

había. Clandestinamente el carácter sindical en esa comarca era de lo más prestigioso que tenía Cataluña. Los elementos aludidos eran un exponente de trabajo y confianza, y no obstante, aun careciendo de local sindical, la situación de cotizaciones la llevaban muy bien, por la buena relación que siempre tuvieron con los taponeros de corchos.

De las cuatro provincias de Cataluña, tres de ellas me eran bastante conocidas, por los contactos que en lo específico y confederal había tenido y como yo me había prometido no hacer el servicio militar empezó a preocuparme esa situación, porque mi padre me había indicado que unos días antes de mi incorporación que estuviera con la familia, para él poder acompañarme a donde hubiera necesidad. Nunca le dije nada de mis intenciones, y cuando ya entramos en julio de 1926, un buen día, todo preparado, Joaquín Ascaso, su hermana Lorenza, y una niña que tenía de dos y yo, nos fuimos a Francia, para quedar prófugos y a pesar de lo que me reprochó mi padre, nunca me arrepentí de esa decisión.

Una vez ya en Toulouse, pocos días después de la llegada, escribí a mis padres diciéndoles lo que había hecho y el por qué a lo que me contestó mi padre en términos que me dejaron atónito. No podía comprender, que le dijera, que yo me había prometido no coger el fusil, para defender una monarquía que estaba asesinando a la juventud española en las contiendas de Marruecos. A este aspecto de mi postura me dijo, que no comprendía ni compartía esos conceptos porque, por no hacer el servicio militar, quedaba sin posibilidad de volver a España durante muchos años; y no obstante su edad, y haber hecho la guerra de Cuba, si hubiera habido necesidad de coger el fusil

para defender a España, lo hubiera cogido. Ahí se cortaron las relaciones con mi padre, y durante bastante tiempo solo las tuve con mi madre y mis hermanos.

Dos días después de haber llegado a Toulouse, empecé a trabajar en una fábrica de máquinas agrícolas, y cuando llegó la quincena en situación de cobro, por no tener el “Recepise”<sup>1</sup>, documento francés de legalidad, tuve que salir de esa situación. Con unos catalanes de Ripoll, albañiles, me puse a trabajar de peón; se trataba de una contrata que ellos habían hecho que duró dos meses, y me fue muy bien, pero nuevamente me quedé sin trabajo. Contraje amistad con dos catalanes ambos zapateros, y en conversación uno de ellos, Emilio Malins, un día me dijo; Severino; sin *recepise* tendrás inconvenientes para la cosa del trabajo; en Tarrascon-sur-Ariège han abierto unos trabajos para mantener una central eléctrica, y dicen que admiten a, todos; han contraído el compromiso de que el certificado de la documentación personal corresponde al Ayuntamiento. Con esa referencia, me fui y todo salió perfectamente bien. Allí habían abierto una pensión unos catalanes de Vic. Con el documento del trabajo, y el que logré del ayuntamiento, me admitieron en la pensión, teniendo que pagar los días de paga que tenía en el trabajo. Así las cosas, los dos problemas de mayor preocupación quedaron resueltos.

Un joven de la familia que tenía la pensión estaba como encargado en una brigada de donde había logrado el trabajo, y en conversación de esas actividades, un día me dijo; “Campos, ¿por qué no te vienes a mi brigada?; es trabajo de noche, pero el sueldo también es superior, y me fui con él. Por esa parte

---

1 Récépissé, permiso de residencia. [N. e. d.]

pirenaica el fresco ya empezaba a hacerse sentir; la verdad es que tuvo atenciones y muchas me favorecieron, hasta incluso en días de nevada, por no ir al trabajo, y respetarme la jornada. A mis veinte años tenía una gran fortaleza física, y aguantaba algunas inclemencias que otros no podían. Así aguanté trece meses que me permitieron hacer unos ahorritos, y pensar en un cambio de actividades laborables.

Dejé ese trabajo; nuevamente me situé en Toulouse, y en seguida hallé trabajo en una compañía que se dedicaba al arreglo y conservación de las calles, donde me pusieron en la brigada de alquitranaje. No era esa actividad muy saludable ni limpia, pero de momento tenía que aguantar; ya a mediados del 27 me animó un propósito hacía algún tiempo concebido, consistente en trasladarme a París, para ver si podía realizar estudios de carácter académico, más coherentes y ordenados que los que libremente había efectuado. No tenía relación con nadie de allí, pero decidí irme, y fui a parar, después de dejar la maleta en consigna, a un restaurante vegetariano, del que sí tenía la dirección.

Unas semanas antes de salir de Toulouse, de las economías que hice en Tarrascon mandé a mi madre 6.000 francos.

Más tarde supe por mi hermano, que cuando mi padre se enteró de ese envío, lloró. Tal noticia me conmovió, a pesar de las perrerías que por carta me dijo mi padre, cuando recibió la mía desde Francia, diciéndole me había ido de España por no hacer el servicio militar. Lo que me dijo mi hermano me conmovió y a partir de ese momento la relación familiar cambió con mi padre, aunque sabía que las diferencias habidas dejaron

en él hondas huellas. Opté por olvidar lo ocurrido y nuestras relaciones se normalizaron.

Con los ahorros también proyecté quince días de recreo y estudios. Visité los principales museos de París y gocé mirando los preciosos cuadros de los genios de la pintura, pero tuve también buenas oportunidades de muy buenos y utilizables libros. Me habían indicado una librería donde, al localizarla, me sorprende toda la producción de mi admirado Eliseo Reclus, inteligencia, sentimientos y genio como no hubo otro. Pero entre todas sus joyas literarias la que figura con el nombre *Geografía Universal*, 19 volúmenes de cerca de dos mil páginas cada volumen, que muchas veces me he preguntado cómo le fue posible esa producción al Gran Eliseo, teniendo aún tiempo y valor para coger el fusil y sumarse a la revolución.

No obstante, en algunos días de observaciones un tanto satisfactorias, se podría suponer que pronto vendrían circunstancias y un acontecimiento que nos haría maldecir lo gubernamental y autoritario de los franceses.

Hubo una temporadita en que se daban unas conferencias-debate entre el Abate Violet y Han Riner, donde los estamentos de lo divino entraron en reyerta con la filosofía rineriana, exponente de la filosofía donde se combinaban la libertad de sentido ácrata, las ciencias humanistas de auténtico respeto humano y donde estábamos los libertarios españoles que allí residíamos. Dadas estas circunstancias satisfactorias de excepción pudimos constatar las delicias del filósofo humanista de más bellos pensamientos y ejemplos que se dieron en esa época, pues debido al despotismo que entonces desarrolló la

dictadura de Primo de Rivera, de España tuvimos que emigrar muchos trabajadores de los inscritos en la CNT y la FAI.

Había pendiente algo que me interesaba ventilar todavía de mi estancia en Barcelona sobre las relaciones con Joaquín y María Ascaso, ya que motivaron que yo conociera a la Madre de Francisco, Domingo y María. También, desde lo ocurrido con el Cardenal Soldevila, Paco se trasladó a Barcelona, de donde pronto desaparecieron, porque la policía tenía mucho interés en localizarlo. A requerimiento de la viejita, las hacía alguna visita pues tenía interés en tener relación con los compañeros de sus hijos. Y ello me dio lugar a ver a la pobre María, flacucha poco menos que transparente, con una máquina de coser que se les había proporcionado, trabajar casi noche y día, para cubrir, necesidades de ella y de su madre.

En esos trances es cuando ocurrió el intento de atentado de Alfonso XIII en París, donde fueron detenidos Ascaso, Durruti y Jover, tanto la madre como la hermana, desde que supieron que estaban detenidos, tuvieron una preocupación que las desesperaba. Esas circunstancias me indujeron a visitarlas con más frecuencia, y la situación se agravó al darse la noticia, de que Argentina había pedido la extradición, al gobierno francés, y éste había accedido marcando un tiempo para que fueran por ellos, y si no iban en el tiempo indicado, los dejarían en libertad.

Todo esto recién publicado, un domingo por la mañana se me ocurrió ir a visitarlas y cuando llegué, toca que toca el timbre, nadie respondía, y fue una vecina quien me dijo que hacía tres días que habían abandonado la vivienda y habían ido a París. Allí fueron acogidas por dos hermanos apellidados Rivera, también

amigos de los caídos que trataron a las dos mujeres con las mejores atenciones, con delicadeza, ya que estaban muy preocupadas, suponiendo que si los llevaban a Argentina serían fusilados enseguida. Esas circunstancias movilizaron a los libertarios franceses y españoles, hasta llegué a la capital francesa. El caso fue que, con un compañero que había llegado de Melilla, fuimos al restaurante, donde encontramos a otros que también iban por allí los días festivos, había una mesa larga llena de recipientes, unos con garbanzos, otros con habichuelas, con lentejas, varios con toda clase de verduras, sopas y frutas; el proceso era coger los platos que estaban disponibles, y de lo que había en los recipientes, servirte lo que quisieras y cuanto quisieras; a los dos que entramos juntos se unió otro que encontramos allí; nos servimos, nos sentamos, y empezamos a comer, casi al lado de nuestra mesa había otra con una pareja; él con el pelo blanco, y ella con aspecto un tanto juvenil; y el amigo que habíamos encontrado me pregunta: ¿sabes quiénes son esa pareja que tenemos ahí?, y me responde que eran Han Ryner y su hija; me impresionó la mar de bien y a mí mismo me dije: ya ves, hasta donde llega la auténtica sencillez de los auténticos filósofos humanistas. Y no tardaría en verlo en la tribuna en controversia con el Abate Violet.

Antes de ir a París, en Toulouse había la noticia, de que iba a celebrarse un pleno de la CNT en España, y para el domingo siguiente al que estuvimos en el restaurante, había proyectado una gira campestre, que supe se efectuaba con frecuencia, como ocurría en Barcelona, con asistencia de todas las edades y que resultaban agradables, por la confraternidad que se practicaba.

Llegó el domingo que señalaba la convocatoria, y al lugar de

cita concurrimos gente desconocida, algunos de ellos con toda la familia, alguna de las cuales con criaturas de corta edad. Al rato de llegar y ver las saluciones de contento entre los concurrentes que iban llegando se da el aviso de que se va a hablar en la reunión sobre el problema de España. Para mí, casi toda la concurrencia era desconocida, aunque algunos sí que me sonaban por haberlos oído nombrar. De Madrid había un tal Gil, otro llamado Miguelalos y otros amigos cuyos nombres no recuerdo, excepto del de Antonio Ocaña, que tuvo una intervención a mi modo de ver lo más acertado que se efectuó y con la que estuve completamente de acuerdo. Se analizó lo que estaba ocurriendo, en nuestro país, y lo que convenía hacer, en espera de que pudiéramos regresar y colaborar en lo que pudiéramos. Estas reuniones resultaban agradables, pero en París encontré recursos culturales y de actuación orgánica e ideológica que me alentaron, y alguna que me desconcertó.

Cuando menos lo pensaba, la amistad más íntima que concerté en Toulouse, Sakuntala (Manuel Gimano Portoles) se presentó en París, y me dijo que como de costumbre, esa semana había una conferencia de E. Armand. De éste tenía alguna referencia sobre la *Camaradería Amorosa*, a la que también pertenecía el mismo Sakuntala; nos presentamos en el local en donde se iba a dar el acto y nos sentamos, y al momento se presentó y se fue directamente a la tribuna, donde ya había un joven francés llamado Exigrec, Sakuntala se levantó, fue a donde estaba Armand, se saludaron de una manera efusiva y al momento volvió a mi lado de donde se había levantado.

Exigrec abre el acto, presenta al conferenciante, y a continuación le cede la palabra. Armand inicia su disertación,

aludiendo a que hay varias interpretaciones del anarquismo, pero que la más acertada era la individualista manifestada en sus conferencias y en *L'En-dehors*, que era la publicación que él patrocinaba; argumentó un poco el individualismo y a continuación aludió al sindicalismo, y con mayor amplitud al comunismo libertario, con el que vinculó a Kropotkine, con una severidad para mí sorprendente, y en términos despectivos aludió al *Manifiesto de los 16*, con una actitud que me dejó desconcertado. Terminada la conferencia, y con bastante mal humor por mi parte nos retiramos a descansar.

Sakuntala era un joven también prófugo, inteligente, con una capacidad de conocimientos que sorprendería tratándose de un trabajador que a temprana edad entró a laborar en un taller que abandonó para irse al extranjero. En poco tiempo de estar en Francia asimiló el francés que ya escribía con toda corrección.

Y con ese mérito se permitió ser colaborador asiduo de *L'En-dehors*, firma que Armand tuvo muy en cuenta por ser un caso excepcional. Quince días después, con ocasión de una fiesta, proyecta una gira al campo exclusivamente de Camaradería Amorosa.

Sakuntala quiere ir, y me propone que le acompañe; como conservaba algo del mal humor que me afectó en la conferencia, hice alguna objeción, pero me convenció alegando que era muy diferente al ambiente que se respiraba en las excursiones, donde en su mayoría eran mujeres, al que se respiró en ocasión, de la conferencia que fuimos a escuchar. Decidimos ir a la gira, donde llegamos cuando ya había una concurrencia bastante amplia, en su mayoría de mujeres; va llegando más personal,

con el que Armand alterna en conversaciones, una que pude escuchar, en la que participó Sakuntala hacía referencia al amor y los problemas sexuales, pero lo que más me sorprendió de aquel conjunto, en su gran mayoría femenino, es que tanto jóvenes como de avanzada edad, todos fumaban como viciosos empedernidos, contraste con lo que ofrecía la naturaleza, y más con la arboleda donde estábamos situados. Total que esas experiencias me indujeron a mí a no volver más a las conferencias del Armand ni a sus excursiones.

La estancia en París me ofrecía otros recursos más en consonancia con mis inquietudes y deseos de saber; los días festivos que el personal de nuestras organizaciones programaba salidas estrictamente nuestras, no me salté ni una, porque las características de nuestro ambiente diferían fundamentalmente de mis experiencias con las concepciones individuales de Armand y su Camaradería Amorosa, ya que allí se cultivaba la interferencia obligada de relaciones íntimas.

Complementarias, como lo más agradable de ellas, fueron mis visitas a la Librería Internacional, de la que era responsable un compañero francés, que había estado unos años en Argentina, y hablaba el español perfectamente. Esto tenía otro complemento consistente en que los días festivos que no había algo nuestro de reuniones u otras actividades, visitaba los puestos de libros viejos del Sena, donde se localizaban cosas muy buenas.

En esas circunstancias que estoy refiriendo, se presentó la conveniencia de una reunión del tema español en París, donde había siete grupos, además de otro artístico, dirigido por un tal

Albert Catalán, que hacía algunas representaciones que resultaban atractivas, y a no pocos de nosotros nos hacían recordar actuaciones que habíamos tenido en nuestro país; y cabe decir que estas actividades de carácter cultural se daban en diferentes partes de Francia, donde había personal de procedencia confederal y específica. Tales actividades artísticas tenían aceptación, y resultaban agradables, hasta para personal español que no estaba vinculado con nuestro ideal.

Relacionada con la organización específica, nos había llegado documentación muy alentadora del comité Peninsular residente en España, indicando la aceptación que la constitución de la FAI había producido tanto en España como en Portugal; y que, tanto para lo específico como para lo confederal, significaba una perspectiva muy favorable para las actuaciones fundamentales que se proyectaban. De ello ya teníamos información personal, porque alguien que estuvo en la constitución de la FAI ya estaba en París entre nosotros. En la reunión a celebrar se nombró el nuevo Comité de lo específico de París, cargos que recayeron sobre un tal Pérez de Galicia, B. Cano Ruiz, y del que esto escribe.

Ya todo en marcha, el nuevo Comité nos veíamos casi todos los días, para rápidos cambios de impresiones; ya teníamos convenido que la próxima gira sería en Villanova San Jorge, en un lugar ya conocido donde el Sena tenía un espacio amplio y bastante largo con condiciones de playa. Tres días antes de esa concentración, la prensa dio la noticia de que a Primo de Rivera se le había internado en un hospital de París de gravedad y que dudaban poder salvarlo.

Fue precisamente Cano Ruiz quien dijo: “Mira que

oportunidad para eliminarlo". No se hable más. En esos momentos, como embajador de España en París había un tal Quiñones de Leoó.

El día citado para la gira era espléndido y caluroso; temprano a la mañana concurrieron compañeros y familias, incluso con criaturas que empezaron a situarse, algunos poniéndose el bañador para meterse en el agua, otros para tomar el aire y respirar el oxígeno de la arboleda que teníamos cercana. Fue un encuentro, que por su contenido familiar, donde paseábamos por allí cerca del río unos, y otros dentro bañándose, se iba dando una jornada de las preciosas que se iban organizando; toda la gente contenta, en la que daba gusto ver los apretones de mano, los abrazos, que hacían constar la vibración de sentimientos que animaban esos encuentros de fraternidad ideal.

Era aproximadamente la una de la tarde, cuando un avión apareció no a gran altura de donde estaba nuestro concurso personal; el avión dio unas vueltas y desapareció, mientras unos conversábamos, bastantes estaban en el río bañándose y otros paseaban. En ese momento irrumpieron varios grupos policiacos lo más compactos posible; los había uniformados y de la secreta. Separaron del conjunto a las criaturas y a las mujeres; nos esposaron de dos en dos, nos pusieron unos detrás de otros, y andando nos llevaron a la población cercana, donde estaban los vehículos de la jefatura. Nos metieron en ellos y nos llevaron a la Jefatura central de París; nos hicieron subir al primer piso nos sacaron las esposas y allí nos dejaron custodiados por una caterva de agentes de toda condición. Aquella misma tarde la prensa habló de una gran reunión de anarquistas españoles que

fueron detenidos y estaban en la jefatura. Se nos atribuía una conspiración, según la cual planeábamos penetrar en España, principalmente a Andalucía para quemar trigales y cortijos con el fin de que esa acción revolucionaria se extendiera por todo el país.

Ya se aproximaba la media noche cuando empezaron a penetrar periodistas con sus cámaras fotográficas, y pedían a la policía nos pusieran en posición para fotografiarnos. Nosotros, el grupo con quien yo estaba, nos pusimos de acuerdo en no dejarnos fotografiar y cuando la policía nos puso en posición para fotografiarnos, nos giramos de espaldas. Se acercaron nuevamente y nos pusieron en situación, y cuando el periodista se preparaba para sacar la foto, otra vez dimos las espaldas como antes. Ante nuestra actitud, nuevamente se nos acercaron y se liaron a trompazos con nosotros, y en ese instante se sacó una foto que el día siguiente publicaron casi todos los periódicos de Europa, y dos días después también fue publicada por *El Liberal* de Bilbao, dirigido por Indalecio Prieto.

El día siguiente de nuestra detención, por la tarde empezaron a dar libertades, hasta que nos dejaron a quince para expulsión y a siete que metieron a la cárcel, por falta de documentos. El cuarto día que ya estábamos en jefatura, se nos reúne, y con vehículos se nos lleva a la estación de Lyon, donde nos hicieron subir custodiados por ocho policías; no sabíamos que iban a hacer de nosotros, y cuando ya salíamos de la capital, un compañero que conocía ese rumbo dijo: nos llevan hacia Bélgica. Nos hacen bajar, y un poco separado de donde bajamos, el que hacía de jefe del grupo policiaco, (todos ellos pistola en mano), nos dice: esa es la frontera sigan adelante, no

retrocedan, porque si lo intentan, dispararemos. Y seguimos adelante como si nada hubiera pasado; quienes enfrentamos esa odiosa afrenta éramos jóvenes.

De donde estábamos, a donde podíamos coger el tren para ir a Bruselas había un buen trecho que decidimos hacer andando; al llegar tuvimos que esperar más de media hora; y una vez en el vehículo que nos tenía que llevar, creíamos nosotros a buen destino, entre nosotros comentamos la mala suerte que nos trajo la concentración de Vilanova San George. Uno de los nuestros aludió que peor estaban los que quedaron en la cárcel. Ya en dirección a Bruselas uno de los compañeros dijo: ¡qué lástima que vayamos a pasar por Lieja, sin probar las tartinas ni tomar cerveza negra! Esto promovió conversación en torno a lo mencionado, y hubo el acuerdo, de que cuándo llegáramos a la estación preguntáramos si perderíamos el tren, bajándonos y esperando al que tenía que pasar hacia donde íbamos y nos dijeron que no, así que cuando llegamos a Lieja nos metimos en un bistró (cantina) cercano a la estación, pedimos tartinas y cerveza, y nos sirvieron en seguida.

Todos la mar de contentos estuvieron comiendo tartina y tomando cerveza. Me hice el ánimo de acompañarles, pero cuando tome el tarro de cerveza e intente beber, el tufo del líquido me echó la cabeza hacia atrás, aunque la tomaron los amigos que había a mi lado. Esperando el próximo tren, lo cogimos y llegamos a Bruselas; al bajar del tren nos dimos cuenta de que en la puerta de salida de la estación había personal, y sospechamos que podían ser policías; pasamos por entre ellos, no nos dijeron nada, y cuando ya estábamos en la calle, nos dimos cuenta que nos seguían; así llegamos hasta la

llamada Casa del pueblo, y al entrar nos encontramos que solo estaba el compañero Liberto Callejas. Cuando nos vio entrar nos dijo así: ya tengo otro capítulo para el libro, “la llegada de los quince”. Iniciamos conversación con él, y nos dice que al rato empezarán a llegar los compañeros por que aún no habían salido del trabajo. Nos informa de que en relación a lo que sucedió en París, el día anterior se celebró allí una reunión, suponiendo que algunos de los caídos tendrían que venir por aquí.

No tardaron en empezar a llegar los esperados, y en poco rato varios de ellos, se pusieron de acuerdo para continuar la reunión en el mismo lugar. Se fue pasando el aviso de unos a otros y a continuación de una ligera cena en un local convenido, allí nos encontramos. Los concurrentes que se presentaron de la localidad eran 22, entre los cuales se encontraban Durruti y Domingo Ascaso; no estaba Francisco. El recibimiento que tuvimos los que veníamos de París por todos los que encontramos en la reunión, fue de cordialidad, como la que practicaban aquellos bien compenetrados en las inquietudes ideológicas.

Se nos plantea a los recién llegados, qué pensábamos hacer, si quedarnos en Bélgica, o sí teníamos otros proyectos; eso iba encaminado a resolver la situación de trabajo para los que determináramos quedarnos; Salvador Ocaña y yo estábamos juntos, porque sabedor él de las relaciones que tenía con su padre, aprovechó el encuentro para preguntarme por una familia que todavía permanecía en París. También me dijo que acababa de adquirir un compromiso para pintar un edificio y si yo quería, al día siguiente, podía empezar con él; así acordamos,

lo que para mí era esperanzador. Ventilado ese problema, a continuación, se planteó como resolver pasar la noche. Unos fueron a un edificio donde casi todos los inquilinos eran españoles; y a otro de las mismas características fuimos nueve. A mí me llevó Joaquín Cortés, pestañista.

Dormimos en la misma cama; continuamos la conversación iniciada en el lugar de la reunión, y ya eran altas horas de la noche, quizá primeras de la mañana cuando aun continuábamos discutiendo.

Pero ya a esas alturas, oímos que tocaban en la puerta del cuarto donde estábamos, y al preguntar quién era, nos responden que la policía. Así era. Nos hacen levantar, también a los demás de los recién llegados y se nos llevan a jefatura, y desde luego a los calabozos. Nos preguntaron que dónde estaban los otros seis. Allí nos tuvieron dos días con un café de lo que ellos llaman “chicorée”<sup>2</sup>, hasta que los compañeros nos llevaron algo de comer. Al cuarto día seguíamos en esa situación, nos trasladan a otro edificio policiaco donde el jefe superior tenía una secretaria especial, con una sala chiquita y unos bancos para sentarse; tres policías nos vigilan; tras largo rato de estar allí se abre la puerta, y vimos que entregó a uno de los vigilantes un papel, y al momento se nos dice que pusiéramos atención, porque a medida que nos nombrara teníamos que pasar a que nos hicieran preguntas, y al primero que llamaron fue a Vicente Marcet Vidal, el cual entró dejando la puerta un poco abierta.

Ya entrado, el jefe de la policía le plantea que prefería, si irse

---

<sup>2</sup> Achicoria. [N. e. d.]

de Bélgica o quedar en la cárcel, y a Marcet se le ocurrió decirle, al tiempo que trataba de salir, que esperara para ponerse de acuerdo con los compañeros; entonces el policía se puso a gritar, y nos levantamos para ver qué pasaba, y a continuación nos vimos envueltos por diez policías vestidos de paisano, pistola en mano, todos de estatura elevada, que empezaron a zarandearnos y nos hicieron sentar; se quedaron custodiándonos, y la consulta iniciada ya no tuvo continuidad. Al rato se nos saca de allí y en un vehículo policiaco nos llevan a otro departamento, y nos meten en los calabozos.

Tres días después nos sacan, nos meten en un vehículo, lo ponen en marcha, y cuando nos dimos cuenta ya estábamos en la frontera de Suiza. Dos de los que nos custodiaban bajaron y entraron en una oficina que había un poco distante de donde habíamos quedado nosotros; subieron los policías que habían bajado y regresamos nuevamente a Bruselas y a los calabozos. Dedujimos por nuestra parte algo, que confirmamos después, que por vías legales trataron de ver si nos podían introducir en Suiza, pero allí les dijeron que gente como nosotros no la querían. La misma consulta y con igual resultado se hizo en la frontera con Holanda y Alemania, y en ninguna parte nos querían.

Cuatro días después nos sacan, nos meten en un vehículo policiaco, y nos llevan a la estación de tren, siempre custodiados por agentes, y ya en marcha nos dimos cuenta que nos llevaban a Luxemburgo. Con señas y medias palabras logramos entendernos para que cuando el tren entrara en la estación con la marcha atenuada, por las ventanillas o por donde pudiéramos, intentaríamos escapar, para encontrarnos en el

bosquecillo que la estación de Luxemburgo tiene en su interior. Así lo hicimos y lo convenido nos salió bien. Ya reunidos nuevamente, comentamos nuestra hazaña, y nos reunimos como criaturas estrenando zapatos. Ya serenados un poco, y sin presencia de fantoches policíacos, comentamos y proyectamos cómo resolver nuestro gran problema; y para tales efectos nombramos una comisión de tres en la que yo estaba incluido, para que al día siguiente fuéramos informados de cómo estaba la situación de trabajo.

Y a las nueve de la mañana del día siguiente, Panes, andaluz, Marcet, catalán de Rubí, y el que esto escribe nos lanzamos a consultar lo convenido; entramos en una calle que tenía bastante tránsito y dimos con una puerta abierta que era una frutería tan bien ordenada que todo lo que veíamos nos parecieron manjares después de los días que veníamos pasando y allí vimos a una joven de presencia elegante, y Marcet dice; estos han de ser españoles, entramos y es el mismo Marcet, quien pregunta a la muchacha; verdad que ustedes son españoles, y la muchacha responde; ¡Mayorquines y con mucha honra! La contestación nos adelantó, y cuándo abrimos conversación, apreció un señor y una señora, que resultaron los padres de la muchacha, y dueños del establecimiento.

Con ellos continuo la conversación iniciada con la muchacha en relación con lo que a nosotros nos interesaba; intervino el padre, y de una manera amplia con muchos detalles, nos dice que la cosa estaba muy mal, muy mal en lo que al trabajo se refería, y ya con un buen rato de conversación nos acercamos hacía la puerta y desde allí levanta el brazo, y con el índice señalando nos dice, “miren y vean aquellas montañas que se ven

allá lejos”, aquello es una zona minera, sin que haya nada seguro, quien sabe si allí podrían encontrar algo de lo que buscan; pero por aquí, en lo industrial y comercial, les prevengo que nada encontrarán. Con efusivo apretón de manos nos despedimos de aquella buena gente; y no obstante la información que se nos dio, continuamos consultando.

Ya cerca de las cuatro volvimos a donde estaban el resto de los compañeros, informamos de los resultados habidos, y entramos en comentarios y análisis de lo que estábamos afrontando; y si en principio convenimos de que entrando a trabajar algunos, podríamos recabar para el sostén de todos algún tiempo, en espera de superar la situación, ya perdidas las esperanzas de ese hipotético recurso, llegamos a la conclusión, de que afrontando nuevos riesgos teníamos que volver a París. Sugerimos ver entre todos con qué contábamos para el regreso, y es cuando interviene el compañero Zavala, y dice que él dispone de dinero para cubrir lo que haga falta, pero quisiera, que de salir bien el regreso, el que pudiera le regresara lo que ahora percibiera, porque él tenía un problema de salud con la compañera, que en París quedó con su suegra el día que se inició nuestro infortunio. Hicimos cálculos, y aunque escasos, casi nos quedaban recursos para llegar a donde queríamos ir, y convenimos, que, para no llamar mucho la atención, deberíamos salir de tres en tres, tratando de eludir controles y, en caso de presentarse alguno, alegar que éramos excursionistas extraviados.

Todo bien meditado, llegamos a la conclusión de que dejando el territorio de Luxemburgo, la población que más cerca nos quedaba de Francia para coger el tren era Thionville, y después de salir del territorio de Luxemburgo, tuvimos que hacer un

trecho andando, para llegar donde podríamos coger el tren para llegar a París. En el curso del camino encontramos varias personas, todas de aspecto campesino, y a una de ellas le preguntamos en francés, Thionville quedaba lejos, y su respuesta fue “Nich foch ten”, que ninguno de los tres entendimos porque esas palabras, bien o mal escritas aquí querían decir “no entiendo nada”:

El hecho es que con los temores que son de suponer, llegamos a la estación de Thionville, y al entrar encontramos a un señor que, con un capacito de palma iba vendiendo cacahuetes, y le preguntamos si era español y nos respondió que andaluz; preguntamos a qué hora salía el tren para París, y nos dijo que a las ocho y media. Ya con el billete tratamos de seguir escondiéndonos por allí, hasta que llegase el momento y subirnos en el tren, en espera de buena suerte. Una vez llegados a la capital, salimos rápidamente, y llegamos a los domicilios de compañeros que ya conocíamos. Yo fui a casa de Sukuntala, que había salido de la cárcel, y había incurrido en algo trágico que más tarde mencionaré.

En el lugar donde me situé vivían dos o tres familias, con una de las cuales ya tenía alguna relación de absoluta confianza, y por esa razón se les comunicó de que yo ya había regresado; cosa parecida ocurrió con Marcet que fue a parar a casa de una compañera llamada Katia. Todo empezó a indicar que la policía ya sabía que nosotros habíamos regresado, y la noche del segundo día que estábamos por allí, la policía se presentó en casa de Katia, y como Marcet oyó algo extraño, se levantó y se puso debajo de la cama, de donde los policías lo sacaron arrastrando; al día siguiente por la mañana, donde yo estaba se

presentó una señora, con una de sus hijas y un chavalín que apenas tenía cuatro años, con un cesto aparentando ir de compras. Me alegré mucho de verlos, y ella me dice: Severino, Antonio me ha encargado que te diga que él no ha querido venir por preocupación, y que tomes cuidado, porque ya saben que estás aquí; que a Marcet ya lo han detenido y lo tienen en los calabozos. Esa señora, casi llorando me repite varias veces que no salga, porque todo indica que saben que por aquí hay alguien de los vuestros. Nos despedimos de la mujer, la joven y el chiquitín; la madre con lágrimas en los ojos. El mismo día por la tarde se presenta un médico italiano, compañero que me dice que venía por indicación de un grupo que se había reunido para tratar nuestra situación y saber que pensábamos hacer; añadió que el grupo había reunido unos cuantos francos, por si pensábamos irnos y no teníamos recursos, proporcionarnos lo que hiciera falta para llegar a donde tuviéramos que ir, y para mí ya traía documentos falsos por si me convenía usarlos. A todo ello contesté que yo pensaba irme a Toulouse, y que para llegar allí me quedaban recursos, y que una vez allí, tenía confianza en empezar a trabajar; acepté la falsa documentación, la cual estuve usando, en espera de reunir lo que pudiera para regresar pronto a España.

En Toulouse estuve en casa de un compañero zaragozano llamado Narciso Perguera, carpintero, y me enteré que Joaquín Riera se había trasladado a Beziers a administrar una granja que tenía varios viñedos. Me puse en comunicación con él, me fue a buscar, y en esa misma granja empecé a trabajar de nuevo con azadón en las viñas, arrancando yerbas y grama.

Allí pude estar más en comunicación con España, porque

Joaquín se preocupaba de adquirir documentación de la organización y periódicos que informaban de lo que pasaba en España.

Allí estuve siete meses haciendo algunos ahorritos, y cuando me pareció bien me presenté al Cónsul que había en Beziers con el documento falso, pero como español, y así pasé, llegando a Barcelona el 17 de marzo de 1931.

## II. LA REPÚBLICA

Algunas personas que conocí y traté en Francia, tanto de la CNT como de la FAI, ya habían regresado a España, y me alegré mucho de volverlos a ver y constatar que continuaban en la brecha, entre ellos Durruti, Domingo y Francisco Ascaso, Salvador Ocaña, a sus padres y hermanos, a José Costa y a Amalia Heras, todos ellos excelentes compañeros y amigos; aunque a Durruti solamente lo vi en la reunión que celebramos en Bruselas el día de nuestra llegada, pero con él, a partir de nuestro segundo encuentro, y por problemas de nuestra organización, hubo relaciones muy estrechas, y algunas, como iré dando a conocer, muy arriesgadas.

Dos de los primeros a mi llegada, me pidieron que me fuera a vivir con ellos; opté por irme con Costa y Amalia, excelente parejita que se unieron en matrimonio en París, y en su hogar de Casas Baratas de Horta pasamos tiempo de compañerismo, de amistad noble y sincera, que mucho alegraba nuestras vidas; hice saber a mis padres y hermanos dónde me encontraba, y que de salud me hallaba perfectamente, y mi padre me escribió diciéndome que volviera a casa; tuve que recordarle que yo

estaba condicionado como mal español, y que si me acercaba por Monserrat o por Valencia, corría el riesgo de un gran disgusto, o algo peor por la que me convenía esperar y ver qué pasaba en el país. Cuando menos lo pensaba, el que vino a verme fue mi tío Balbino, que en Barcelona estuvo dos días conmigo.

En las Casas Baratas de Horta, y cerquita de donde yo estaba, había varios compañeros, entre ellos Juanel, al que como prófugo, lo detuvieron y mandaron al cuartel, donde lo recluyeron unos días, lo vistieron de soldado y lo llevaron a Alcoy, donde le hicieron pasar una larguita temporada, que el justificó entonces entre los compañeros como que había estado preso.

Otra muy diferente fue la relación con Patricio, con quien compartíamos conversaciones y actuaciones orgánicas más coincidentes que con Juanel a quien la masonería tenía algo controlado, y es entonces cuando ocurre una de las circunstancias en que nuestras organizaciones realizan actuaciones que sorprenden.

Se da la Reunión de San Sebastián, propiamente de republicanos y socialistas, con algunas personas de calidad y convicciones monárquicas, deseosas de participar en el gobierno próximo que se proyectaba; y llega el 14 de abril, y esa coalición de aspirantes a gobernar, tiene la suerte de salir triunfante. El problema que se plantea tenía sus riesgos, cuyos alcances no estaban bien previstos. En el momento en que se terminaba la trayectoria tiránica y opresora de la dinastía borbónica, no estaba muy dispuesto el monarca Alfonso XIII a

abandonar su corona, pero se corría el riesgo de algo peor, porque el pueblo estaba en la calle dispuesto a todo.

En esas circunstancias, él no espera las decisiones legales y empieza a actuar según entendía. Precisamente los militantes de la CNT y de la FAI, entonces asaltamos las cárceles y ponemos en libertad a los presos a los que los gobiernos monárquicos arbitrariamente habían privado de libertad. Estas circunstancias se dan en el momento que el monarca no accede a reconocer su derrota y abandonar el país, porque su pueblo ya no lo quería. Su resistencia se basaba en que unos cuantos generalotes le habían ofrecido defenderlo para que la monarquía continuara en España.

Este rumor circula en Barcelona y es cuando uno de los de la CNT que se encontraba en la Plaza de España, sugiere la celebración de un mitin en la Plaza de toros Las Arenas. El personal que anda por las calles concurre, y en pocos minutos la plaza se llena completamente; la tribuna fue ocupada por Del Aville, periodista y militante de la CNT y como oradores Guillermo Ruiz, Rosquillas Magriña y José Alberola. Los discursos de quienes ocupaban la tribuna giran en torno a la trayectoria opresora de los borbones en España, y las tragedias de su ejército, ruina de la juventud española. Lo más relevante de esa intervención la realizó José Alberola, a quien el público ovacionó con aplausos calurosos.

En esos trances, procedente de la calle se acercó una persona a la tribuna, y al presidente le dio un papel, que pidió al público que escucharan lo que decía. Advertía que los generales querían sacar a la calle al ejército, y cuando eso se oyó, muchos

elementos del público se levantaron de donde estaban sentados, ya con pistola en mano de cara a la calle para vérselas con el ejército que no encontraron por ninguna parte. No obstante, quedó evidente, que el pueblo español repudiaba a los borbones, porque solo hambres y calamidades habían creado en el país.

\*\*\*

Estamos en el 14 de abril, jornada de emociones y de alguna realidad justiciera; los riesgos que corrieron algunos militantes de la CNT sirvieron para que muchos presos y presas lograran la libertad y gozaran de la compañía de sus deudos. El Sindicato Fabril y Textil movilizó tres camiones que se llenaron de personal, entre los cuales estaba Durruti y allí andaba también quien esto escribe. Adornaban ese conjunto varias mujeres del mismo Sindicato quienes, al mismo tiempo que daban gritos de viva la CNT y la FAI, agitaban sus banderas; era auténtico entusiasmo juvenil impregnado de inquietudes reivindicativas.

Por el Paseo de San Juan entramos en la Gran Vía en dirección a la Plaza de España. Pasando el Paseo de Gracia encontramos a un guardia civil que iba en dirección opuesta a la nuestra, Durruti se levanta en el punto de coincidencia y empieza a decirle cosas y el guardia, al mismo tiempo que miraba de reojo hacia donde sonaba la voz, con las manos se tapaba los oídos, y al distanciarnos, Durruti se tranquilizó y empezó a hablar con el personal que con él íbamos.

En la Plaza de España bajamos del camión, y con gente de la

nuestra que allí encontramos, a más de algunos que venían de la parte de Sans, entablamos conversación sobre lo que estaba pasando y podría pasar; en ese lugar me encontré con una joven que conocí en París y optamos los dos por irnos en plan de observadores hacia el centro de Barcelona. Cuando llegamos a donde estaba la cárcel de mujeres, vimos que había personal en la puerta y en la acera de enfrente, y se nos dice que nadie había entrado todavía, y es cuando dijimos, ¡vamos a dentro! Y entramos, sin oposición de la vigilancia que había. Al entrar vimos que había varias presas que se movían por allí, quizá esperando poder salir, y uno de los que entró con nosotros lanza el grito de ¡A la calle! Y entonces, precipitadamente, salieron hacia la calle.

Algunos de los que entraron empezaron a romper muebles, y se les llamó la atención de que no debían hacer eso, aunque siguieron haciendo lo que les pareció. Un grupito de ocho a diez personas, nos dedicamos a recorrer el centro carcelario, y en la parte trasera, en un cuartito que había encontramos a cinco monjas que estaban llorando como Magdalenas; y al vernos, temblando como estaban, acentuaron el llanto, y en trance, la joven que me acompaña se les acercó y les dijo que no temieran, porque no les íbamos a hacer nada; todavía llorando se tranquilizaron un poco, y se les preguntó si pensaban irse a alguna parte, y al responder que sí, con amabilidad extraordinaria, dos mujeres del grupo, cogieron del brazo a las monjas y las sacaron a la calle, de donde desaparecieron en un taxi.

En el interior de la cárcel nos quedamos, explorando por allí y la curiosidad nos lleva a una pequeña iglesia que había en el

mismo local; ya habían penetrado personas que estaban haciendo añicos todo lo eclesiástico.

Y en el mismo lugar, a una altura de tres metros había un cristo, a quien desde abajo se le habían lanzado, trozos de madera para derribarlo y allí que permanecía, como riéndose de sus agresores, empeñados en hacerlo caer. Así la situación, optamos por acercar un mueble de los que había cerca, y descubrimos que el cristo no caía porque estaba sujeto con un tramo de hierro grueso y largo, incrustado en la pared, así es que desistimos de continuar la batalla que estábamos llevando a cabo. Ya se hacía tarde, no habíamos comido al mediodía y optamos por ir a reponemos. Acompañé a la joven con quien andaba hasta la puerta de su casa, y me fui a la mía, donde Costa y la bondadosa Amalia me esperaban para comer sabrosa sopita, y un buen plato de puré de patatas; a continuación, dimos una vueltecita por la casa de Horta, hasta el dos de mayo, y algo temprano nos retiramos a descansar.

Al día siguiente, las calles de Barcelona ya aparecieron con algo más de normalidad, tras la noticia de que el Borbón había accedido a ausentarse de España, condicionado a que se le aseguraba que hasta llegar a donde tenía que embarcar no le pasaría nada, y que lo mismo sucedería con el resto de la familia real cuando tuviera que salir del país.

La gente de vida ordinaria ya iba aceptando la idea de que íbamos a vivir en república, y muchos, al llegar al primero de Mayo, y ver lo que pasó, empezaron a comprender y preguntarse, qué diferencia había entre la monarquía derrotada y la república triunfante. Los Sindicatos de la CNT, continuaron

su movimiento normal, con la excepción de los comentarios de lo que había acaecido, y la noticia de que la dinastía Borbónica había pasado a la Historia.

Hay dos circunstancias, por las que la militancia más entregada a los menesteres de la Organización, se mueve y habla de la CNT, una es la liberación de los cenetistas que en los penales españoles hay sentenciados a largas condenas y el acto proyectado para el Primero de Mayo. Sobre la primera me ha comunicado Eusebio Carbó, que una Comisión de cuatro iban a salir hacia Madrid para allí recibir a los que saldrán de Ocaña y del penal de Santa María entre los cuales estaba García Oliver. La otra es lo concerniente al Primero de Mayo, del que se esperaba un exponente de vitalidad orgánica que indicase al gobierno republicano y a la patronal que los derechos de los trabajadores se habían de respetar.

De todo había necesidad porque una gran mayoría de los obreros carecían de conocimiento sobre la fecha que vamos a conmemorar dentro de pocos días y de la que se está hablando y preparando; es un acontecimiento de carácter internacional que ha tenido conmemoraciones relevantes en los movimientos obreros de Europa más que en otras partes. El acto de Barcelona se celebraría en el palacio de Bellas Artes con los oradores que oportunamente se darían a conocer.

Llegada la fecha esperada, tras la propaganda correspondiente, al local empieza a llegar la concurrencia en mayor cantidad de lo esperado. Cuando el local ya estaba repleto, el personal que no pudo entrar se queda afuera oyendo los discursos por los altavoces instalados; la afluencia de

personas es enorme, siendo una demostración de lo que es y representa para la clase trabajadora la Confederación Nacional del Trabajo. Ello significó un exponente de compenetración de los obreros con los ideales y normas de actuación que practicaba la CNT.

Lo expuesto por los oradores de responsabilidad orgánica, tenía conclusiones convenidas que había que presentar como dictamen a las autoridades de Cataluña, y por esa razón, al terminar el acto, se inició la manifestación hacia la Generalitat de Cataluña, donde deberían entregarse las conclusiones. Con el itinerario ya convenido se inicia la marcha, que pasaría por la Plaza de Urquinaona, las Ramblas, la Calle San Fernando y Plaza de Ayuntamiento, hasta llegar a la Plaza de Cataluña, entrada a los Ramblas donde, sin haber ningún incidente. En la esquina de la Calle Pelayo con Plaza de Cataluña hay un policía, que al oír vivas a la CNT, trata de burlarse y con la mano hace gestos amenazantes. Eso lo presencia un compañero llamado Damians, que acababa de salir de presidio después de tres años de reclusión y le dio un puñetazo al policía en la cara que lo tumbó por el suelo.

La manifestación no se interrumpe; ya andaba por las Ramblas entrando en la Calle San Fernando; pronto se llegaría al punto final. No tardó en llenarse la plaza, en la que habían dos camiones con mujeres y criaturas, donde iba la comisión que llevaba las conclusiones para entregar. No cupo en la plaza todo el personal de la manifestación, y mucho quedó en la calle San Fernando, aunque luego fue penetrando y colocándose por las entradas de las calles que daban a la plaza. De uno de los camiones bajó la comisión, con una joven que llevaba la bandera

desplegada, y cuando intenta entrar en la Generalidad, los mozos de escuadra se precipitan a cerrar, al tiempo que suena un tiro.

La gente se alarma, se alborota, pero aún no hay incidentes; transcurre un rato y, de la entrada de la calle Regomir se oyen gritos diciendo que viene la policía, y a continuación unos disparos en la misma calle; el personal se asusta, y empieza a irse por donde puede, la plaza se vacía y la gente huye atropellándose. A la esquina de la Plaza con la calle Regomir concurren elementos de la manifestación que llevaban pistola; se enfrentan con la policía que se acercaba a la plaza y la paralizan en el lugar empezando a disparar, y allí, se les detuvo sin que pudieran continuar. Se intensificó el tiroteo, porque el personal que les hizo frente, en protección a los que por allí quedábamos de la manifestación, no los dejó penetrar. Aquello se estabilizó en reyerta intensa durante un buen rato y la plaza quedó poco menos que desierta. Le dio por asomar la cabeza a un joven y le dieron un balazo que le atravesó el hombro; era un joven militante del Sindicato del metal.

En ese trance oímos gritos del personal que teníamos como observador en la esquina de la Calle San Fernando que decía: ¡Qué vienen por allí!, dimos un salto, y nos colocamos en la otra esquina del Ayuntamiento, dándonos cuenta que tres polizontes, también pistola en mano, andaban de cara a la plaza; intenté mirar, y sentí un golpe en el hombro; me giré, y era Pedro Mateu que con su instrumento en la mano esperaba turno para entrar en combate, el cual ya habían iniciado los polizontes desde en medio de la calle por donde venían. En ese punto la contienda duro un rato y cayó un policía, que los otros

dos que le acompañaban trataban de recuperar sin conseguirlo, dejando al compañero muerto en medio de la calle.

De la otra esquina se nos comunicó, que los que habían tenido ellos como rivales ya se habían retirado. Por la parte donde yo estaba, quienes estaban observando por la entrada de la calle San Fernando hasta donde estaba el policía muerto, y con el mismo machete del caído hubo quien le dio unos cuantos pinchazos. Protestamos de aquello, y la gente que presencié ese acto brutal, respondió que bien merecía la suerte que alcanzó. Acabado el combate que habíamos sostenido durante casi dos horas; nos juntamos, y un tal Muñoz, entonces presidente del Sindicato de la Construcción de Barcelona, propuso que llegáramos donde estaba el cuartelillo de la calle Regomir. Nos pusimos frente a la puerta con los instrumentos en las manos, y al momento vimos entrar, por la parte de la plaza, un escuadrón de soldados, acompañados de un sargento. Cuando llegaron donde estábamos nosotros, nos separamos un poco de la puerta, y el sargento nos dijo que nada de separarnos, que nos uniéramos con ellos.

Contestamos al instante que los soldados estaban temblorosos, y que cuando el sargento les dijo que prepararan el fusil, aquellas pobres criaturas temblaban sin saber que hacer, ante esa situación el Muñoz, que sí entendía de ese manejo, empezó a dar instrucciones a los soldados pero un joven que viene corriendo desde la entrada de la calle donde estamos le dice al sargento que por la Calle Princesa venía la Guardia a caballo; grita el sargento subordinando ¡vamos! Y cuando la guardia civil, al mando del teniente a caballo ya estaba casi a la entrada de la plaza, el sargento se le pone delante; por

encontrarnos algo distantes no pudimos saber qué le dijo, ni lo que hablaron, pero, al momento, el teniente indica a sus fuerzas retroceder, se marchan, y a continuación los soldados se retiraron.

\*\*\*

Procedentes de Francia va llegando a España mucha gente de la que al territorio vecino fue a trabajar. Algunos de los que pasaban por Barcelona, allí hubieran querido quedarse. La situación del trabajo estaba muy mal, y si alguien tuvo suerte fue cosa excepcional. No obstante, la situación orgánica, y la manera en que movíamos la militancia era un atractivo para quienes tenían ganas de actuar con sus facultades en el lugar más apropiado. El sindicato de la Construcción fue receptáculo de las fuerzas más dinámicas, algunas de las cuales se destacaron como algo excepcional, como fue el Grupo artístico que Silvestre formó para representar obras como *Abajo las Armas* de Sutnner.

Casi todo está en su inicio; van identificándose también los elementos combativos, de los que ya se cuenta con algo que ya se conocía como, por ejemplo, el Grupo Eureka, que tiene elementos duchos en esos menesteres. En lo referente a los problemas del trabajo, que es lo más perentorio y conflictivo, hay mucho que hacer y se está haciendo. No hay todavía Sindicato de la enseñanza; aunque cierto es que, de las escuelas racionalistas y modernas en actividad, es después de la apertura del Sindicato de Profesiones Liberales que se inscriben en el mismo, llegando a ser una Sección de 71, la mayoría de ese organismo sindical.

A pesar de todo lo alentador que vamos relatando hay síntomas, y alguna realidad que ya son gérmenes conflictivos en el seno orgánico. Los de Sabadell insisten en su oposición, y ya declararon no continuar en seno confederal, por otra parte, lo esgrimido por ellos, y difundido por vía orgánica, va evidenciándose como una escisión, que demostrará ser exponente inicial el *Manifiesto de los Treinta*. Ello llegará pronto a tener evidencias más concretas al sacar ellos la publicación *Cultura libertaria*, en la que figuran elementos que tuvieron buena actuación en algún tiempo en el seno confederal. Con ellos hay un tráfuga, que después de ser administrador de *Solidaridad Obrera*, cuando Pestaña fue director, se pasó a Esquerra Republicana, llegando a ser Conseller del Treball y promotor de conflictos obreros para llevar gente de la CNT a la cárcel.

Debido a que estuve llevando la Secretaría de Cultura y Propaganda del Comité Regional de Cataluña, y también ser elemento de la específica, Bruno Lladó me avisó para que fuera con cuidado, en las visitas a Sabadell porque Emilio Mira les tenía bien informados de la labor que yo estaba haciendo por Cataluña en la organización de la específica. Lo esencial de la organización camina por vías de superación, al tiempo que los actos de propaganda van dándose en mayor cantidad; mítines, charlas y conferencias ya son actividades de orientación cultural más amplia cada día, no solamente en lo que concierne a lo sindical, sino también por las actividades que los Ateneos llevan a cabo.

En estos menesteres hay participación para todos los que se sienten capaces de disertar sobre algún tema convergente con

la manumisión humana, Barcelona cuenta para esas actividades, entre otros militantes del movimiento libertario con tres figuras de amplios conocimientos extraordinarios, incansables, que eran el ingeniero Rizo, el doctor Serrano, y Martí Ibáñez, también doctor; la labor de estos personajes fue de gran relevancia. Martí Ibáñez, revestía conceptos étnicos y científicos con interpretaciones literarias.

Ya van llegando los que fueron deportados a Villacisneros, entre ellos había dos hermanos, apellidados Soler, uno de los cuales murió en el destierro; no obstante, ese caso penoso, hemos tenido la satisfacción de saludar a Jaime Rillo, A. Bruno Lladó, a Durruti, y a los hermanos Francisco y Domingo Ascaso. Todos reanudaron sus actividades laboriosas. En su lugar de trabajo, Durruti recibió el saludo de sus compañeros, saludos de bienvenida, a quien siempre fue tenaz defensor de la clase trabajadora. Dada la situación revolucionaria que se está gestando en todo el país, principalmente en Andalucía, se conviene potenciar la preparación porque, al margen de lo que es la efervescencia, estamos muy distantes de lo indispensable.

### III. INSURRECCIONALISMO

Si a nivel de lo que está ocurriendo en Andalucía, Cataluña también es un polvorín propenso a estallar; los conflictos obreros se amplían y, aunque para su defensa, hay militancia competente, va resultando algo difícil afrontar con éxito todo lo que planea la voracidad patronal. Teniendo en cuenta lo existente y lo que se avecina, Cataluña y Andalucía son las dos regiones más compenetradas, seguidas de Aragón, Levante y Galicia. Para efectos de propaganda, de Cataluña hacia Andalucía se trasladaron varias veces elementos con esa misión. El Comité regional de Cataluña organiza un acto en parte de Andalucía en el cual participaría el abogado Benito Pavón, quien su intervención enjundiosa, en su gran parte la realizó sobre las miserias del pueblo Andaluz, y la vida de Fermín Salvochea. Tanto para Pavón como para Francisco Isgleas, los aplausos fueron prolongados y entusiastas y de adhesión a lo que se proyectaba.

El Comité Revolucionario de acuerdo con la Organización, y de acuerdo con los ferroviarios, recibe de los compañeros de Vitoria, indicación de que podíamos pasar para llevarnos lo que

para nosotros tenían, y para ese menester me delegaron a mí; quedamos en que de regreso con el paquete bajaría en la Estación de San Andrés, que quedaba cerca de la casita que habíamos alquilado para concentrar lo que íbamos adquiriendo. Yo nunca había estado en Vitoria; llegué un viernes por la noche algo tarde, y al salir de la estación había un policía de los que allí tenían como especiales, a quien pregunté si había algún lugar para pasar la noche, que no costara caro, y me dijo que le acompañara hasta la próxima esquina, y allí indicó: siga usted a la derecha, y frente a donde está la luz, verá usted que dice Pensión...; allí subí y me quedé sin dormir en toda la noche, por el escándalo que hubo.

Al día siguiente, como a las nueve, fui a la dirección que llevaba del compañero y al momento fuimos a ver a otros que también intervenían en lo que nos ocupaba; y cuando ya estuvimos los tres, me dicen que entre una y media y dos, llegaría Isaac Puente para ir arreglando lo que me tenía que llevar. A la hora indicada, en el lugar que ellos habían convenido vemos se presentan dos señores, y como yo ya conocía a Isaac, a continuación del saludo con él, me presenta a su padre. A continuación charlamos de nuestras cosas y el padre de Isaac se marchó, porque dijo que tenía que realizar algo en Vitoria; es cuando Isaac me dice que sacaría el material de donde estaba para empacarlo. Esa misma tarde se nos unieron otros compañeros de la localidad, y por la noche sacamos el material de donde estaba, en dos cabañas y de las Sierras Alavesas.

Todo convenido y arreglado en parte, sacamos mi billete y facturamos. Cuando llegué a San Andrés, en el andén solo encontré a Durruti, que me esperaba; sacamos las cajas, y con

un taxi las llevamos a la casita que habíamos alquilado a mi nombre, y lo depositamos allí.

A un judío belga se le hizo una primera compra que costó 23.000 pesetas, de las que Barcelona solo pudo dar 9.000, y el resto fueron donativos personales de compañeros. Cantidades reducidas de procedencia personal llegaron algunas, incluso de compañeros que residían en el extranjero, dado que no se podía cubrir el abastecimiento de lo que necesitábamos desde distintos lugares orgánicos.

Por las relaciones que el Comité revolucionario sosteníamos, de la parte de Aragón recibíamos correspondencia, especialmente de la específica, en la que hacían notar cierto entusiasmo, esperando el momento de lanzarse a la calle, y proclamar el Comunismo Libertario.

Ya estábamos en octubre del 32 y a tenor de las peticiones de material que se nos hacían, estábamos muy lejos de poder cubrir el nivel de lo que necesitamos. De Valencia era alentador el entusiasmo que reinaba en el personal de Bugarra, de Liria, de Pedralba, de Sagunto, de Canel y Denguera, de Llobay y otras poblaciones, que despertaban entusiasmos esperando el Estallido.

Las principales preocupaciones orgánicas giraban en torno a los probables menesteres de los acontecimientos sociales proyectados por las organizaciones libertarias. Los preparativos revolucionarios no menoscabaron en nada las necesidades orgánicas normales, y antes de llegar al 8 de enero, en que por una desgracia tuvimos que iniciar la contienda, hubieron

algunos percances que hasta costaron sangre. Tanto en el metro, como en los autobuses surgían conflictos que había que atender, siempre los más arriesgados, y casi siempre afrontados por el mismo personal de la militancia. A últimos de julio del 32 hubo un paro general, del que tuvimos indicación que algunos autobuses había salido por la mañana, y convenimos cerciorarnos y obrar en consecuencia. La noche anterior tuvimos una reunión, de la que salimos a la una de la mañana; entonces, los que teníamos que actuar convenimos, que si a las seis salían los autobuses, no valía la pena retirarnos temprano y ver que podíamos hacer.

A la hora propicia nos situamos en plan de observación confirmamos que era cierto que los autobuses salían conducidos por esquirols, lo que nos indujo a ver dónde podríamos actuar con menos riesgos, y llegamos a la conclusión de que en Sans. Hicimos una parada en la carretera un poco más arriba del mercado, hicimos bajar al poco pasaje que iba, mientras el chofer se resistía en el volante; se le insistió con tono un poco enérgico, y entonces accedió, y al bajar uno de los nuestros lo cogió del brazo, le dio unos puñetazos y echo a correr, y allí quedo el autobús, abandonado. Seguimos hacia arriba, y pasando las cocheras tuvimos otra situación como la anterior; desistimos de quedar por ese rumbo, y en la calle Cánovas tuvimos otro percance como los dos anteriores, y como vimos que incluso en la rambla no circulaban, nos fuimos al Paralelo; estuvimos un rato observando y como no vimos que por allí circulaban gentes con sueño y algo cansadas, nos fuimos al sindicato de la Madera que nos quedaba cerca, nos sentamos, y tomamos un café.

Eran como las diez de la mañana y comentábamos la jornada, cuando a Durruti, se le ocurre una humorada y dice: bueno, había que hacerlo, pero ahora si voy a casa, a lo mejor la compañera no me deja entrar, y me manda a donde haya pasado la noche. Sabedores de quién era su compañera y el comportamiento de la pareja, lo dicho por Buenaventura, movió a risa entre los que estábamos juntos. Entró una pareja, uno de los cuales había sido compañero de Durruti, en una actuación de relieve que tuvieron en Gijón; se trataba de Escartín, que se volvió loco, y en Barcelona tramitaron su ingreso y lo internaron en un manicomio de Reus, cuando después, los Ascaso, Durruti y otros de sus amigos llegaron a la Ciudad Condal, había mejorado un poco y, lo reclamaron a través de Compays; accedió el entonces Presidente, a condición de que le vigilaran y cuidaran.

Estando en el sindicato de la madera en el momento ya mencionado, Durruti alude que a las juventudes se les tenía que entregar algo de lo que teníamos, porque nos ayudarían y estaban siendo algo pesados; Escartín oyó la alusión de Durruti, y sin darnos cuenta desapareció de entre nosotros. Poco rato después se presenta, y en la misma mesa que estamos sentados; saca una pistola y le dice a Durruti: “Toma, ya tienes más; Durruti alarmado se lo lleva del propio sindicato, y le pide explicaciones de dónde había sacado aquello, y le responde que había desarmado a un policía. Salimos de allí para dar una vuelta y ya con sueño y cansados, optamos por retirarnos, para a la mañana del día siguiente vernos en la plaza Real y saber cómo se presentaba el día. De allí, por el Paseo Colón, llegamos a la Plaza Palacio. Y allí nos enteramos que tres jóvenes que se eligieron en piquete defensor de los huelguistas fueron detenidos, y al

entrar en jefatura hubo un altercado, y dos de ellos quedaron malheridos.

Entonces planeamos que yo me colocara en una esquina, frente a Jefatura, observando los movimientos de entradas y salidas, mientras el resto del grupo se iban a El Clot, para traer algo que teníamos que dar a unos jóvenes. Tenía convenido que si algo anormal notara yo fuera a su encuentro, por donde ellos tenían que regresar, para informarles. Así convenido, ya un rato en el lugar de observación casi frente a la puerta de la Jefatura, salen tres camionetas cargadas hasta los estribos de policías, todos con su tercerola, y al rato empecé a oír truenos; lo ocurrido fue, que las fuerzas que vi salir se dirigieron al Sindicato de la Construcción, que estaba en la Calle Mercaderes, y cuando la policía intentó entrar, los de adentro los recibieron a tiros y no entraron.

Ante esa situación me dirijo al encuentro de los que fueron a El Clot, y los encontré ya pasando un poco de paso a nivel. Venían los seis, en fila india, uno detrás de otro, a corta distancia; el que venía delante era García Oliver; al encontramos me pregunta; ¿Qué paso?, y empiezo a relatarle, y en ese momento se presenta Durruti, y a continuación los otros. Sin haber terminado lo que les tenía que decir me pregunta Durruti, para llegar allí por donde se tenía que entrar y le dije que por la calle de Asohonador, a lo que me responde, “pues tú que conoces, vamos los dos”; y nos pusimos en marcha seguidos de los otros a corta distancia.

Al no poder entrar la policía por la puerta del sindicato coparon todo el edificio hasta por la parte de atrás, donde

estaba el Mercado Santa Catalina, que por ambas partes de su entrada tenía cinco escalones. Hay una calle que atraviesa la de la Princesa que da a una de las puertas del mercado. Cuando llegamos a ella, nos metimos en dirección a donde estaba la policía.

Durante todo el curso del camino hasta llegar a donde estaba la policía yo iba delante, pero cuando entramos y vimos a la policía a corta distancia, Durruti se puso delante, y al advertir que los policías estaban ocupando los escalones del mercado, sacó su cacharro, empezó a disparar, y los policías saltaron como remolino de donde estaban, y ahí empezó la trifulca que duró cerca de siete horas, los que fueron primero y no pudieron entrar tuvieron refuerzo enseguida, con los cuales cubrieron la parte trasera del sindicato. Antes de llegar esa remesa, dos o tres de los que quedaron dentro se tiraron por la parte trasera, entre ellos el suegro del Alejandro Gilabert; entonces Secretario del Comité Regional, quien en la caída se rompió una pierna... por nuestra parte, unos porque se enteraron, otros por que se les avisó, hora y media después que empezamos a abrir fuego, los seis que lo iniciamos, ya éramos 21, como por ejemplo el Sentim, Eroles, R. Sanz, ya duchos en esos altercados. La Mercadería, daba con una plazoleta donde quedaban quienes no estábamos ahí. Intentaron entrar varios, con el fin de desplazarnos de donde estábamos para, por esa parte, tener ellos comunicación con el personal que tenían entre el mercado y la parte trasera del Sindicato.

No lo consiguieron, pero en ese lugar, que ellos pretendieron conseguir y no lograron, tuvimos que pelear con un intenso tiroteo, en uno de los cuales perdimos a uno de los buenos

combatientes. Ya estábamos bien fogueados en la tarde, cuando me dice García Oliver: “Vamos a salirles al paso a mitad de la calle”. De la próxima esquina salen tres y empiezan a descargar, a lo que respondimos, y nos metimos en el dintel de una puerta, desde donde estuvimos un buen rato en trifulca y los hicimos retirarse; y cuando recuperamos silencio y tranquilidad salimos, y me pregunta Oliver si a mí me había pasado algo; le dije que no, y me responde que a él sí, y es cuando me enseña la parte baja de una pernera del pantalón, atravesada por una bala que le rozó la pierna; él mismo se vendó aquello con un pañuelo que llevaba.

Como a las cinco y media de la tarde, los que estaban en el local del sindicato se rindieron, porque ya no les quedaban recursos. Allí llevaron los vehículos policiacos, cargaron a los combatientes sindicalistas y unos fueron a la cárcel, y otros al buque Uruguay. Nosotros también optamos por diferentes lugares, y los que salimos en grupo, nos fuimos en dirección al parque, en cuyo trayecto encontramos a una pareja de la guardia civil; al pasar por su lado nos miraron de reojo, no nos dijeron nada, ni nosotros tampoco a ellos.

En las circunstancias orgánicas que vivíamos en esos momentos, la militancia, tanto los combatientes como los entregados a los menesteres de atención a los arreglos conflictivos y de propaganda, afrontamos riesgos muy peligrosos para nuestra seguridad personal; para contrarrestar nuestro ascenso orgánico, el gobierno Catalán, de acuerdo con el de Madrid, nombró jefe de policía de Barcelona a Miguel Badía. Desde el momento que empezó a actuar, las jefaturas se transformaron en antros de tortura inquisitorial, y no importaba

que categoría tenía el militante cenetista que allí entraba, saldría con la cabeza abierta o las costillas rotas. De nada sirvieron requerimientos ni protestas, porque la consigna era de guerra contra la CNT y la FAI. El semanario que sacaba la familia Urales publicó algunas reseñas de lo que pasaba en la jefatura policiaca, hasta con fotografías, como la que se publicó de la espalda de Cristóbal Aldabaldetrecu, pero de nada sirvió; continuaron los apaleamientos inquisitoriales.

No obstante, esa situación, que con más o menos efervescencia se hacía sentir en toda España, el Comité Revolucionario continuaba sus tareas en la proporción que le era factible.

Noviembre y diciembre de intensa actividad, hasta lograr, por parte de Vitoria, otra entrada superior a la que nos había hecho anteriormente; el reparto de material se hacía según el lugar y la suerte. Unos compañeros pescadores de Rosas, pueblo de la provincia de Gerona, regalaron una camioneta viejita y chica que se aprovechó para hacer algunas entregas, como las que se hicieron en la provincia de Tarragona en Mora, Asco, Falset y Cambrils.

Se había superado algo el periodo que tuvimos de pocas posibilidades de adquisición.

Nuestras reuniones eran bastante asiduas; para concertar y pasar algunos retos. Prescindimos ya de la tranquilidad, por las batidas que realizaban los agentes de la brigada social, especialmente los sábados y domingos, que es cuando el personal de la capital tenía más tiempo para pasar un rato

amistoso, y los de provincias trasladarse allí y hacerse algunas consultas.

Optamos por cambiar, e ir al café Paraguay, pero un domingo por la tarde que concurrimos allí bastantes, algunos significativos de la organización, nos coparon a unos cuantos, aunque no nos detuvieron, y el policía Polo (Martínez) advirtió a Aurelio Fernández que si tenía manifiestos en casa que mandara a Violeta, su compañera a sacarlos.

No obstante, la presión que ejercían las especiales circunstancias de España, y principalmente en parte de Andalucía para el hecho revolucionario, su Comité consideraba que la preparación no era suficiente para iniciar la contienda, y se aconsejaba recabar algo de más tiempo y posibilidades para el éxito. Tras un estudio de los objetivos estratégicos, se llegó al compromiso de dejar en manos de las zonas de actuación decidir lo que se tenía que hacer; respecto a Barcelona fue García Oliver, con auxilio de dos más, el estratega que se esmeró en presentar un plan de actuación, en el que quedaba comprendida la jefatura de policía.

Para el reparto en la camioneta, quedó como responsable Hilario. Este e Ignacio Meler, en el resto de Cataluña, de acuerdo con los menesteres previstos al considerarlos como los más competentes de lo que se tenía que hacer. Al lugar de la Calle Mallorca donde se reunió el material que habíamos ido adquiriendo, solamente podían concurrir quienes hacían el reparto, Durruti y yo; el resto del Comité hasta desconocía el lugar donde estaba el material. A lo que voy relatando me interesa una aclaración que creo importante, ya que aludo a

ciertos nombres, en los momentos que estoy redactando mis Memorias cuando, de todos los comprometidos en el acontecimiento que nos ocupa, ya no quedo más que yo; de manera que si alguna responsabilidad judicial o histórica se ha de ventilar, ya saben los interesados a quien dirigirse.

En relación al aspecto que estoy relatando del movimiento del 8 de enero de 1933, un buen día que se tenía un servicio de entrega, con la camioneta, se presentaron Hilario Esteve e Ignacio Meler para cargar el material que tenían que entregar. La camioneta estaba en la puerta, ellos entraron y empezaron a sacar cajas, y cuando se hallaban fuera, en el interior suena un trueno; entran, y ven en llamas un departamento en que había cierto material, salieron a la calle por donde pasaba bastante personal, que en poco rato quedó estacionado sin saber qué era lo que pasaba. Ante esa situación, Hilario e Ignacio trataron de salvar lo que pudieron, y en esos trances se presentó una pareja de guardias, y en el momento que salía Ignacio con una caja, uno de los guardias le preguntó qué pasaba, y el respondió que era una fábrica de juguetes que se estaba quemando; y tanto Hilario como él continuaron sacando cajas; cuando les pareció, movieron la camioneta y se fueron. En ese momento a la guardia civil se le ocurre entrar, y al ver lo que allí había, y lo que se había prendido en llamas, los guardias enfurecidos, alegaron que se habían burlado de ellos.

Este percance afectó a los que actuaban en la camioneta, y al poco rato de la tarde, quedaron enterados todos los miembros del Comité. Decidimos vernos a continuación en el Ateneo de Gracia. Yo no podía volver a casa, pues suponiendo que aquello ya se habría difundido por Barcelona, lo más probable era que

la policía estaría en la casa de Horta, donde yo tenía la residencia. Me fui a casa del compañero Antonio Ocaña, donde solo encontré a su esposa, y el más jovencito de sus hijos. Es de suponer qué cara tendría yo, ante la perspectiva que me ofrecía lo que estaba pasando; y al momento la mamá llamó al chiquitín para que le fuera a comprar algo en una tienda al lado. Como estaban gritando el periódico en la calle, le dije el nene que me lo trajera, y es cuando aquella buena mujer me preguntó ¿Severino te encuentras mal?, y le dije que no.

Concurrimos a la reunión para analizar la catástrofe que estábamos afrontando; como no hay efecto sin causa, no hay causa sin efecto. No se acertó a hallar el motivo del incendio. Se hubiera echado la culpa a un cigarro pero lo curioso era que ni Meler ni Esteves fumaban. Se prescindió de continuar comentando ese aspecto y entramos a ver como resolvíamos el problema, y en especial lo concerniente a lo que ya había preparado para la jefatura de policía se dijo, que de los dos recursos, que uno ya estaba completo, pero que el otro contaba con muy poca cosa; y eso determinó que, ante lo ocurrido, de no aprovechar lo que quedaba en la otra parte, corríamos el riesgo de perderlo todo sin haber aprovechado nada, pero que con lo disponible, para los efectos de lo que se pretendía para la jefatura, podría lograrse buena parte de lo que se deseaba.

Ante esa perspectiva, es García Oliver quien propone, que nadie del Comité comprometido en las tareas a efectuarse debíamos dejarnos detener, por considerar que de detenernos podíamos perjudicar la acción del conjunto. Con ese compromiso se planteó el dilema de que lo que yo me reservaba para la contienda de mayor importancia que planeábamos, lo

tenía escondido donde vivía en Casas Baratas de Horta. Cuando regresé a la casa donde estuve por la tarde hallé a una joven que me dijo estaba enterada de lo que nos había ocurrido, y ahí salió a colación, que lo que yo iba a necesitar quedó escondido donde yo vivía, y me planteo si ella podría ir a buscarlo. Ello era muy arriesgado porque ya era una realidad que la policía andaba por allí. Era de suponerse, porque si en la casita donde hubo el incendio estaba mi nombre, me tenían que ir buscando con preferencia sobre los demás. Y me preguntó la joven; ¿Y si intentara ir yo para traer lo que dices te hace falta? Le dije que no, porque aquello, al día siguiente, se podría sustituir, y me preguntó, ¿Quién está allí? Le dije el nombre, y dónde estaba lo que me interesaba, y me dijo, voy a probar, y se fue. Desde el momento que salió de casa, me afectó una preocupación que me estuvo mortificando, ya arrepentido de lo que habíamos decidido, y más porque nunca ella había intervenido en situaciones de esa naturaleza, y porque su temperamento no era para situaciones de violencia. Transcurre el tiempo aumentando mi malestar y suena el timbre; su madre fue a abrir; su padre, uno de los hermanos y yo sentados en la mesa del comedor, la vemos entrar y nos saluda con una sonrisa, y me dice: “me debes seis pesetas”, abre el bolso y me dice “toma tu cacharro”. El corazón empezó a saltarme y no sabía lo que me estaba pasando, estuvo un ratito más con nosotros, y como ya era tarde, se fue a la cama y nos quedamos su padre y yo hablando. Pobre Antonio, como recuerdo sus consejos: ¡Severino ten cuidado!; me lo repitió quien sabe cuantas veces.

Al amanecer de ese nuevo día ya se había convenido con Andalucía, a través de Ballester, y otros compañeros de allí comprometidos en el movimiento de las organizaciones

libertarias, que dos días después, 8 de enero de 1933, estallaba el movimiento en toda España, desafiando riesgos muy peligrosos, ultimamos unas gestiones que en Cataluña había pendientes, y la entrega de algo que teníamos en otra parte, y el mismo día 8, cuando con la camioneta se iba a entregar a Hospitalet de Llobregat algo que tenían pedido, en la Plaza de España, Antonio Ortiz, Oliver y Jover, se dejaron detener por la policía. Llevados a jefatura, a Oliver le dieron una paliza que le dejaron todo el cuerpo morado; los otros dos, que con él cayeron, también recibieron, pero en menos proporción.

Durruti y el personal que le acompañaba tenía como misión el asalto a un cuartel, y se reunieron en la parte del Guinardó para ir juntos a lugar donde tenían que actuar, y cuando llegaron frente a la puerta, se dan cuenta de que a la parte de adentro, las ametralladoras del ejército, ya estaban emplazadas para disparar. Intentan por otras partes acceder al cuartel, y al ser imposible, se trasladan hacia el centro, especialmente a las Ramblas, donde ya estaba actuando el personal destinado para esa zona, a quienes se unieron y con ellos actuaron. Hubo varias escaramuzas durante toda la noche, pero nada positivo de lo que se había convenido.

En la jefatura se puso la carga que se pudo en la alcantarilla de la salida hacia la calle; estalló, hizo unos destrozos insignificantes, y lo más positivo de ello, fue que los policías que estaban de servicio interno se asustaron, abandonado las armas que tenían a mano, y se echaron a la calle, creyendo que el primer trueno era como un aviso, que había otros que demolerían la jefatura, los de adentro quedaron envueltos entre escombros. La carga no era para tanto.

Ya por todas las partes de la capital era una desbandada. En las Ramblas quedó un reducto que se mantuvo con tesón, por lo que a la policía le mandaron refuerzos, y la contienda se intensificó; al quedar impotente frente a la potencia policiaca la de los combatientes revolucionarios, ésta se fue desintegrando, pero en ese reducto de combatientes libertarios hay uno que no se rinde, que queda acorralado en un portal, resiste a un grupo casi media hora, y cuando no le quedaba más que una bala, antes que entregarse la disparó en su cabeza. El autor de esta hazaña se llamaba Joaquín Blanco, militante de la CNT, de Valladolid... El día siguiente de las contiendas referidas empiezan las detenciones y las palizas en los centros policiacos. A mí me acogen unos compañeros de Manlleu, que no me dejan salir de su casa alegando, que, como el pueblo es pequeño y todos se conocían, si saliera se me reconocería como forastero y podía ser detenido. Constantemente teníamos noticias de cómo estaba la situación general, y cuando a mí me pareció que ya no debía continuar donde estaba, les dije que me volvía a Barcelona; trataron de disuadirme de esa actuación, y de noche me llevaron a un pueblo llamando San Quirino, donde cogí el tren y me fui a la capital. Pasé la noche en casa de unos amigos, coincidentes ideológicamente, desde que nos conocimos en París. Poco a poco fui enterándome de la gente afín que había sido detenida y si todo me fue penoso, lo que más me afectó fue la detención de José Costa, que, sin gran intervención en lo conflictivo, lo querían vincular, en la responsabilidad que yo tenía con lo de la Calle Mallorca. No obstante, las muchas detenciones todo tiene tendencia a normalizarse; aprovechando esas condiciones, ya hacía alguna salida al poco tiempo por la parte de Hospitalet y la Torrasa.

Pero un día se me ocurre visitar la redacción de *Soli*, y cuando penetro en la entrada para subir la escalera veo que bajaba Federica; al mismo tiempo que se ponía las manos en la frente me da un grito y me dice; ¡Que haces tú por la calle!, ¡Vete y no salgas de casa! Tenía razón; era atrevido, y sin duda algo imprudente, y me fui a casa; ya era el 22 de marzo , y en la Calle del Hospital me encuentro con una pareja de la secreta, que ya me habían detenido otra vez y me dice uno de ellos: ¡Que señor Campos, dando el paseíto!; ni le contesté, y cuando intenté continuar, me dijo, no, no, no, acompáñanos; y ya en la Rambla, había un grupo de policías uniformados; y entonces, uno de los uniformados saca las esposas para amarrarme, y el mismo de la secreta le dijo que no me esposaran, que yo ya sabía que no debía escaparme; me llevan a jefatura, dos días en el calabozo, y el tercero a la cárcel.

A más de lo que el abogado Abel Velilla estaba tramitando, a los cuatro días que estaba encarcelado me llaman a jueces, y me encuentro con el abogado Barriobero y su secretario; abrimos conversación y me dice Barriobero: Compañero Campos, lo tienes muy mal; los otros de la misma causa serán fácil de defender, pero no tú; el fiscal al parecer quiere que pagues caro lo del incendio de donde teníais el depósito. Ese aspecto yo ya lo tenía en cuenta y nada podía hacer, al margen que en la conversación me dijera Barriobero que iba a hacer lo máximo que pudiera. De momento no había más remedio que conformarse y esperar a ver como se resolvían tantos y tan peliagudos asuntos. De ese acontecimiento, según me informó, éramos más de quinientos presos para un proceso de mayor a menor condena, pero el más peliagudo era el mío.

El gobierno de Lerroux y Gil dobles, asesorados de Franco estaban actuando con severidad; había en perspectiva el proceso colectivo de los que salieron al ayuntamiento de Tarrasa, a quienes se les pedía pena de muerte. Ante esa situación, la organización sugiere una amplia campaña, que motiva una reunión en la cárcel, a la que concurrieron los afectados en esa condena. Es García Oliver quien se encargó de consultar sobre la defensa pública de los capturados en el proceso aludido, en cuyo menester queda comprometido, para participar en la campaña convenida; y se me ocurre consultar a uno de los condenados para que me informe de cómo tenía planteada la situación en la misma población donde ocurrieron los hechos. Entre los datos que me dio había el de una visita del general Batet al Casino Tarrasense, donde compartió con el baluarte burgués, y quedaron con el militar, que éste influiría para que la condena de los procesados fuera severa.

De los encarcelados comprometidos para la defensa, el primer trabajo que se publicó fue de García Oliver; el segundo fue el mío, que, con el título de *Campañas de Justicia, cuarenta y dos penas de muerte* se publica en *Solidaridad Obrera*, el 5 de abril, de 1933; dos días después hay una reclamación, en la que quedaba comprendida la reclamación del general Batet, que según la ley, lo mismo que se publicó mi trabajo y con igual espacio, se tenía que publicar la réplica que mandaba el general; hecho lo cual, el general me mandó unas líneas a la cárcel, en las que me decía que me habían informado mal de su persona y de sus festines, y que me invitaba cuando recuperara la libertad a visitarlo, para comprobar que no obstante su categoría, su hogar difería poco del que tenían los trabajadores industriales de Cataluña; y no obstante ese razonamiento, se me condenaba a

siete meses de cárcel por mi artículo publicado. De manera que, en aquellos momentos, mi porvenir era bastante sombrío. Pero había que aguantar.

A pesar de los sufrimientos ya afrontados, y los que nos esperaban, en la cárcel se produjo un enfrentamiento entre compañeros. Como responsable del grupo que debía actuar en el Alto Llobregat estaba Cristóbal Aldabaldetrecu, y éste falló en el momento que se tenía que presentar. Un minero de los de Sallent llamado Yápez prometió que tenía que darle un escarmiento. Un día por la mañana cuando nos sacaron al patio, se encuentra con que al tiempo concurrieron compañeros y las diferencias pudieron evitarse sin males mayores. Aquello motivó un acuerdo entre todos los que estábamos encarcelados, consistente en que, mientras estuviéramos privados de libertad, no habría enfrentamientos entre nosotros; aquello se cumplió perfectamente. Víctimas de la misma desgracia, el respeto entre nosotros se prodigó perfectamente bien.

Sé de un acontecimiento, en las circunstancias que afrontábamos, que si no se da en el episodio revolucionario, creemos que sí vale la pena relatar, por ser un exponente extraordinario de tenacidad excepcional; se trata de que en pleno vigor del gobierno lerrouxista, en Barcelona, aparecen como muchos jóvenes, unos hermanos procedentes de Perpiñán nacidos en una población alicantina llamada Onteniente. Estos muchachos, en Barcelona, se relacionaron entre la juventud, aunque carentes completamente de nociones elementales del ideal: de todo se hacía; constaba que lo pasaban mal, y el más jovencito, un día, pistola en mano, entró en una sastrería de la calle del Hospital, pidiendo lo que tuvieran; un

buen señor empieza a gritarle, intenta pegarle, y el jovencito echa a correr, al tiempo que el dueño de la sastrería desde su puerta empezó a gritar en catalán ¡Agafeulo! Al joven le detiene un vigilante, le dispara, le atraviesa la mano, y lo detiene. Rápidamente se le instruye proceso, y se le condena a muerte. El mayor lo comunica a sus padres, y a la madre le faltó tiempo para presentarse en Barcelona, acompañada de unas amistades que les habían recomendado. En la capital hicieron gestiones e incluso en Madrid. Ya la madre desesperaba. A título de rumor, se sabe que el cadalso ya se estaba montando para ejecutar al jovencito Arande. Se hicieron trámites para comunicarle la pena, y la noticia agarrota a todos, sorprendidos. Y no fue menos la sorpresa, de que la república, en silencio sostenía al verdugo, a los verdugos.

Evidenciando esa triste realidad, jóvenes libertarios que ninguna relación habían tenido con los hermanos Arande, convienen entre ellos a indagar, con el fin de descubrir al verdugo, y darle su merecido.

Mientras un grupo de cinco jóvenes tramitaban localizar al victimario, nosotros en la cárcel, esperábamos nuestro proceso; yo desconocía que entre los nuestros encarcelados había un masón de alto grado y amplio prestigio. Concretando, entró en crisis el gobierno de Lerroux y Gil Robles; se inicia la consulta, y forma gobierno Martínez Barrios, masón de grado 33; que sin saber nada sobre los que estábamos en la cárcel, declara una amnistía y nos echan a todos a la calle. Yo me incorporé al trabajo donde estaba antes de todos esos percances, dejando los cargos que había tenido casi dos años y medio. Las tiranteces de nuestra organización seguían en mi mente; lo del treintismo

se había agravado, porque unos cuantos de Esquerra Republicana, unidos a docenas del POUM y algunos más del Partido Sindicalista, habían formado una entidad sindical estimando que, con la protección oficial del catalanismo, iban a asimilar mucha de la adhesión que tenía la CNT. Siendo todavía capitán General de Cataluña Batet, entran en relaciones antagónicas el gobierno de la generalidad y el de Madrid. Esto se da cuando Asturias estaba en situación efervescente, y Largo Caballero esperaba elevarse a Lenin español. Esa coincidencia de socialistas, anarquistas y comunistas en la revolución asturiana, tuvo el apoyo de Orobón Fernández y de algunos más, pero no de la mayoría de la Confederación Nacional del Trabajo, y menos de la FAI.

En Cataluña se realiza un pleno, en el que se cambia la dirección de *Solidaridad Obrera*, de la que se hace cargo Manuel Villar y, como secretario, entró Francisco Ascaso. Hubo una ampliación del secretariado, añadiendo un delegado de cada provincia que resultaron ser, de Gerona, Juan Font; de Tarragona un hermano de José Robusté, y de Lérida, un peluquero cuyo nombre no recuerdo, aunque si sé que murió en Perpiñán. Recabé independencia de todas esas responsabilidades, por encontrarme algo cansado de tanta actuación. En lugares de responsabilidad orgánica, Patricio Navarro quedó vinculado al nuevo Comité regional, y por los contactos que habíamos tenido, me pidieron les ayudara en algo, a lo que no pude negarme, y accedí en alguna cosa.

Por iniciativa de los Sabadell, se inició una ofensiva en una parte de Cataluña, en la que *Solidaridad Obrera* estuvo clausurada 45 días. La nueva Organización, catalana y

catalanista, en los momentos que está en su auge el antagonismo entre Madrid y Cataluña, por lo oficial y por las fuerzas llamadas públicas hicieron parar a todo Cristo. Es el día seis de octubre, todavía jefe de policía, Badía. Se declara el paro, y las calles centrales y principales de la periferia urbana, quedaron repletas de escamots; me pensé que así sería, y si en principio me abstuve de salir, rectificué y decidí dar una vueltecita por el centro, y al pasar por la Plaza del Buen Suceso, allí me encontré con Manuel Villar y Francisco Ascaso, que iban medio disfrazados para que no los reconocieran. Entramos en las Ramblas, y cuando llegamos frente al Liceo nos separamos, ellos hacía el puerto, y yo hacia la Plaza de Cataluña. En ese tramo que anduve, apenas si te podías mover, todo lleno de juventud que hacía pensar en que algo iba a pasar.

Subí por las Ramblas en la misma dirección, todavía en el marco de la Plaza, había un café de lujo, llamado Mesón; cuando llegué frente a la puerta estaba cerrado, llegó un coche, que llevaba dos más detrás y se paran, y de el del centro bajan tres individuos, a uno de ellos lo conocía: Miguel Badía. Inmediatamente, en torno a los que habían bajado se juntaron unos cuantos de los que había por allí; como yo estaba, un poco distante no oí bien lo que hablaron, y cuando se iban a despedir, con una voz un poco elevada, dijo en catalán: “Nois, ya beu, la consigna es, guerra a la CNT y a la FAI”. En esos momentos, desde la generalidad, la radio instaba al movimiento de la calle a que tuviera firmeza; no tardaríamos en comprobar su calidad.

Sigo Rambla abajo, y a mano izquierda en el segundo piso de un edificio grande, hay un departamento con balcón a la calle, y un rotulo que dice “Centro del Comercio”, en el balcón hay

alzada una ametralladora, junto a la cual hay un individuo que apunta. Arrimados a la pared de enfrente halló de nuevo a Manuel Villar y a Francisco Ascaso; están preocupados porque los discursos de la Generalidad daban a entender momentos que confirman que Batet había recibido orden de Madrid, que al precio de lo que fuera acabaran con lo que estaba ocurriendo en Barcelona y en otras partes de Cataluña; y no tardó mucho tiempo, cuando un poco más debajo de donde estamos nosotros, se oyen gritos de que de Atarazanas salían los soldados, y dice aquel “ya se armó”, seguimos por la misma acera, y en un kiosco cerrado que había frente a la calle Fernando, cerca de la entrada a la plaza del Ayuntamiento, nos detenemos, ya que aquello era un hormiguero de personal en movimiento acelerado.

Cuando llegaron los soldados, un poco antes del Centro de Comercio, el que estaba en el balcón con la ametralladora, amenaza disparar; los escamots que había arriba en la Rambla, empiezan a tirar las armas; Ascaso que se dio cuenta de ese espectáculo; empezó a llamarlos cobardes, diciéndoles que no huyeran, pero esa situación se acentuó y cuando las baterías del 7 llegaron cerca de donde estaba el Centro del Comercio, empezaron a disparar al balcón donde estaba la ametralladora, y el que había estado disparando con ella, allí quedó envuelto con los escombros que ocasionaron las explosiones.

En ese momento de confusión y de terror, por toda la Rambla se ve armamento tirado y a partir de la entrada de la calle de San Fernando, hasta la plaza Cataluña, es un lugar abandonado, cubierto de las armas tiradas por los escamots, con las que tenían que defender la independencia del Estado Catalán. Las

fuerzas que salieron del Cuartel de Atarazanas llegaron hasta la plaza del Ayuntamiento, donde un grupo de Mozos de Escuadra intenta defenderse, pero se rinde al instante, y por una salida subterránea, que muy secretamente tenía preparada, se fueron unos cuantos, mientras otros se dejan detener y los encarcelan, por lo que quedó hecho trizas el proyecto nacionalista Catalán. Dos de los escapados, uno de los cuales fue Miguel Badía, pocos días después de la derrota aparecieron en Italia protegidos por Mussolini.

Este acontecimiento desconcertó mucho a la política catalanista y nada quedó de la euforia independentista. De la organización obrera que formaron hay algunos elementos, entre ellos Pedro Masoni, administrador de *Solidaridad Obrera* que defiende la integridad de la CNT. A la huelga general, declarada al iniciarse el trastorno que venimos relatando, por grado o por fuerza, tuvieron que sumarse muchos obreros de la Confederación y resultó, que después de resolverse el gran problema de la manera ya referida, muchos trabajadores se resistían a volver al trabajo, y es cuando F. Ascaso, Secretario de la Regional Catalana y P. Navarro, hacen unas declaraciones en la radio, aconsejando a los obreros que volvieran a sus tareas regulares.

Tales declaraciones motivaron un pleno que censuró lo realizado por Ascaso y Navarro. Las diferencias de criterio motivaron discusión tensa, y el Secretario de la Regional plantea su dimisión, deja en la mesa la carpeta de documentos que llevaba y se va, y a continuación hace lo mismo Navarro. Desde ese momento, provisionalmente, de los trabajos de Secretaría se encargó Pedro Herrera, quien también estaba en la junta de

los ferroviarios. Todo queda supeditado para resolverse en el próximo pleno, que no se sabe cuándo se efectuará; en esa situación Ascaso tuvo alguna intervención, cuando fue requerido para alguna situación especial que él podía aclarar. Estamos ya a últimos de diciembre de 1934 y debido a otros problemas huelguísticos del transporte urbano, vuelve a haber gran cantidad de detenciones, y como los detenidos de la CNT ya no cabían en la cárcel, de ellos se manda una cantidad a Burgos y otros a Valencia, entre ellos al último lugar citado, van Durruti, Marco Alarcón y M. R. Vázquez.

Este conflicto del transporte motivó la formación de un Comité para tramitar la solución, en el que estaba Pérez Combina. Se llevaron a cabo algunas actuaciones no muy acertadas, hasta que un día explotó un artefacto en un cabaret del Paralelo, e hirió gravemente a dos camareras de las que había en el servicio.

Entre los que fueron a Burgos estaba Vivanco, masón que estuvo en relación con Martínez Barrios, el que nos amnistió cuando sustituyó a Lerroux a los que caímos en el movimiento del 8 de enero. Cuando llevaron a Burgos y a Valencia a los detenidos de Cataluña se deducía que, como eran gubernativos, el encarcelamiento sería de corta duración, pero como se dieron hechos violentos en los conflictos del transporte urbano, los metieron en prisión.

Vivancos y Vázquez establecieron relaciones supuestamente erróneas que dieron muy mal resultado; en esos trances, a mí se me consulta para hacerme cargo de la Secretaría del Comité Regional, y en conversación con Miguel Aguilar, Gregorio Jover

y Pedro Herrera, ambos de dicho comité, se me convence, y el dos de febrero de 1935 me posesioné provisionalmente del Comité Regional de Cataluña. Tanto de Burgos como de Valencia se recibía correspondencia, extrañados de que el conflicto de Barcelona, por el que ellos estaban presos gubernativos, no se resolvía por incapacidad del Comité de huelga que estaba actuando, y esas quejas también se formulaban al Comité Nacional, residente en Zaragoza, del que era Secretario Servet. La situación se envenenó de tal manera, que un día se me presenta en casa Servet y otros compañeros, con muy buenos modales, porque Servet los tenía, y después de una cortita conversación me dice:

“Compañero Campos, por los informes que tenemos, y de acuerdo en todo el Comité Nacional venimos a hacernos cargo del Comité Regional de Cataluña. Me sorprendió el hecho, no obstante pensar que era una broma, que no podía serlo, por la seriedad y responsabilidad que caracterizaba el comportamiento orgánico de Servet; y añade: Campos, en vuestro comité hay un confidente de la policía; quedé perplejo, porque el personal éramos todos viejos militantes y no me era probable sospechar siquiera quien podría ser el sujeto traidor; y al pedir que me dijera de quien se trataba, dijo que el Comité Nacional, al tratar esa situación, llegó a la conclusión de que se tenía que ir con mucho cuidado al ventilar el problema, debido a lo delicado del asunto.

A continuación, y de acuerdo con la Delegación del Comité Nacional, convocó al regional, y nos reunimos en una barraca de Montjuich, donde vivía un tal Fernández del sindicato de Luz y Fuerza. Ya reunidos, y sin avisar al acusado, expuse de qué se

trataba. Pedí a los compañeros del Regional y del Nacional, si de momento la cosa quedaba como estaba planeada, o si ya entre nosotros identificábamos al acusado, y se acordó nombrar a tres de los presentes con el C. Nacional, nos separamos un poco y decidimos algo conveniente provisional. Guardamino, Pedro Herrera, Jover y yo, ya sabiendo quiénes eran el acusado y el acusador, acordamos ir a Valencia y pedir explicaciones al acusador que era M. R. Vázquez. En la reunión del Comité regional de Cataluña, con la asistencia de la delegación del comité nacional, se nos delega a Guardamino y a mí para que vayamos a Valencia a investigar que había de cierto, sobre la imputación formulada a Pérez Combina.

Llegamos a Valencia, y creímos conveniente, que para la entrevista con M. R. Vázquez y alguien más, deberíamos consultar a la federación local de Valencia, con el fin de que nos cerciorara de cuál sería el procedimiento para lograr permiso del director de la cárcel. Intervino el secretario de la F. Local aludida y conseguimos la entrevista, en locutorio ordinario, junto con los propuestos por los compañeros presos, Marcos Alcón y Durruti; y al hablar entre nosotros, y al descubrirse como estaba planteada la situación, Durruti se alteró, y agarrado de los barrotes de la reja del locutorio, braceaba de tal manera, al tiempo que miraba a Vázquez, con tal estado de ánimo, que hasta temí que entre ellos ocurriera algo desagradable. Después de razonar esa situación entre nosotros, se concreta, que es Vivancos quien dice a Vázquez que alguien estaba actuando como confidente de la policía, y el mismo Vázquez quien la comunicó al Comité Nacional.

Ante esa declaración me permití, decirle que se había metido

en un problema de gravedad para él desconocido, que ya veríamos las derivaciones que tendría. Mis palabras me pareció que le impresionaban, al mismo tiempo que vi tanto a Durruti como a Marcos, también con los nervios alterados, y Vázquez me pregunta que cuándo regresaba a Barcelona, y le dije que, como yo tenía a mis padres y hermanos en un pueblo cerca de Valencia, quería aprovechar un par de días para estar con ellos; me ruega, que, antes de irme, pase por la Federación Local de Valencia para recoger algo y llevarlo a Barcelona; se trataba de una carta escrita a mano de 11 folios para el Comité Regional y el Nacional, a quienes mandamos copia quedando en nuestro archivo el original.

Cuando me hice cargo de la Secretaría del Regional en situación clandestina, Ascaso tenía el archivo en la calle No. 43 piso 3; era domicilio de un compañero, Camarero, muy buena gente aunque no militante muy destacado.

En tales circunstancias, los jóvenes que actuaban para descubrir al verdugo que agarrotó al joven Aranda, habían logrado ya una pista que no tardó en confirmar lo que buscaban; y el caso fue que el verdugo era un señor ya de edad avanzada de apellido Muñoz, que hacía mucho tiempo vivía en las Casas Baratas de Horta, cerca de donde yo había vivido, y dos puertas más allá de donde habían vivido Manuel y Patricio Navarro.

Descubierto el lugar y las personas del victimario, estudian sus movimientos, y descubren que el verdugo diariamente por la mañana salía a un bar del Dos de Mayo a tomarse alguna cerveza. Ya esto bien conocido y pensado, un día se acercan al bar, entran y ven que el verdugo estaba sentado, y apoyado en

la mesa donde recreaba un codo, teniendo delante la botella. Le preguntan si él era el señor Muñoz, y al responder que sí, sacan los cacharros, le disparan, y lo dejan como es de imaginar.

No tardaron en comunicármelo, al mismo tiempo que me informan que un compañero que vivía realquilado en el piso donde teníamos el archivo, que formaba parte del Comité Pro presos había sido detenido. Temiendo que allí fuera la policía a hacer algún registro y descubriera el archivo, me fui a buscar al chofer que conducía la camioneta de la administración de *Soli*, para sacar el archivo antes de que lo encontraran. Apresuradamente fuimos tres y sacamos un primer cargamento, dejando para el segundo unos cajones y piezas de metal, y cuando al final, el cajón pesado que quedaba me ayudan a cargarlo, al bajar un poco precipitado, el peso me vence, y allá vamos rodando por las escaleras, el bulto y yo, con un ruido, que el vecindario salió a ver qué pasaba. Resumiendo este acontecimiento, cambiamos el archivo a la Torrassa, a una casita donde vivían un matrimonio sin hijos, donde quedó seguro largo tiempo.

Yo vuelvo a ser detenido gubernativo el nueve de septiembre, y en uno de los calabozos de jefatura me dejan tranquilo; la fuga de Badía motivó sustituirlo por el gobierno central, lugar que ocupó un coronel del ejército, apellidado Menéndez, y como jefe de la brigada social, estaba un tal España. Al segundo día por la noche, como a las dos de la mañana, me sacan del calabozo con dos guardias de asalto detrás, y España al lado. Me llevan al último piso de la jefatura; me hacen entrar en una sala amplia donde a la izquierda había un grupo de la policía secreta que hablaban entre ellos, y uno decía a dos de ellos que tenía al

lado: “Nois, ya preparats pa la boxa”, y entonces presentí que me iban a dar leña.

Al entrar en esa sala, España me hizo parar, quedando los guardias de asalto detrás de mí, y el jefe superior sentado con una mesa delante, mirándome; España, empieza a hacerme preguntas de varias situaciones que él suponía yo conocía, y yo negándolo. En esa situación, el coronel escuchándolo todo, veo que España cierra el puño y me pregunta: ¿También me vas a negar que el doce de agosto ibas acompañado con los que acaban de hacer un sabotaje en una maderería de Coll Blanch? Y le respondo que no es cierta esa acusación, y cuando ya me iba a dar leñaza, le da un grito el coronel, y no me pega en ese momento. El coronel me pregunta; señor Campos, ¿Cómo podría usted comprobar que no es verídica la acusación que le hace el señor España?, respondo: “Acaba de mencionar el hecho ocurrido, según él el día 12. Se da el caso de que el día 11 por la noche, mi señora y yo cogimos el tren para ir a Montserrat, donde tengo mis padres y hermanos, para pasar uno días con ellos, por el 15 del mes son las fiestas principales del pueblo, y de lo que estoy diciendo es testimonio todo el pueblo. Es entonces cuando el coronel le pregunta a España: “Señor España, ¿Qué hay de todo esto? El mismo coronel indicó que me bajaran a calabozos.

Al día siguiente, como a las diez de la mañana me sacan de donde estaba y veo a tres guardias de asalto que estaban esperando, se les acercó un oficial y les dijo: “Ya”, y a continuación me pusieron las esposas, me sacan a la calle donde había un vehículo de la jefatura, me suben y arrancan en dirección a la cárcel, paraándose casi a la puerta de entrada. Dos

de los policías salieron por la parte delantera y uno se quedó conmigo; antes de abrir el vehículo, noté que había personal de los que guardaban turno para la comunicación, y al abrir la puerta trasera, veo a mi compañera con la vista puesta hacia la puerta, por donde bajaban los detenidos que llevaban a la cárcel; al verla a ella mirando, y yo que iba a bajar, todavía con las esposas puestas di un salto, nos juntamos y me abrazó, al tiempo que a nuestro lado se juntaron los tres policías con quienes salí de jefatura. Cambiamos unas palabras, y mientras ello ocurría, me di cuenta que el viejito de los tres policías estaba llorando.

A continuación me trasladaban hacia dentro. En esa situación, me quitan las esposas, y en vez de llevarme a una celda, me suben a la parte alta de la cárcel, a un localito especial, donde encontré a dos compañeros del Sindicato de la Alimentación; casi de noche, llevan a donde yo estaba a un individuo que yo no conocía, que al poco de estar juntos, trató de abrir conversación por lo que tomé precauciones, y sólo le dije que yo acababa de llegar. Empieza a lanzar improperios de la peor calidad contra la policía y el gobierno, llegando yo a sospechar si no sería algún confidente que habían introducido para ver qué sacaba y tomé providencias para no incurrir en algo contraproducente. El individuo siguió hablando, y se me identificó como hermano de Buenaventura Durruti, y como inscrito en las juventudes falangistas. Al replicarle que no le creía, me enseñó un documento personal en el que constaba que se apellidaba Durruti. Continuó hablando contra su hermano, del que decía los peores calificativos que se pueden imaginar.

Al día siguiente me sacan de allí, y me llevan a la celda 32 de la 3ª galería; nos abren un poco más tarde para ir al patio, y cuando allí voy, me encuentro con varios compañeros conocidos. Entre ellos uno de ellos apellidado Bilbao me llamó aparte del conjunto y me dijo: “Campos la situación interior de la cárcel está muy mal ve con cuidado porque en la retirada que llaman de paseo para llevarnos a la celda nos hacen formar en fila india, y a cualquiera que se salga aunque sea poco, se gana enseguida por lo menos un golpe de verga”; ya dada la advertencia continuamos hablando del régimen interior, y la verdad fue, que todo lo que me dijo Bilbao, tuvo confirmación. Había entre nosotros un compañero francés prófugo de la guerra mundial, perteneciente al Sindicato de la Alimentación, y cuando al mediodía nos llevaron a la celda, abrió el grifo y, como no salía agua, lo dejó abierto en espera de que llegara; pero llegó la salida de la tarde, y nuevamente salimos al patio olvidando cerrar el grifo, y cuando ya estábamos un rato fuera, uno de los agentes lo llama, suben a la celda dos agentes y el preso y le muestran cómo estaba saliendo el agua y cayendo en el suelo (esto ocurría en el segundo piso de la 3ª galería); le dicen al preso que recogiera el agua en una jarra que tenía allí, y empieza a recogerla, y, al momento, con la verga le dan un golpe. Se levantó quejándose, pero le indican que continúe y no hizo más que agacharse y le dan otro golpe en la espalda, y es cuando enfurecido se levanta, coge a uno de los agentes, y cuando ya lo iba a tirar por la ventana empiezan a gritar los dos agentes, e inmediatamente subieron seis más de los que estaban de servicio, empezaron a trompazos con el preso hasta que lo dejaron medio muerto.

A continuación, agarrado de los pies y arrastrándolo por la

escalera lo bajaron, y al bajarlo de la manera que lo hicieron, desde el patio oíamos los golpes que la cabeza daba en cada uno de los escalones; nos pusimos a gritar increpando a los agentes, y cuando dejaron abajo al preso tendido, vienen toda la manada de esa gente al patio y empiezan con nosotros, y allí se reanudaron los gritos y los quejidos, dando vueltas en el patio, huyendo de los que nos seguían, golpeándonos. En tales circunstancias, en los balcones de piso aparecieron unas mujeres, que cuando vieron lo que estaba pasando, empezaron a gritar a los agentes, calificándolos de las peores perrerías, y es cuando dejaron de golpearnos, y al momento ya nos llevaron a las celdas.

Nos impusieron nueve días de incomunicación, de los que los tres primeros nos sacaron por la noche, y después de unos cuantos trompazos nos volvían a la celda.

Al restablecerse las comunicaciones regulares, los familiares de los afectados tuvieron alguna información de lo que había pasado. Ya incluso el compañero francés había salido de la clínica, y tanto en la salida al patio por la mañana como por la tarde, lo teníamos entre nosotros. En esos momentos había como Secretario de la Federación Local de Barcelona un viejo militante Riojano, que hacía años, por un problema orgánico, se le procesó, y en un juicio en que le pedían 12 años de presidio, la defensa de Barriobero lo dejó en tres.

Por el patio de la galería 3ª se pasaba a lavaderos, por donde todos los días en la mañana pasaba un oficial, muy arrimadito a la pared, saludaba a quienes encontraba, pero nunca se supo de él que se metiera en conflicto con los presos; unos días después

de habernos levantado la incomunicación nos sacan al patio; al salir encontré un trozo de periódico, me puse de espalda en la pared, y note que el oficial adelanto el paso, al mismo tiempo que me decía, “tome, tome”. Le cogí un trozo de papel, y miré alrededor, por si alguien había estado mirando... vi que no, y entonces empecé a moverme, di unos pasos por allí, a continuación me separé del conjunto para ver qué era lo que el oficial me había dado, y leo.

“Compañero Campos, de acuerdo con la F. Local, le mandamos esta nota, para que nos hagas un informe de lo que ha pasado ahí. No temas nada de quien te entregue el papel que tienes; hay absoluta confianza. Cuando hayas hecho el informe, por el mismo conducto que te ha dado lo que te mandamos, llegará a nosotros”. Esta nota a más de sorprenderme, me deja sin saber que hacer. Creí prudente romperla enseguida; pero, ¿cómo hacer el informe cuando con mucha frecuencia se hacían registros en las celdas que ocupábamos? Con algunos temores y no pocas precauciones inicio el informe, que por la noche colocaba en mi cuerpo como podía, y alguna vez, protegido con papeles ordinarios por la noche lo ponía dentro del propio retrete. Pude hacer el informe, lo entregué a la recomendación que me hicieron. Un día, en visita que me hizo la compañera acompañada del Secretario de la F. L., me dijo “él, Campos, vino a casa a entregarme el informe”.

Me tranquilicé, y a continuación me indicó que ya estaba actuando una comisión sobre el problema. Bien estudiado lo que pensaban hacer, cuando creyeron que había llegado el momento, sabiendo quiénes eran los que más se distinguieron, a la hora que salían por la tarde a sus lugares de recreo y

diversión, en la esquina de la calle Aragón y Entenza les salieron al paso y les dieron lo que se habían ganado.

Realizada esa operación, la situación interior de la cárcel tuvo un cambio fenomenal; se modificó el trato hacia los presos, y supimos que algunos de los que nos habían martirizado, se salieron del Cuerpo de prisiones definitivamente.

Entre los que quedaron, había un tal Pastor que le dio por ir a mi celda, dijo que para darme conversación, pero lo cierto era que, teniendo en cuenta lo que había pasado, y cargado de miedo me planteaba dijera yo a mis compañeros que él no era de los que pegaban; y un día, cuando se me presentó en la celda, e intentó abrir conversación sobre lo mismo le dije: “Señor Pastor, a mí no me hable más de ese asunto, porque de ello yo no quiero saber nada, de manera que pierde el tiempo, y aunque supiera, a usted no le diría nada; y me alegó que tenía a su madre en Oviedo, temerosa por si le ocurría algo. Desde ese día no vino más por mi celda, y luego supe que también se había ido del cuerpo.

Se acercaba navidad, y empezaron a dar libertades; la verdad es que yo deseaba que me la concedieran, porque con Igualdad hacía poco que habíamos contraído matrimonio, y para mí, su compañía, identificada en inquietudes ideológicas, que compartíamos con sus padres y hermanos, deliciosamente, tenía muchas ganas de reanudar esa convivencia, y llegó el último día del año, cuando ya empezaba a desconfiar, y a las doce de la noche, oigo que abre la puerta, y un agente en gallego me dice que me levantara de la cama “con todo”, y di tal salto que vestirme y recoger los trapitos que allí tenía no me llevó ni

tres minutos; bajamos juntos con el agente y abajo, en el despachito de servicio nocturno, me hicieron firmar y me llevaron a la calle; pero ya en esa situación me vienen a la memoria hechos que ocurrieron en el periodo del pistolero libreño, y pensé si no me habrían trabado alguna trampa.

No había servicios públicos de transporte; tampoco tenía recursos para taxis, y no exento de temor, andandito hasta llegar a la Torrasa. La familia vivía en un tercer piso; en la puerta de abajo hay picaporte, no timbre, y se me ocurrió buscar unas piedrecitas para tirarlas al balcón y ver si alguien despertaba; a la tercera que lancé oigo que abrían el balcón, al preguntar quién es, por la voz andaluzada noté que era Antonio, el patriarca de la tribu Ocaña; al responderle que era Severino, se metió hacia dentro y avisó a la familia; no había ningún recurso para abrirme desde arriba, y me puse junto a la puerta, esperando se abriera por dentro, y así ocurrió. Me encontré con Igualdad, quien fue la que me abrió, y encontré de pie a toda la familia que se había levantado.

Son momentos y encuentros placenteros, de alegría, de feliz emoción, que hacen olvidar penas y tristezas que se hayan tenido que afrontar; para mí, en ese caso es, que están todos a excepción de uno de los retoños (Salvador, que ya se había ido con Juana y vivían en otra parte). Después del saludo correspondiente a cada uno de ellos, lo que más me conmovió fue ver llorar a la madre de las criaturas que tenía a su alrededor; un rato de conversación, y a continuación todos a dormir.

El día siguiente, algunos nos levantamos un poco tarde, y en el curso del desayuno ya iniciamos conversación con Antonio, y me

refiere cómo estaba la organización, aunque algo de todo ello ya lo sabía; tanto los de Burgos como los de Valencia, fueron libertados y regresados a Barcelona; lo que más me sorprendió fue que el Secretario de la Federación Local se había cambiado, y no obstante lo ocurrido. M. R. Vázquez había sido nombrado secretario de lo mismo. En casa nos mantuvimos charlando de todas esas cosas, hasta por la tarde, después de comer. Igualdad y yo nos fuimos al Sindicato de Profesiones Liberales, que es al que pertenecíamos; no había aún sindicato en la enseñanza.

En el paseíto que dimos esa misma tarde me encontré con Guardamino y con Alcodori, con quien estuvimos hablando un ratito siempre de nuestras cosas; me informaron de lo que estaba pasando, especialmente de Sabadell, y de la manera que se estaba desarrollando el factor cultura, particularmente, en el Ateneo Faros, el de actividades más amplias en Barcelona. Y pude constatar, después del largo periodo de clandestinidad que afrontamos, que la organización se había reajustado mucho; que daba gusto ver las actividades sindicales, y la tónica de *Solidaridad Obrera*, que respondía a la misión para la que fue creada. Esa recuperación de actividades orgánicas, tuvo que afrontar algunos conflictos de poca importancia, varios de ellos saliendo bien, al tiempo que la recuperación se efectuaba mejor de lo previsto; casi todos los comprometidos en el treintismo, reingresaron en la organización, de donde se habían marchado.

En esos trances ya se había sugerido algo sobre que la conveniencia de un nuevo congreso, iba cobrando importancia, y se llega a convertir, que para mayo próximo que ya se acercaba; los escisionistas toman la decisión de reincorporarse, lo que se consigue, y en el congreso de mayo, logran su

participación, representada por López, que nuevamente engañaría a la CNT de la manera más vergonzosa y denigrante.

Lo indiscutible es que, el restablecimiento de la organización, con una amplia participación del anarquismo específico, aumenta su potencia y en los actos públicos como en las asambleas de los sindicatos, la concurrencia, cada vez más amplia, hacía ver y proyectaba altas reivindicaciones para la clase obrera. Tal rejuvenecimiento confederal contrastaba con reajustes autoritarios gubernamentales, que presagiaban contiendas trágicas, de las que ya se estaban dando algunos síntomas reales. No obstante, verse y constatarse la ofensiva fascista, era para congratularse todos los días cuando los obreros salían del trabajo, e iban a los sindicatos de la CNT, y ver la concurrencia de trabajadores que tenían nuestros locales.

Tal animación fue ascendente; cuando se presagiaban cercanas provocaciones fascistas, mayores concurrencias tenían nuestros sindicatos de la militancia más bregada, presintiendo cualquier ataque que ameritara defensa del patrimonio confederal. Y cuando se presintiera que el ataque tenía envergadura, por sorpresa, algunos militantes por lo menos en Barcelona, ya con los instrumentos prestos a utilizar, se presentaban en los sindicatos y allí pasaban la noche esperando el ataque que el fascismo tuviera proyectado.

## IV. GUERRA Y REVOLUCIÓN

No fueron las hordas fascistas de condición civil, tampoco los caudillos medulares del fascismo quienes rompieron el fuego retando a la población de condición normal y laboriosa, no: fueron, como siempre, los generales y sus ejércitos con sus subordinados quienes iniciaron el ataque, que tuvo replica popular, con una envidia no registrada en la historia universal, en los conatos de gran guerra social, y las provocaciones del militarismo. Son muchas las que tienen en su haber; y en esta ocasión no les fue tan fácil como proyectado lo tenían. El arrojo popular, tan pletórico de titanes de la causa justiciera y liberadora; aunque hubo muchas víctimas, pudo salir triunfante de los primeros encuentros de mayor envergadura que tuvo la guerra civil española. En el fragor de todo eso nos encontramos y actuamos.

El veintidós de julio del 36, el comité regional de Cataluña recibió de Reus un comunicado pidiendo le mandarían un par de compañeros que pudieran asesorar sobre algunas situaciones orgánicas; me consultan sí podía, les digo que sí, y como Igualdad me acompañaba, pregunté si ella podría venir, a lo que responden que “de primera, porque yo sois dos”. El día siguiente

por la mañana nos vamos hacia Reus, a la dirección que me dieron y allí encontramos al compañero Recasens, quien nos llevó a un convento que habían requisado y donde improvisaron unas oficinas, para atender menesteres orgánicos. Todavía se iba a la búsqueda de elementos que, con la organización, tenían pendientes responsabilidades de mucha gravedad. En esos trámites se distinguieron padre e hijo aragoneses que, en el pajar de una casa de campo, descubren a dos hermanos que se distinguieron en las atrocidades que los pistoleros libreños realizaron por aquella zona; uno de ellos se escapó, y al otro le detuvieron.

En torno a la mesa estábamos en conversación, Recasens, otro compañero de Reus, Igualdad y yo; vimos entrar al padre y al hijo con el que habían tenido el encuentro en el pajar, y súbitamente se levanta Recasens, se pone delante del detenido: “Mecau en dios, poco pensabas tú que saldarías tus responsabilidades, ¿no me conoces? Mientras le hacía esas preguntas al detenido, Recasens se arremanga el pantalón de la pierna derecha y le enseña varias cicatrices que allí tenía. Y siempre en catalán Recasens le pregunta, ¿No recuerdas eso, verdad?; y le responde el detenido, también en catalán: “Yo no fui, fue mi hermano”. Y siempre en el mismo lenguaje entre ellos, le responde Recasens: “Me disparasteis los dos”, e indica a quienes habían llevado allí al ex pistolero, que se lo sacaran de delante y se le llevaran. Así lo hicieron, y ya en la calle el detenido intento escapar, le dieron el alto y no paró, el joven aragonés le disparó y lo mató.

La escena fue terrible; cuando Recasens pidió que se lo llevaran y así procedieron, me di cuenta que Igualdad estaba

llorando. Le pregunto ¿qué te pasa?, y me respondió, que no llegaba a comprender que un hermano acusara a otro, de la manera que acusaban al que en el pajar se escapó. Se tranquilizó, nos sentamos y continuamos la conversación que se prolongó y se plantearon otros aspectos de la Organización; y se nos pregunta, si estaríamos dispuestos a quedarnos en Reus, como maestros de una escuela que quisieran abrir, la contestación fue que no, porque en la familia ya teníamos la Escuela Moderna, en la que estábamos realizando labores de buen resultado cultural. Pasamos tres días muy a gusto con los compañeros de Reus. Volvimos a Barcelona, y al día siguiente por la noche nos fuimos a Monserrat, donde tenía a mis padres y hermanos, sin saber si les había pasado algo malo.

Llegamos allí, mi familia estaba tranquila, y los compañeros del pueblo no los habían meneado; de todas maneras, sí supieron que los reaccionarios se habían comunicado entre ellos, sin efectuar hasta ese momento ninguna actuación molesta. No obstante, la sospecha nos indujo a hacer algún registro, con el fin de ver si hallábamos algún testimonio de preparación agresiva contra los que se habían manifestado antifascistas. Entramos a registrar en casa de cinco de los grandes propietarios, los vimos preocupados por nuestras visitas, para nada hallamos recursos de colaboración armamentista con lo que estaba pasando en muchas partes de España, pero sí que nos enteramos de que en Llombay, pueblo de la comarca, había ocurrido algo grave, pero no teníamos vehículo para trasladarnos a esa distancia y ante esa situación es cuando uno de los nuestros, Serilet, ofrece un Volkswagen para lo que se necesitara, conduciéndolo él, y así lo hicimos.

En dirección a Llombay pasamos por Montroy Real, donde nada había pasado; en Llombay hubo dos conatos, pero ya la cosa, a favor de los antifascistas, se había calmado. Recorrimos pueblos cercanos: Catadau, Alfar, Algemesí, Carie, Alcudia, que estaban en situación tranquila, por lo que desistimos de continuar por allí, y nos fuimos a Valencia, a la Plaza Pellicer, donde estaba la Federación Local de Sindicatos. Estando allí, sin tener noción de que por allí andaban, se me presentan tres compañeros de Barcelona, uno de los cuales era Gregorio Jover, que también pertenecía al Grupo Eureka; ellos iban armados y me pregunta Jover; ¿qué haces por aquí?, y le hablo del recorrido que habíamos hecho por la Comarca Montserrat Carie, y me indica que a la mayor brevedad me vaya a Barcelona, que allí me estaban esperando, pero todo el transporte estaba parado; pensando en cómo me las arreglaría para trasladarme a Barcelona, se presenta Evangelista, abrimos conversación, y le digo lo que me estaba pasando. Él era uno de los que se movía por aquel lugar y le pregunté si tenía en perspectiva alguna posibilidad para lo que yo necesitaba. Me respondió que no sabía, pero que iba a indagar, y al vernos por la tarde me dijo que, al día siguiente a las 8, salía de Valencia un tren que tenía que llegar hasta Portbou, y con ese tren nos fuimos.

Al entrar en casa nos recibió Antonio, el suegro, y nos dice algo en broma: caramba, ya pensábamos si estarías enterado y añade que me habían telefoneado, y que Federica había estado dos veces a buscarme, dejando el encargo que fuera donde se habían instalado los comités de la Organización, en el Edificio de Cambó, de la vía Layetana. Me fui hacia allí en seguida, y fue en el momento que iniciaba una reunión el Comité Peninsular de la FAI, que ya estaba compuesto por Federica, Santillán y Germinal

de Sousa, el portugués. Y me plantean que, para dos cargos de responsabilidad, se necesitaban dos compañeros serios, “que pensábamos podrían salir de tu familia”. “Creemos que tú deberías ir a la organización de Milicias, y el otro sería, como representante de la Organización, a la empresa Cros de productos químicos”.

Yo quedé comprometido en lo que para mí destinaron. Me trasladé a casa, y aunque un poco tarde comenzamos a comer. Entre los que habíamos en la mesa había tres varones, por sus conocimientos orgánicos y seriedad personal muy aptos para el cargo que se tenía que cubrir; planteo la situación, y dos de ellos ya se habían comprometido en el movimiento escolar existente; y ante ellos Antonio, el suegro, me dice que preguntara si para lo que necesitan él podía servir; el día siguiente por la mañana fui donde el día anterior encontré al Comité, y no había más que Federica, a quien el patriarca “de la tribu Ocaña” había ofrecido si se le consideraba apto; y me respondió Federica que “encantados” del ofrecimiento, y que le dijera que al día siguiente fuera por el Comité para verse con un ingeniero de la Empresa, con quien tenía que actuar. Todo salió perfectamente bien.

Ese mismo día yo me trasladé al Cuartel de Pedralbes, donde se empezaron a organizar las expediciones al frente; allí me encontré a los dos hermanos Saltó con dos muchachas que les ayudaban. Ya habían salido dos columnas, la primera la de Durruti, en dirección a Zaragoza, y en el curso del camino, en los pueblos por donde pasaban, iban actuando de la manera que es de suponer. En esas circunstancias, solicitada por Companys hay una entrevista, del que había sido Presidente del Gobierno de la

Generalidad. Después de colmar de elogios a los organizadores de la CNT y de la FAI, dijo que él quedaba descartado de las prerrogativas que como Presidente había tenido, y que si en algo podía ser útil a las necesidades que se presentasen, que estaba dispuesto a colaborar.

Así las cosas planteadas, la Organización determina la formación de un Comité de Milicias Antifascistas, para regularizar la marcha de la revolución. Se tuvo el acierto en el Comité aludido de reconocer y dar representación a los sectores que participaron en la lucha frente a los fascistas, según las fuerzas de las vertientes políticas que en la lucha habían intervenido. De ese Comité fue nombrado Secretario General García Oliver, que en principio era amparado por representaciones de la zona catalana y se nombraron militantes para el control y ordenamiento de actividades especiales: Aurelio Fernández y Asens fueron a las patrullas de control; Eroles a la Jefatura de policía, y a mí con ayuda de Santillán, a la Organización de milicianos para el frente. En esta última actividad, los más positivos para ese menester fueron los hermanos Saltó, del Sindicato Fabril y textil.

En lo que correspondía a las actividades para mi consignadas, se creyó conveniente trasladarnos a Capitanía, sin abandonar Pedralbes porque como teníamos que atender las necesidades de los cuarteles, era más fácil efectuar esas tareas desde Capitanía. Ante esa situación, los representantes de los cuarteles, todos los días tenían que pasar por donde yo estaba para que les firmara la relación de lo que tenían que adquirir. Del cuartel Carlos Marx venía un socialista por mí conocido de bastante confianza; un día supe que en el cuartel aludido habían

comprado instrumentos y formado una banda musical que estaba ensayando para salir por la calle en plan de propaganda política; pero unos días después me presentan una factura de 240 mil pesetas de los instrumentos aludidos, y me niego completamente a firmarla. En vano insistieron.

No obstante algunas llamadas de atención a algo de lo que presentaban los cuarteles en sus relaciones. Nuevamente con el Cuartel Carlos Marx, surge otra dificultad más peligrosa para mí; y es que me presentaron una factura de zapatos especiales, que me alegaron de palabra que eran para oficiales, y también me niego a firmarla, y no la firmo. Al día siguiente no era sólo el que venía de costumbre, sino que con él venían dos más, y después de firmarles, uno que llevaba una gabardina puesta desabrochada le dice al que me había dado la lista que firmé; “dale eso también”; y es cuando el de la gabardina me pone los papeles delante, y me dice; firma eso; lo miro, y veo que era la factura de los instrumentos; noté algo raro en ese fulano porque, al tiempo que me hablaba, se abría la gabardina poniéndose la mano en el bolsillo enseñándome la pistola que llevaba en el cinto. Insistió, no le firme, y cuando lo vio imposible, ya con gesto de que se iba me dice: “Catalán tenías que ser”. Y al día siguiente, se presentó el que de costumbre venía, salió a conversación, y me pregunta si no conocía, al que con él discutí, y al decirle que no, me dijo que era Lister, “que nos hizo una visita, y quiso acompañarnos”.

Cuando salí de la cárcel la última vez, el segundo día que gozaba de libertad, con Igualdad nos pusimos de acuerdo, (como hacíamos antes) para salir por la tarde a dar un paseíto que siempre nos estimulaba, y ya en ese trance me dice Igualdad:

“Severino, sé fuerte, te voy a dar un gran disgusto; nada hemos querido decirte estando en la cárcel para no aumentar tu pena, pero ahora sí es obligado que te lo diga; y el caso es, que estando encerrado han operado a tu mamá, y le han tenido que cortar los dos pechos; me vi trastornado de tal manera que no sabía dónde estaba ni lo que me pasaba. Ni los abrazos de Igualdad, ni sus requerimientos para que me tranquilizara podían atenuar mi desesperación; no había consuelo para mí. Optamos por regresar a casa.

Deduje y pude confirmar que, entre los padres y hermanos de Igualdad, ya habían hablado de cómo me darían a mí la mala noticia, y optaron por que fuera Igualdad; cuando regresamos a casa me senté aplastado y se dieron cuenta que ya se me había dicho. El primero que se me acercó tratando de consolarme fue el padre de Igualdad, a continuación, fue su madre, que, al verme afligido como estaba, aquella santa mujer también se puso a llorar. En el cuarto que nos servía de dormitorio se me tranquilizó algo el nerviosismo, con las atenciones morales y los cuidados de mi buena Igualdad. Tarde noche, ya dentro del día siguiente, quedamos rendidos y nos fuimos a la cama.

Eran como las ocho y media de la mañana, cuando oímos que, con los nudillos, tocaron en la puerta de nuestro dormitorio, a lo que respondimos “entren”; era el padre de Igualdad y nos dice: Severino, ¿Por qué no os arregláis y os vais a ver a tu madre? Nos miramos los dos que estábamos en la cama, y dijimos; ¡Vamos!, y nos pusimos en marcha.

A Montserrat llegamos el mismo día, ya al anochecer, y en la casa, donde con algunas peripecias pasé mi infancia, encontré a

mis padres, a cuatro hermanas y un hermano. Por lo que vengo diciendo de mi madre, y lo mucho bueno que de ella puedo decir, es de suponer cómo sería nuestro encuentro. Abreviando algunos detalles, la realidad fue que, al momento, la casa se tradujo en valle de lágrimas. Ya algo calmada esa situación, sonó la voz de mi madre, que en Valenciano me decía; Severino, no llores, ya comencé a poderme peinar. No quisimos que se levantara de la cama, y quedamos en el cuarto; cuando comprendimos que entraba en sueño, nos salimos.

Y en el amplio comedor, donde también había recurso de cocina, allí nos juntamos los familiares, con cuatro compañeros del pueblo que nos visitaron al enterarse que Igualdad y yo habíamos llegado, y allí continuamos hablando casi todo el resto de la noche. El día siguiente, al levantarnos un poco tarde a la mañana, mi hermana Dolores, la mayor de las hermanas, ya tenía a mi madre arregladita y paseando por dentro de la casa; allí estuvimos cuatro días, que si a mi madre las atenciones eran indispensables a su situación, la colaboración de Igualdad en ese sentido, la dejó maravillada. En algunas conversaciones que tenía con personal del pueblo y le preguntaba, les respondía, que sus hijas ya no eran cuatro, sino que ya eran cinco.

En torno a la cosa orgánica en Montserrat tuve ocasión de hablar con Vicente el municipal, con Antonio Muñoz, y con Rogelio, con José Galán y el tío Ramonet de Carrasco. Hice una visita a Real, y solamente pude hablar con Bello y Venancio. Ya de regreso en Barcelona, la situación la encontré animada y con predisposiciones a superar lo existente.

El Congreso de Mayo, si no me satisfizo completamente, por

la intromisión que tuvieron todos los treintistas, representados por Juan López, no dejó de ser un paso de superación orgánica; a ello podría añadirse la afluencia de trabajadores a las entidades de la CNT, que numéricamente y en potencia defensiva, cada día tenía recursos más positivos, y aunque algo hemos dicho ya de lo que fueron los inicios de la Revolución, merece una buena referencia de lo que fue preliminar al factor combativo que hacía augurar éxito a favor de los baluartes libertarios.

Especialmente lo que fue el mes de junio, hasta llegar el día de julio, los baluartes de inspiración combativa, vivían en entusiasmo optimista en las realizaciones idealistas, y en las proyecciones efectuadas de los comicios orgánicos; constantemente, después de las jornadas de trabajo, la militancia se hacía presente en los lugares sindicales, dispuestos a responder a la provocación, y no permanecía allí en plan de recreo, y sí alertados para entrar en acción a la menor realidad agresiva.

No eran predisposiciones de vanidad personal, eran sentimientos de liberación, forjados por estudios y experiencias afanosas de libertad, edificantes y justicieros; eran las esencias anarquistas que anhelaban entrar en juego constructivo.

Y se abre la brecha combativa, con participación inmediata de los titanes que esperaban concurrir a donde les correspondía. No se disponían instrumentos para todos los que se ofrecían a participar; el fragor de la lucha se amplía y se remonta; caen combatientes del sector popular, pero el instrumento que estaban usando tiene ocupante al instante, sin interrumpir la

continuidad combativa de los libertarios. Caen varios prestigiosos militantes de la causa ácrata, entre ellos Francisco Ascaso, pero ello no atemoriza a nadie de los que están en acción, ni a los que están en inmediata reserva para sustituir a los que caigan. Todos esos, y otros que, con el mismo empeño, y por la misma causa, luchaban en otras partes, eran lo más brillante de la Confederación Nacional del Trabajo y los aguiluchos de la FAI. Costó vidas, se derramó mucha sangre, pero los pretorianos de Atarazanas, los de la Plaza Cataluña, y de otras partes, fueron vencidos.

En todos los lugares donde triunfaron los combatientes de la causa libertaria, los enemigos políticos de la misma tuvieron que reconocer la integridad de los idealistas, ya que todos sus valores personales los pusieron a disposición de las necesidades sociales. Con la terminación de un ciclo combativo relevante, abrían otro ciclo de responsabilidades sociales, no de menor importancia que las afrontadas en el juego de las armas. Pusimos a prueba nuestra capacidad organizativa de todo lo concerniente a la vida social, y en algo esencial, como es la cultura teníamos una trayectoria excepcional, acreditada por lo que fueron nuestras escuelas racionalistas, nuestros ateneos, y algunas publicaciones ideológicas orientadas por elementos prestigiosos. Y de la industria, de la agricultura, del transporte, de la minería, de los estudios superiores, ¿qué haríamos, qué podríamos hacer?

Todo va teniendo sus inicios; la de transporte fue una de las entidades sindicales que impresionaron a la población de Barcelona. Ver a los taxis aparecer por las calles de la Ciudad Condal pintados de rojo y negro, con los emblemas

anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo fue emotivo y estimulante, alentador, para quienes alguna simpatía tenían con la organización sindical que, como ninguna, incluso a nivel internacional, se había entregado a la defensa de los trabajadores y de los derechos humanos. A más, en lo elemental ya eran evidentes las realidades del Colectivismo Social, pues frente al tradicionalismo burgués y capitalista, se habían librado batallas enormes.

Si no tan a la vista como lo hizo el Sindicato de Transporte, otras entidades sindicales de la CNT, incluso los sindicatos de campesinos, empezaron a formar colectividades agrícolas, que fueron exponentes laboriosos, en los que imperaba la seguridad, la voluntad, la pericia; y en lo administrativo, la rectitud y delicadeza correspondientes a los principios idealistas que se habían preconizado como sistema en nuestras metas sociales. Por el contacto que con ellos tuve, en ocasión del cargo que ocupé en el Comité Regional de Cataluña, quedé encantado del esmero que daban a su comportamiento, y particularmente del de uno del Comité campesino llamado Porté.

La coherencia orgánica que imperaba en esos momentos era edificante, porque las aportaciones personales, llevaban la esencia de las sanas inquietudes, de las buenas intenciones que se enlazaban, y potenciaban los objetivos del interés; y este fenómeno, tan indispensable para el prestigio del ideal, era prevaleciente en las diversas opiniones que se conjugaban en el ámbito general de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica. Eran valores idóneos que se potenciaban en los contactos, en las reuniones grandes y chicas comprometidas en la defensa de la causa común.

Y esa realidad, edificante, hermosa y luminaria, era antorcha que presumían y esgrimían todos los voceros gráficos del anarcosindicalismo y del anarquismo; pero ya teníamos el germen de la desintegración en los más estratégicos de la Organización, que empezaría a florecer, cuando las circunstancias les fueran algo favorables, y no tardarían en presentarse para iniciar trastornos que deteriorasen principios y normas de la Organización. Lo que digo de nuestra prensa, lo que digo de nuestras relaciones personales, de pequeño y gran volumen, consultando las publicaciones y documentos orgánicos del momento a que hago referencia; lo que digo y afirmo, nadie me lo ha contado; lo he vivido.

Estalló el movimiento revolucionario siendo Secretario del Comité Nacional Horacio Martínez Prieto; la homogeneidad orgánica era indiscutible en esos momentos, porque el fragor revolucionario se hacía respetar, y es Durruti quien plantea la situación de que algunas fuerzas quedaran estacionadas, porque se carecía de instrumentos de combate para el personal que solicitaba entrar en acción. Y esto ocurría, mientras de lo que se iba consiguiendo, especialmente socialistas y marxistas estaban bien atendidos. Alegando acuerdos de un Pleno, se le encargó al Comité Nacional que gestionara con Largo Caballero se regularizaran las atenciones de los frentes en atención a sus necesidades.

Según informes del Secretario del Comité Nacional, la repuesta del jefe del gobierno fue, que los libertarios se incorporaran a las funciones gubernamentales, y ya verían lo que se podría hacer. Ante esa respuesta de Largo Caballero, con los argumentos orgánicos, se faculta al Secretario del Comité

Nacional, que dijera al jefe del gobierno, que la CNT accedía a participar en el gobierno. Y a continuación se dan las consultas de los individuos a participar en el gobierno de Largo Caballero. Había constancia de que si ese caso se diera, uno de los interesados (Juan López), se conviene con el Secretario del Comité Nacional, que sería tenido en cuenta. Y así sucedió.

Independientemente de las relaciones oficiales con la CNT, Juan López las tenía con el Secretario General de la Organización diariamente, y por esa razón, fue el primer comprometido como ministro de los que tenía que aportar la Organización. Según referencias que luego dio Horacio en la amplia reunión que tuvimos, a continuación se consultó por teléfono a García Oliver, que dio su conformidad, y al consultar a Peiró, por el mismo procedimiento, dijo que si la Organización lo determinaba, “estaría de acuerdo”. Faltaba Federica.

Ya en antecedentes de esa situación el Comité Regional de Cataluña y la Federación Local de Barcelona, acuerdan convocar una reunión para el día siguiente, en la que Martínez Prieto informaría detalladamente de la manera que el problema se había desarrollado. Se me avisa, y concurre al lugar citado; seríamos más de doscientos los asistentes, y es el Secretario del Comité Nacional quien abre la sesión y hace el informe un poco más amplio de cómo dejamos consignado en el párrafo anterior, y termina diciendo: “De manera, que de los cuatro ministros que se nos conceden, tres ya están nombrados, falta Federica, que la tenemos presente, y ella dirá”.

Y Federica responde que no aceptaba; la mayoría de los concurrentes quedan perplejos; hay un silencio sepulcral;

transcurren unos minutos, y Horacio, la inquiere nuevamente, alegando que los asistentes están todos en silencio, esperando la contestación que desean; y nuevamente Federica dice no, no; así van tres veces que se niega. Confieso que mi corazón estuvo palpitando aceleradamente esperando la negativa y por la cuarta vez es cuando Horacio le dice, “Federica, los compañeros siguen esperando”, y dice ella: “Os hago una proposición; consultad al compañero Pedro Herrera, y si él no acepta..., comprendiendo lo que ella quería decir, no se le dejó terminar; hubo una eclosión de voces del conjunto diciendo ¡ya está bien! Y así quedo nombrada ministra Federica.

Entre el conjunto se inician los comentarios, pocos, muy pocos contrarios a la solución, y entre las voces que se daban resalta una, la de Juanel, que gritando, más de satisfacción que de pena dijo: “Y ahora, ¿a qué tejado echaremos las pedradas? Ahí está la realidad inicial de lo ocurrido, en el caso de la participación gubernamental de la CNT.

Si en lo que acabo de mencionar de lo excepcional, de lo negativo de menor importancia de la CNT, en la revolución, se estaban dando casos que demostraban, que la Organización iba perdiendo prerrogativas y pulcritud ideal, la que había practicado durante el tiempo que se sostuvo opuesta a todo sistema autoritario. Esa realidad negativa se me mostró porque en el largo tiempo de mi militancia, tanto en lo específico como en lo confederal, pude conocer y tratar baluartes personales de integridad inmaculada hasta ese momento, que entraron en desmerecimiento al iniciarse la indiferencia hacia los principios y comportamientos que las ideas anarcosindicalistas y anarquistas aconsejaban.

Quince días antes de iniciarse la participación gubernamental, la Federación Regional de Grupos Anarquistas celebró un Pleno en el que se nombró nuevamente secretariado, quedando nombrados tres, como secretario yo, Gabaldá como contador, y Cesario Pérez como tesorero. Para mí, a más del cargo que tenía en milicias, el nuevo servicio, era de mayor importancia que los asimilados hasta entonces.

Ya se hacían notar algunas debilidades que hacían augurar, que la integridad de antaño iba a perder algo del potencial que la CNT había tenido en los peores momentos de sus colosales pruebas; y ellas tienen en su haber muchos motivos y datos interesantes, que reclaman atención de quienes se interesan en reivindicar las esencias de los postulados ácratas.

De todo ello, a más de los debates que se originaron en el ámbito general, tuve oportunidad de hablarlo con Germinal, quien justificaba la decisión de haber participado en el engranaje gubernamental, esperanzados en la adquisición de instrumentos bélicos que pudieran abastecer las necesidades de nuestros frentes; trampas que supo ingeniar Largo Caballero para ungirnos un desprestigio de los más sensibles afrontados. En la subconsciencia del contenido general del movimiento nuestro, a más de lo consciente, quedaron huellas influyentes y determinantes, que nos condujeron a la hecatombe. Y en corolario de los pasos negativos, esas reminiscencias de lo catastrófico se potenciaron, y en la actividad han fecundado fracturas y fenómenos de esa condición, que harán difícil el saneamiento y superación para recuperar las esencias orgánicas de la CNT, y de la FAI.

Al entrar en actividades ministeriales, Federica cogió como secretario particular a un tal Baruta, que nunca vi por la Organización ni lo conocía. Un día se presentó en mi casa, me entregó un sobre voluminoso y de palabra me dice: “Me ha encargado Federica que te diga, que a más de lo que os dice en ese documento, os apresuréis a trasladaros donde os indica, y una vez resuelto el problema planteado, te comuniqués con ella en seguida”. Miramos la documentación, y se trataba de que en Burdeos se había constituido una colonia de niños españoles, en su mayoría vascos, al frente de la cual había un cura. Como transcribir más o menos lo del documento sería extenso y se trata de abreviar, solo diré que el documento me facultaba para suplantar inmediatamente al cura, y que a cargo de la Colonia nos quedásemos Igualdad y yo. Por nuestra parte resolvimos en seguida, rechazando la proposición, entregando a Baruta el documento con una nota firmada por mí, diciéndole que no aceptábamos.

Con antelación a ellos, en la reconstrucción del gobierno de la Generalidad, cumbres personales del anarquismo y de la CNT, participaron en cargos gubernamentales. Hombres como García Birlán (Dionisio), ácrata, enemigo hasta del anarcosindicalismo, colaboraron en el gobierno Catalán; el mimo Santillán, fue Consejero de Economía en el gobierno a que ya hemos aludido varias veces; y en cargos de menor importancia, en la llamada burocracia, llenaríamos páginas con nombres de participantes, de procedencia confederal y específica.

## V. LA CONTRARREVOLUCIÓN

Para no pocas gentes de nuestras entidades orgánicas, el entierro de Durruti fue, aparentemente, por su concurrencia diversa, abigarrada, una manifestación de duelo, de un sentimiento poco común que deploraba la desgracia, mientras a mí me constaba, que a la víctima, si antes de caer, ellos lo hubieran podido colgar, con buen gusto lo habrían hecho

De todas esas y otras situaciones similares que nos permitirían llenar páginas, llegamos a la culminación de que del gobierno se nos hecha poco menos que a patadas. La potencia gubernamental del catalanismo ya había adherido un sector denominado Partido Socialista Unificado. Vinculado y adherido a las consignas de Stalin, daba como sobrante en la contienda española al anarcosindicalismo y al anarquismo, coincidiendo con las aspiraciones de Esquerra de república de Cataluña. Y esa comunidad de intereses políticos, que concentra lo más impúdico, lo más criminal de la escoria humana, es la que concierta el ataque eliminatorio de toda persona y entidad que no se supeditara a las consignas del bolchevismo.

Temeroso de lo que los falsos amigos buscaban, y dispuestos a evitar males mayores, desde los cargos que ocupábamos

redoblamos esfuerzos y atenciones, en aras a la buena suerte que deseábamos a la Revolución. En los lugares de nuestra actuación que lo permitían, comíamos cualquier cosa o descansábamos un rato, para dar continuación a los menesteres que reclamaban las circunstancias, y cuando algo se presentaba, entre nosotros decíamos que “peor están los del frente”. Un día me telefonan, diciéndome que la compañera se había puesto algo enferma, y por la noche a casa que me voy, de acuerdo con los compañeros que juntos actuábamos.

Yo era de los que no tenía coche; temprano de la mañana siguiente suena el teléfono, es Serapio Pérez, miembro del Comité; ¿Qué pasa?; Severino, hay necesidad de que vengas pronto; la situación ha empeorado enormemente”; las tres fracciones de nuestro movimiento han acordado una reunión para las 9, y hay necesidad de que tú no faltes. No hay transporte público, el Sindicato de Hospitales tenía una sucursal en Santa Eulalia, que me quedaba cerca; allí voy, y encuentro al compañero Xena, alcalde de Hospitalet en aquellos momentos, él dice a quienes le acompañaban que pongan en movimiento el coche que allí tenía para llevarme al Comité Regional. A más del chofer hay dos compañeros más que me acompañan; el coche lleva su bandera; al entrar en la Plaza de España; ya nos dimos cuenta que nos seguían; al llegar a la parte trasera de lo que era el Hotel Colón nos meten un mortero que impacta en el estribo de la derecha y nos lanza a 9 metros de donde estábamos; de los dos que nos acompañaban uno quedó muerto y el otro herido; el chofer y yo quedamos ilesos.

En la misma Gran Vía, y Paseo de Gracia, se había instalado un centro de patrullas de Control; el estruendo del mortero, y los

quejidos horribles que se lanzaron hizo que los patrulleros salieran a la calle, entre ellos estaban Aseen y Aurelio Fernández que me reconocen en cuanto me puse de pie; una ambulancia, llega y se llevan al muerto y al herido; a mí me llevan al local donde ellos estaban. Allí me encontré con Aracil, Pedro Herrera, Domingo Ascaso y dos compañeros más; desde donde estábamos descubrimos, que en el mismo lugar donde tenían emplazado el mortero que nos dio, tenían una ametralladora para controlar la entrada al local de la patrulla.

Desde donde me llevaron telefoneé al Comité Regional, diciéndoles lo que había pasado; me contestó Serapio, diciéndome que la reunión ya había tramitado lo que se tenía que hacer; Aracil intenta salir, le hacen una descarga y le rozan la espalda; yo insisto en que tengo que llegar al Comité Regional, pero la entrada del local de Patrullas estaba constantemente vigilado, y a cualquier movimiento que se notaba seguía la ráfaga de la ametralladora. Mi preocupación sobre lo que estaría pasando en el Comité Regional me tenía nervioso, por lo que me dice Aurelio: “Severino, no te impacientes tanto, espera un poco, más tarde buscaremos la manera de que salgas y llegues a donde tienes que ir. No me tranquiliza el consejo.

Mirar desde la puerta, con el cuerpo protegido por el dintel implicaba empezar a sonar la ametralladora. Sugiero una tentativa, salto y arrimo mi cuerpo a la pared de la misma entrada, suenan los disparos, pero los impactos quedaban un poco distantes de mi cuerpo; en esa situación ando, espalda sobre la pared, cerca de setenta metros; dejó de sonar la ametralladora. Llegué a la Plaza Urquinaona, donde en poco trecho vi cuatro cadáveres tendidos en el suelo. Hubiera podido

coger vía Layetana para entrar en nuestro local por la puerta principal, pero opto por la parte trasera, cercana del mercado Santa Catalina, y por allí entré en el local del Comité Regional.

Encontré a varios compañeros, varios de los cuales estaban desde el día anterior; casi frente a la entrada del Comité Regional había un Banco, cuyo tejado y la esquina más cercana estaban ocupados por los estalinistas, no dejando salir a nadie del Comité, ni tampoco entrar; me informan de que toda Barcelona estaba en la misma situación, con muchos cadáveres sin recoger, y que la noche anterior los estalinistas se dedicaron al asalto de domicilios de cenetistas y anarquistas, y algún elemento del POUM, cometiendo asesinatos horribles y repugnantes. Es en esa ocasión que descubrieron un domicilio ocupado por compañeros italianos, donde mataron a los cinco que encontraron, entre ellos Camilo Berneri y a Barbieri.

Se me informa de que en la reunión habida, se nombró una Comisión que tenía que trasladarse a Sans, para desde allí, con personal de la Organización iniciar la actuación para contrarrestar la ofensiva criminal, y recuperar la normalidad que permitiera proteger las necesidades de la población, y de los centros de producción. Entre los que había dentro del Comité estaba un tal Ruano, que provisionalmente sustituyó a Durruti, cuando fue a Madrid, y allí murió. A la entrada del Comité Regional, nadie podía acercarse, ni por dentro ni por fuera; a la menor tentativa sonaban los disparos, tanto desde la parte alta del Banco, como desde la esquina del mismo, los impactos no eran solamente sobre la puerta, sino que también entraban por algunas ventanas del edificio.

En tales circunstancias, es Ruano quien plantea a la comisión que se tenía que trasladar a Sans: “¿Estáis dispuestos a salir”; le respondieron que sí, y solicita un cinturón, donde pudieron colocarse cuatro o cinco bombas; se le facilitan, pues además, en la Comisión había quien llevaba más como repuesto. Quedan que a la salida; el grueso de la Comisión quedaría en la parte interna de la entrada, y que él se acercaría al dintel, para cerciorarse bien de dónde salían las descargas de los estalinistas. Así convenido y preparado, Ruano se acerca a la salida y noté que las descargas más densas salían de la esquina del banco. A la bomba que tenía en las manos le quita la espoleta, y la lanza a la esquina, explota allí con un trueno aterrador produciéndose un silencio sepulcral, y es cuando, con otro artefacto preparado en la mano, con el brazo izquierdo que tenía libre les hace señal a la Comisión y les dice ¡Vámonos!

Como estaba cerca pasaron por donde explotó el artefacto que lanzó Ruano; allí había dos tendidos sangrando, pero la Comisión, siguiendo a Ruano, con tres combates que tuvieron que librar, llegaron a Sans, donde tenían que ir. Fueron un día y una noche de horror. Al rato de haber llegado yo al Comité Regional, telefoneé al Centro de Patrullas donde había estado y me respondió Herrera; le pregunté si estaba Aurelio, me dijo que sí, y se pone él en el aparato a quien explico cómo había salido. A continuación, entre ellos comentan lo que les había comunicado; y les dice Domingo Ascaso; “Campos ha salido, yo también voy a probar, a ver si la suerte me acompaña”; lo intenta, y al salir, suena la descarga de la ametralladora del Hotel Colón, y allí, en la misma puerta queda muerto Domingo Ascaso. De tres hermanos ya hay dos caídos.

No creo a nadie capaz de imaginar lo tormentoso que para mí fueron esos momentos; a más de lo que afrontaba aquí, con el gran problema planteado, dudando incluso que pudiera salvar mi vida. Igualdad, la compañera, en vísperas de dar a luz, nuestro primer hijo, y mi madre, en Monserrat, muriéndose lentamente a consecuencia de una operación quirúrgica. Me consolaba algo pensar que Igualdad estaba aquí en Barcelona con sus padres y hermanos, con las mejores atenciones indispensables. Las circunstancias de Barcelona se transmitían a Valencia constantemente, porque allí residía el Comité Nacional y el Gobierno con duras fuerzas policiacas, que de nada servían.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana llegaron Federica, García Oliver, y miembros de nuestro Comité Nacional; van directamente a la sede del gobierno de la Generalidad, donde se conviene convocar a los secretarios y representantes de todas las organizaciones para decidir un alto el fuego; antes de que se lanzara esa consigna, procedente de Barcelona, desde el balcón de un centro de la UGT, dan el alto a un coche que venía con cuatro jóvenes a consultar a nuestro Comité Regional, y en la medida que iban saliendo les decían ¡Manos arriba!; y cuando estuvieron en esa posición, les hacen una descarga y matan a los cuatro.

García Oliver, en nombre de la Organización, por radio lanza un discurso, aconsejando a la militancia confederal que rindieran armas, y que pensáramos que también los guardias de asalto “son nuestros hermanos”.

No es nada grato ese discurso; porque poco después de haberlo pronunciado, en el mismo lugar donde cayeron los

cuatro jóvenes de Barcelona, estuvo muy cerca de ser asesinada Federica, por los mismos que asesinaron a los cuatro jóvenes.

La secretaría General del Partido Socialista Unificado estaba en el Hotel Colón, y su Secretario General era Antonio Sesé, ex militante de la CNT, y colaborador que fue de nuestra publicación *El productor*, del mismo grupo al que yo pertenezco, cuando empecé a militar en Barcelona; él fue el sugerente de la ofensiva eliminadora que en Barcelona se inició contra la CNT, y su militancia. Cuando se hace el requerimiento público de reunir a los Secretarios y representantes de organizaciones y partidos para convenir el “Alto el fuego”, Antonio Sesé por el cargo que ocupaba, moviliza a sus ayudantes y escoltas, para llegar a la Generalidad, exhibiendo los coches, las banderas del estalinismo provocador. Intentan pasar por un control, compuesto por elementos del Sindicato de espectáculos públicos, les dan el Alto, no paran, les abren fuego, y matan a los que iban en el coche de delante, en el que iba Antonio Sesé.

Como plazo inmediato, ¿Qué se deriva de todo eso? Una crisis gubernamental, en la que quedan desplazados del Ministerio los cuatro ministros de la CNT, y Largo Caballero. En el lugar que venían ocupando quedan los ministros comunistas, que en lo sucesivo tendrán como jefe al “camarada Negrín”, fiel servidor de Stalin, quien por los buenos servicios al bolchevismo, y por el regalo del oro patrimonial español, los llamados comunistas, a expensas de los sacrificios del pueblo español, tendrían buena acogida en Rusia. Pero en la CNT, lo que había ocurrido y estaba ocurriendo no era suficiente para un rompimiento definitivo, con todo aquello y aquellos que tan vilmente habían tratado, y seguían tratando a la Organización confederal. Para algunos

dolía desconectarse de los vínculos estatales, y por ese sentimiento nada recomendable se presiona para no perder todo lo que se había tenido en el Ministerio de Largo Caballero, y se acepta que en el gobierno de Negrín hubiera un ministro cenetista, que fue Blanco.

Todo ello pesaba sobre mí como loza de plomo. Indico que yo quería dejar el cargo; se me dice que no nos convenía, que aguantara; insisto, y les advierto, que les daba lo que quedaba de mes para remplazarme y si no lo hacían, el último día del mes abandonaba lo que había bajo mi responsabilidad, y de lo que pasara después me desentendía completamente. Un día antes de terminar el mes, con el nombramiento correspondiente se me presentó el compañero Juan Montserrat, y se hizo cargo de lo que representaba hasta ese momento. A continuación, me incorporé al trabajo que ya tenía desde hacía algún tiempo.

La dimisión por mi presentada me libró de algunas actividades y preocupaciones, pero no quede desconectado completamente del movimiento general. A más de lo de la CNT, quedaba lo de la específica. En abril del 37 murió mi madre, fue un golpe duro, porque si en mi infancia fue un monumento de ternura, también en los trastornos orgánicos estimulo mis penas, pero ese percance ya estaba previsto, y era irremediable; otro caso penoso se daría igual en el curso del año, el fallecimiento del padre de Igualdad, que deja interesantes recuerdos tanto en lo que se refiere a la vida familiar, como en lo ideal y cultural. Si pasó 35 años trabajando y luchando como minero, por algo, en Barcelona, se le tuvo en cuenta para deportarlo como militante de la CNT al penal de Menorca, en la deportación que también iba Salvador Seguí, y en cuanto, a la cultura, en ciencias

naturales, tenía una buena preparación. Dolió mucho su fallecimiento, porque era un excelente familiar y compañero.

Pero no todo son tristezas; el 20 de mayo del 37 nace mi hijo Helenio, acontecimiento de alegría que hizo su impacto estimulante en toda la familia; en el ámbito de nuestra comunidad hogareña era el ángel de nuestra admiración, que suscitaba alegrías, en todos los momentos; especialmente en las conversaciones con Igualdad, cifrábamos esperanzas en hacer de la criatura un baluarte de sentimientos y pensamiento, continuadores de las inquietudes humanistas que siempre nosotros sentimos y defendimos. Sin pensar en las dificultades que íbamos a tropezar en los momentos que estábamos viviendo, nos acompañaba la convicción de que éramos forjadores de algo continuador, moral e ideológico, de nosotros mismos. La complejidad de los sistemas sociales que hemos tenido que afrontar han antepuesto muchos inconvenientes a nuestros anhelos, y si no todo, hemos podido lograr mucho de lo propuesto y deseado.

Continuo en el cargo de la específica, del periódico *Tierra y Libertad* y algunas otras publicaciones libertarias y con mi trabajo. Ya se está terminando 1937; el movimiento confederal ha recibido varios y duros reveses. Nada hay estabilizado de lo que se pudo lograr con grandes sacrificios y derramamientos de sangre, y lo poco que se sostiene, tambalea. La gesta del anarcosindicalismo ha sido magnífica en aras a lo justiciero, pero ya tiene frente a sí a todas las vertientes autoritarias del mundo, a todas las creencias teocráticas, que están propiciando nuestro final.

Ya estamos en febrero del 38; el gobierno Negrín ha promulgado una movilización en la que quedamos comprendidos; en Barcelona, donde estamos, el gobierno ha abierto una Secretaría para inscribir a milicianos de la cultura y comisarios; allí nos presentamos Vicente Marcet y yo, indicando que deseamos ir al 10º Cuerpo del Ejército, porque allí tenemos compañeros y obtengo el nombramiento de Inspector de Milicias de la Cultura. El jefe de ese cuerpo del Ejército era Gregorio Jover; viejo militante de la CNT, amigo y compañero de actuación; al encontrarnos, me dijo que no me fuera, que quería hablar conmigo, después de una reunión que iba a tener el Estado Mayor del 10º Cuerpo. Nos vimos después de esa reunión y nos invitaron a cenar, y cuando íbamos a empezar la cena, ya sentados me pregunta: “Y tú, ¿Qué vienes hacer por aquí?. Saqué el nombramiento y se lo di para que lo viera; lo mira y lo destroza; y ante ello le pregunto, y ¿ahora qué?, y me responde, “ese documento no sirve para nada; de más validez, si quieres yo puedo hacerte 50”. Pero ahora ¿qué hago yo?, le pregunto, y me responde, “tú te vas a quedar conmigo aquí, que no te faltará trabajo”. Y al día siguiente cuando hablamos me dijo: “Mira, los frentes de aquí se encuentran un poco distantes, y para recoger algún enfermo o herido y llevarlo al hospital hay mucha distancia, y por esa situación los camilleros, que han de atravesar todos esos bosques hasta llegar a la ambulancia, han de hacer algunos descansos que a veces se exceden, y lo que conviene es que esos servicios se agilicen, para que el enfermo o el herido llegue pronto a la ambulancia y lo lleven al hospital, y lo atiendan en lo que sea”, de manera que tú vas a encargarte de esa vigilancia.

Confieso que no me era desagradable la misión que se me

confiaba, pero me tenía intranquilo, porque ello no respondía al nombramiento que me habían hecho; allí estaba Juanel como Comisario del Cuerpo, y cuando hablamos de esa alteración me dijo: “No te apures que no te pasara nada”. La verdad es que me acomodé a esa función y si en alguna ocasión tuve que llamar la atención, no fue problemático. Pero sí que me llamó la atención ese destino, porque el médico y conductor de la ambulancia Miguel Anacitarte, vasco, llevaba un ayudante, que lo que yo hacía, también lo hubiera podido hacer él.

Lo esencial era que yo me encontraba bien, favoreciendo en lo que podía a enfermos y heridos, y ya olvidé también la responsabilidad que hubieran podido pedirme de estar en el destino que en principio me dieron. Pero se presentó una situación que para mí fue delicada y arriesgada; y fue el mismo quien un día me habla y me dice “vamos a trasladarte, acabamos de tener una reunión el Estado Mayor para tratar un problema muy delicado que ha surgido en el hospital del 10º Cuerpo de Ejército, y me he encargado de buscar a una persona que, con el doctor Alonso, director del Hospital, traten de subsanar la anomalía que existe”.

El caso era que, entre las enfermeras, se había producido un contagio venéreo, que amenazaba extenderse; y me indica que, como Comisario, tenía que ir yo a ayudar al director, para ir descubriendo como se ha dado ese fenómeno, y como se podía corregir; y al hospital que me mandan como Comisario para ayudar en lo que pudiera; y resulta, que, de lo ya identificado, y lo que se descubre a continuación, del servicio que había, se dio de baja a siete enfermeras. Mi papel en esas circunstancias sólo era un complemento muy secundario a lo que era competencia

médica. De todas maneras no me pesó haber aceptado el destino que me dieron, y lo desempeñé tan bien como pude; para los menesteres del hospital me tracé actividades, consistentes en que por la mañana iniciaba, sala por sala, visitas a los enfermos, preguntándoles cómo habían pasado la noche, si habían estado bien atendidos, y si tenían alguna necesidad de carácter familiar a resolver, pues siempre de estas cositas había algo a resolver. Otras veces, dándose algunos casos de fallecimiento, tuve que recoger la documentación y organizar el entierro, avisar a los familiares, o comunicar al municipio de donde procedía la víctima.

La ambulancia era manejada por un médico vasco, llamado Miguel Anaitarte, que llevaba a un ayudante, llamado Alonso; algunas veces, pocas por cierto, me permitía salir con ellos, cuando hacia el frente iban para algo concreto. Por la tarde, con la misión ya indicada, daba otra vuelta por las salas, y casi siempre entre las 10 y las 10 y media me retiraba al descanso. Ya en el lugar de reposo, dedicaba algo de tiempo a la costumbre de leer, hasta que el sueño me indicaba que a dormir. En esos trances, una noche, cuando ya me iba a acostar, el Comisario auxiliar que como vigilante quedaba por la noche, algo nervioso vino a verme y me dijo: Comisario Campos, hay escándalo en el Hospital; se está dando en la Cocina, que tiene frente a su entrada la Sala de tifoideos; no me dio más explicaciones, y como no sabía de qué se trataba, cogí mi pistola y me fui a ver qué pasaba. El hospital había sido un balneario, cuya construcción arrancaba de su borde hacia arriba, hasta llegar dos pisos más alto, de donde pasaba la carretera que va de Seu de Urgel a Puigcerdá; en el piso de abajo es donde estaba la cocina, frente a la cual estaba la Sala de los tifoideos. Al llegar

allí veo que la puerta está cerrada, pero no toco; junto a ella me pongo a escuchar; hay gritos en el interior, ruidos de vasos y botellas; estoy un momento pensando; noto que se agitan las voces estridentes; pistola en mano doy una patada en la puerta, y las dos hojas se abren de par en par, y me encuentro con una mesa larga cargada de botellas y vasos, en torno a lo cual había once personas; dirigiéndome a ellos les digo: “Qué bonito espectáculo”, y aquí delante los milicianos, heridos y enfermos; les doy dos minutos para que salgan de aquí, y empiezan a subir la escalera. Detrás del último iba yo pistola en mano.

Llegamos a la parte de arriba, ante la puerta principal, por donde pasaba la carretera y había un amplio espacio ocupado por los coches de esas gentes; al llegar ahí, entre ellos empezaron a hablar, me di cuenta que eran vascos, por lo que yo no entendía nada; desde una ventana, en el primer piso de arriba, alguien de los enfermos les increpo, pero no le respondieron; al día siguiente llegó el que teníamos como farmacéutico y me preguntó qué había pasado el día anterior, y le dije que un trastorno. Al cuestionarme sobre si yo sabía con quién me había enfrentado, le dije que no, y riéndome aclaró: “pues prepárate por que te van a fusilar” y también en tono de broma le conteste que no sabía por qué, y es él quien me dijo, que a quienes yo había echado de la manera expuesta, eran nada menos que el Tribunal Militar de Seu de Urgel.

Como a la una de la tarde se me presento Gregorio Jover, Jefe del 10º Cuerpo del Ejército, acompañado de dos capitanes y un coronel; al encontrarnos nos reímos los dos. Ni conversación hubo sobre lo que había pasado.

Supe después que Jover llamó la atención al cocinero diciéndole que esperaba no pasarse nada más como lo que había pasado.

Pocas semanas después nos trasladaron a Solsona, y quedé desconectado del hospital. Por órdenes gubernamentales todo había tenido una modificación; el Comisario general de Transporte patrocinado por la CNT, y ostentado por Jaime Rosquillas Magriñá, pasó a Miguel París, con quien había un comportamiento más íntimo, más sencillo, por quien pude conseguir un permiso de ocho días, para pasarlos entre la familia. En uno de los bombardeos de Barcelona también murió la madre de Igualdad. Cuando salí, me di cuenta de que alguno de la tribuna se levantó, salió y ya no volvió; también salieron otros y no volvieron, y yo continuaba, y al momento con cierta parsimonia pedí permiso, Miguel se las arregló para que yo me llevara cuatro raciones de lentejas, porque supuse que en casa estaban pasándolas negras, porque el chiquitín Helenio se había acomodado a la madre, y aunque algo se conseguía de la leche de los cuáqueros, no abastecía las necesidades de la criatura. Y eso motivó que, cuando llegue a casa con el permiso aludido, el chavalín estaba hecho una preciosidad, pero a su madre la tenía hecha un esqueleto. Los días que estuve en casa me dediqué a conseguir alimento, y los compañeros de la Colectividad de Gavá, en situación de verduras me favorecieron mucho. Hice un viaje a Monserrat, y allí la cosa ya cambió un poco, pues los compañeros hasta me dieron habichuelas, que hacía mucho tiempo no las había comido.

Ya estamos de nuevo en Solsona. A pesar de las indicaciones de Negrín, la situación de la guerra cada día era peor; fácilmente

se comprendía que la hecatombe se aproximaba. En el mismo edificio que estábamos, en un piso más arriba se encontraba la gente del Partido Socialista Unificado. Pocas semanas después, todo bien preparado por parte de los fascistas, con las baterías potentes, de corto y largo alcance, inician la ofensiva por donde estaba la 29ª División. Aquello fue una mortandad catastrófica, eran todos cenetistas, que preferían morir en la trinchera, antes que huir de donde estaban; y no obstante, a un tal Mantecón, estalinista aragonés, se le ocurre difundir, que la gente de la 26, tan pronto como iniciaron el fuego las baterías alemanas salieron huyendo.

Tuve unas palabras con él, y a continuación me fui al Cuartel general de la 26ª División, donde estaba como jefe Ricardo Sanz; hablé con él, le dije lo que estaba pasando. Se enfureció, prometiéndome que el día que lo encontrara le pediría explicaciones. Pasó todo eso, y estando en Solsona llegó una orden, de que todo lo que se refería a oficinas, empezara empacarse para iniciar retirada y estacionarse donde más tarde se indicase. Nos pusimos en movimiento cargando mesas y demás en camiones sin saber dónde nos íbamos a estacionar, siempre en dirección a la frontera. En ese movimiento de orientación siempre en dirección a la frontera, en cada pueblo que tocábamos se consultaba al Estado mayor, si allí nos estacionábamos o seguíamos. Con el compañero París nos habíamos compenetrado bastante bien y yo, por las indicaciones de cómo andaban las cosas sabía algo, que otros no podían saber. Yo ya lo daba todo por perdido, y en esos trances llegamos a Navas. Por las relaciones orgánicas que en toda esa comarca había tenido, había una familia que visité a nuestra llegada, y al regresar donde estaba el conjunto, en un grupo

escolar grande, ya estaban terminando de descargar. Al momento me encuentro con París y me dice: “Campos, prepárate”; acabamos de tener una reunión de comisarios y jefes militares, y hemos acordado celebrar un mitin para alertar a la población. Para participar han sido nombrados los capitanes González, García, y tú que cerrarás el acto. El mitin se anunció enseguida y de manera precipitada.

A la hora indicada se abrió el local del Cine, empezó a concurrir personal, y aquello quedó lleno completamente al poco rato de haberse abierto. Las instrucciones que se nos dieron a los participantes fueron, “que no obstante los reveses que veníamos sufriendo, la guerra la íbamos a ganar”, completamente contrario a lo que yo tenía previsto decir; pero comprendí no se podía ser desconcertante en esa situación, porque nada había a ganar, y mucho a perder. Los que me precedieron en el uso de la palabra, marcaron el paso según instrucciones, y yo no pude hacer otra cosa, porque no debía hacerla.

Cuando llevaba como un cuarto de hora se me acercó el capitán García y me dice: “Campos, termine y salga rápido”, lo repitió dos veces; doy por terminada mi intervención, y cuando me dispongo a salir, veo que el capitán ya iba delante algo precipitado. Cuando salí a la calle veo que el capitán echó la mirada hacia atrás, me hace señas y me dice: “por aquí, por aquí”; y entonces me di cuenta que los camiones ya habían cargado el mueblaje que pudieron y se estaban yendo; y en un coche que había allí, de la mano del capitán García, arranca la caravana en dirección a la frontera.

Pasamos por cerca de Berga, donde ni nos paramos, seguidamente y a continuación por San Agustín de Llusanés, donde hicimos un descanso, de más de una hora, que a mí me fue muy bien. Con un ingeniero de Barcelona, con los dueños de la Posada, Ramon Rodelles, y su esposa Margarita, hubo un comportamiento bonito de atención y respeto, que quedó muy grabado en mi mente; Ramón tenía un hermano cura; allí recibía *La Revista Blanca*, y en una ocasión que recibí un paquete de libros, a la señora Margarita le cayó tan bien, que me dijo no sabía quién era yo con mis libros y preocupaciones. Ello deriva, en que cuando decidimos arrancar, la señora Margarita me dice: “Campos, no se vaya, quédese con nosotros, no le pasará nada”. Y a continuación arrancamos en la misma dirección.

Pasamos por San Quirico de Besora, y seguimos siempre en dirección a la frontera. Cuando llegamos a Ripoll nos informan que, por la mañana, hubo un bombardeo cuando pasaba una caravana de mulos cargados, la cual fue destrozada completamente. Seguimos la carretera, y en el pueblo que sigue a Ripoll, nos estacionamos todos, comimos un poco, abrimos conversación, y cuando hablamos de la entrada en Francia, varios me dijeron que querían entrar conmigo. Al momento, el responsable de la gran caravana que hasta allí habíamos llegado, indica, que acababa de resolver, que cada cual se salvara como pudiera, y nos enteramos que había recibido ese mensaje, de acuerdo con el gobierno. Todavía estábamos en el día 26.

En tales circunstancias que, donde estamos, llega un joven de La Torrasa, compañero y amigo, que me dijo venir de la de Olot, y le pregunto, si vio por casualidad a Igualdad y mi familia, y me dijo que iban con la familia Urales, y que en ese momento,

Igualdad llevaba al nene en brazos, y es cuando dije a mis acompañantes que yo me iba a buscar a mi compañera y al hijo; un compañero de Torello sugiere que nos movilizemos con el coche, que sería más fácil encontrarlos, que de otra manera sería difícil. Entre los que quedamos en entrar juntos, había uno de Castellón llamado Porcar, que nos habíamos compenetrado muy bien y me dijo: “Campos, yo te hago compañía”.

Y arrancamos provistos de dos naranjeros por lo que pudiera pasar y allí quedaron el resto esperándonos. Llegamos a Olot, preguntamos y nos dijeron que por allí habían pasado, que les pareció que se dirigían hacia la Junquera. Nuevamente nos movemos y hasta pasamos por Casa de la Selva, y allí directamente hacia la Junquera. En Figueras volvimos a preguntar, y nos dicen que no los habían visto, porque pasaba mucho personal, y nos informan que la Organización había constituido un Sub-Comité, para arreglar lo que se pudiera a quienes por ahí pasaban. Allí fuimos y me encontré con Esgleas; nos hizo entrar y estar un momento con ellos; nos informan que el paso por vías fáciles y legales, se estaba poniendo imposible, y que la gente ya estaba optando por pasar por la montaña.

No obstante, me arregla un pasaporte de los que ellos estaban haciendo, por si acaso podía servir para algo; nos despedimos enseguida para llegar a la Junquera, y allí llegamos. Aquello era infernal; la gente tratando de acomodarse como podía. Criaturas y mujeres tiritando de frío, algunos menores llorando de frío y hambre, sintetizándose todo ello en un ambiente de tragedia, lo que era de tristeza y amargura, que rompía hasta los corazones más duros que pudiera haber. Miramos, preguntamos, y por allí nadie los había visto; deduje, y luego fue

confirmado, que ante lo que estaba pasando, sin otra perspectiva, optaron por echarse a la montaña y pasar muchas y penosas dificultades.

A retroceder, pues, en busca de los compañeros. Cuando llegamos a Figueras ya de regreso, acabada de darse un bombardeo que dejó demolida la estación del tren; seguimos la carretera para llegar a donde habíamos salido, y ya empezaba, a hacerse de noche, notamos unas luces a larga distancia que venían de cara a nosotros; como en Figueras se nos había advertido que en aquella zona se había infiltrado gente facciosa de la que venía con las fuerzas nacionales, nosotros sospechamos si las luces que vimos ya serían de algún vehículo faccioso; yo por la ventana derecha, y Porcar por la izquierda, nos prevenimos para defendernos si nos atacaban; y resultó que el vehículo que venía de cara a nosotros llegó a corta distancia, les gritamos que salieran manos arriba, y así bajaron hasta el chofer, y cuando nos acercamos nos dimos cuenta que el chofer era un sargento republicano, y otros dos coroneles y un general republicano también.

Ante tal sorpresa empezamos a pedirles perdón por nuestra equivocación, de lo que se encontraron satisfechos, disuadiéndonos de la pena que sentíamos por lo ocurrido. Nos advirtieron que, si íbamos hacia Olot, que fuéramos con cuidado, porque sí era cierto que por aquel rumbo ya andaba gente de los nacionales, abriendo brechas para el grueso de las fuerzas franquistas que se iban aproximando. Se produce una despedida cordial; ellos siguen su camino y nosotros también.

Llegamos donde habíamos dejado a los compañeros, con el

compromiso de volver; me preguntan si de la compañera y el hijo había sabido algo más, les dije que no; y ya de noche, abandonado todo lo que hasta allí habíamos llevado, nos pusimos en marcha hacia las cumbres pirenaicas, ya con pequeñas zonas cubiertas de nieve. Pasamos por Campaevall, última población española. Antes de llegar a la cumbre, encontramos a varios grupos, unos con fuego prendido y calentándose, y otros preparándose ese recurso, para pasar la noche lo mejor que se pudiera; en ese movimiento se hace ver la presencia de algunas criaturas en situación parecida a la que estamos mencionando que nos situamos nosotros. También prendimos fuego; más tarde en la noche, aquel rumbo estaba cubierto de fogatas; al ir despejándose el amanecer la gente empezó a moverse; la salida del sol se saludó como la recepción de un benefactor agente natural: había quien se frotaba las manos, quien se desperezaba o daba pasos por allí para entrar en calor. En ese movimiento, que iba ampliándose, me dio por subir un poco más arriba, y me encuentro con el compañero Roda de Badalona, comisario de Sanidad, nos saludamos como es de suponer y me dice: Campos, del personal que pudo ponerse de pie, y quiso, hemos vaciado el Hospital de Olot, y aquí tengo personal que se encuentra muy mal, ¿no podría ayudarme a pasarlo?, a lo que accedí, como es de comprender. Yo llevaba todavía la pistola, con la que me había movido en mi actuación por el frente, y cuando le dije a Roda que ayudaría, aunque sabía que la pistola terminaría quedándose para los gendarmes, le dijo a Porcar si la quería guardar, hasta que la pidiera de nuevo; accedió y al momento empezamos a pasar enfermos y heridos a territorio francés. Realizada esa gestión, nuevamente nos reunimos el grupo comprometido en entrar juntos.

La entrada, en la condición que acabo de mencionar, se efectuaba por una planicie, donde tendida una estera, en cada una de sus partes de entrada había cuatro gendarmes, a más de otros que paseaban por allí. Yo ya había recabado la pistola y la llevaba visible, sabedor de lo que iba a pasar, y en mi mano una bolsita de plástico, dentro de la cual iba una maquinita de escribir Undervand, que venía utilizando hacía casi cinco años desde que subí al frente, para mis entretenimientos cuando tuviera tiempo y lugar. Al pasar entre los gendarmes me indican que deje la pistola donde había otras, me la saco y allí que la tiro; a continuación me miran la bolsa, ven la maquinita y me dicen que pase y paso.

## VI. EXILIO EN FRANCIA

Ya dentro de Francia, todavía en lo alto de los pirineos nos reunimos el grupo, y bajamos donde ya nos esperaban para meternos en el campo de concentración de Arles sur Tec, estaban acondicionándolo para recluir a la gente que íbamos entrando. Caen una serie de elementos franceses, que se dedican a preguntar a los que entrábamos, si llevamos algo para vender.

Yo no llevaba dinero ninguno, ni mis compañeros tampoco, y se me ocurre ofrecer la maquinita; la miran y preguntan cuanto quería, y les dijo que 125 francos, empiezan a rebajar, y casi se la querían llevar regalada; total que por fin nos arreglamos con 72 francos. Lo inmediato con ese dinero fue que nos hartamos de pan; el compañero de Torello se sentía algo mal, le compramos unas pastillas, y nos quedamos casi sin dinero.

No tardamos en vernos con tres partes del campo cerradas con alambradas, y la otra por donde pasaba el río; poco a poco fue entrando personal en el campo, y no tardamos en ser una buena cantidad de procedencia confederal y específica; ante ello, en reunión con asistencia de varios, nombramos una

comisión de tres, en la que había un compañero de Calella, un joven de Badalona llamado Cayetano y yo. La estancia en el campo cada día era peor.

Estábamos a la intemperie, cada día con mayor espesor de nieve, desnutridos, hambrientos y sin ropa para protegernos; y si por eso no era suficiente, se declara una colitis que empezó a causar bajas.

Un día por el altavoz de la puerta llaman a “personal de la CNT” y de la comisión nos mandan a Cayetano y a mí, y me encuentro con dos conocidos uno de ellos, que finge llamarse Dupont (nombre supuesto), quienes manifiestan ser delegados de la Organización, para saber si hay mucho personal de la CNT, y cómo se encuentran; hicimos una referencia de la situación general remarcando que todo tendía a empeorarse, debido a la colitis que se había declarado, fenómeno que se iba extendiendo con síntomas y realidades de gravedad; aproveché para preguntarle a Dupont, si sabían algo de mi compañera y mi hijo, me responde que no, y añade: hoy mismo, en Perpiñán se habrá abierto una oficina, que dará preferencia y tratará de poner en relación a familiares y demás; de todas maneras, nosotros volveremos la próxima semana, y si hubiera alguna novedad para ti, te la daremos a conocer. Tras esa entrevista, ellos se van, y nosotros volvemos hacia el centro del campo para informar a nuestros compañeros.

Tenemos una reunión, a la que concurren varios, pero faltaron algunos; entre los concurrentes hay un tal Benet, cuñado de García Oliver, que me encarga diga a quienes vengan de nuevo, que hagan saber a García que su hermana estaba en el centro

donde habían recluido a las mujeres. Informamos a todos, y la situación general del campo, de los propios y de los ajenos, cada día era más infernal. El despotismo de los guardianes hería los sentimientos de todos los recluidos, y particularmente por la noche, cuando el frío se hacía más intenso, los que nos sentíamos con más afinidad o confianza, nos uníamos en grupo lo más juntos que podíamos, para damos calor unos a otros.

Transcurren unos días, acaso dos semanas, y nuevamente se presenta la delegación a visitarnos, en el encuentro se me anticipa Dupont y dice: “Toma Campos, casualmente ayer llegó esta carta de tu compañera, en la que indica donde está vuestro hijito”. Simplemente las palabras vertidas me pusieron en movimiento el corazón; abrimos conversación, al tiempo que nos entregaban tres cajitas de galletas, y unos sobrecitos con aspirinas y mejorales<sup>3</sup>. La conversación fue más amplia que la anterior; nos informaron de cómo estaban los otros campos de reclusión, especialmente del de Argelés, donde se habían dado algunas violencias entre los recluidos y los guardianes, con resultados trágicos.

Después de informar a los compañeros, y entregar lo que había llegado, Cayetano y yo dimos una vuelta para ver como andaba el conjunto de los recluidos. Ya había leído el mensaje de Igualdad; mi optimismo había ganado amplitud, potencia y calidad, y le digo a Cayetano: “oye, yo me escapo esta noche del campo, si alguien te pregunta por mí, le dices que no sabes, que ando por ahí”. Conté lo que me quedaba de la venta de la maquinita, y apenas me quedaba para llegar a Perpiñán. Por todo el exterior de la alambrada, andaban los soldados

---

3 El mejoral es un analgésico, antipirético y antiinflamatorio. [N. e. d.]

senegaleses con sus fusiles vigilando; por la parte derecha de lo que era la alambrada, un vigilante caminaba hasta la mitad del trecho, y volvía para regresar hasta el extremo por donde pasaba el río. Trato de estudiar esa situación y llego a la conclusión, de que, cuando oscurezca, y se distancie el vigilante del extremo por donde pasa el río, yo me echo al agua y me escapo, y así lo hice. Pasé a la otra parte del río, no sonó ningún tiro y me dije “ya diste el primer paso de tu odisea”.

Directamente a la estación, y cuando allí llegué, el último tren acababa de irse. En la estación no podía quedarme, iba mojado como una sopa, titiritando de frío, ¿qué hacer? Sugiero salir fuera de la población, y en el dintel de una puerta me sitúo hasta el día siguiente, a las seis, que salía el primer tren, saco el billete, subo y me coloco en el asiento de la derecha junto al pasillo, y ya estamos de cara a Perpiñán. No me quedan recursos para comprar algo que comer. Un buen rato andando el tren, me di cuenta que, por la puerta de delante, entra la policía, me giro hacia atrás para ver si por allí podía eludir el encuentro y vi que por allí también había entrado otro que iba pidiendo documentación. Opté por hacerme el dormido, y cuando el que venía por detrás llego a donde yo estaba, me dice: “Dodon, tou dors”. Le respondí en francés; “let moi dormir”, y me dice “sa ba, sa ba”, y se fue.

Llegando a la estación de Perpiñán, en el andén, había mucho personal; supuse que había policía, pero nada me dijeron. Salí a la calle y me dirigí a la dirección que me dieron de donde se había abierto la oficina, entre y me encontré allí a Paulino Díaz, a quien conocía desde hacía bastantes años; nos saludamos, abrimos conversación y le dije que me dirigía a Toulouse, donde

tenía la compañera y al hijo, y que no tenía recursos para llegar hasta allí. Me dijo que estaban esperando a Germinal que venía de París con dinero, y cuando llegara me darían para que yo llegase a donde iba. Me dio una tarjeta para que fuera a comer al restaurante Valencia; fui allí, comí; y al ver a gente de la nuestra, no para mi recomendables, me volví a donde encontré a Paulino, quedándome en la entrada por si acaso venia la policía, para escapar si podía. Al poco rato de estar allí vi que venía Federica algo acelerada, me pasa por delante sin saludar, al tiempo que en broma le dije; “que poca consideración tienen los que llegaron a ser ministros con los humildes”; me ve y me responde, “Severino, que bien te ves. Vente conmigo”, y pasamos hacia dentro.

Nos sentamos y me dice, al tiempo que de su bolsa sacaba un sobre: “cuando los compañeros franceses de Toulouse se enteraron que estabas en el campo de concentración, se preocuparon de ti, y te arreglaron este documento para que lo uses, léelo y sabrás a qué atenerte; comprendí que no debía usarlo, porque ya llevaba documentación española, y usando la otra podía complicarme la vida, le devolví la que me daba, me dio para el pasaje hasta Toulouse y nos despedimos.

Al llegar a la estación me pareció que allí sí que había policía por el pasillo y cerca de la puerta de salida, y cuando me dispuse a salir se me acerca un individuo con gabardina y me pregunta si era español, y le respondo que sí; me pregunta qué hacía allí, y le respondo que esperando en tren para llegar hasta Tarbes que era donde estaba destinado, y nuevamente me pregunta por qué iba a salir de la estación, a lo cual respondo que para comprar algo para comer y volver. Me deja salir y cuando me vi

en la calle, apresurado me dirigí a donde tenía la compañera y al hijo.

Los encontré, y es de imaginar la escena que se produjo. Ya estamos juntos otra vez; alegría inmensa, a la que concurren lágrimas abundantes; veo a mi chiquitín medio dormido, que sin haber cumplido sus tres añitos, ya lo hemos metido en peripecias trágicas. Abro conversación con Igualdad, y al momento nos damos cuenta de que el nene se había dormido; se lo lleva su madre, y lo pone en la camita que para él tenía; continuamos conversación, recordando en parte lo que en Barcelona habíamos abandonado, “pero nos hemos salvado nosotros”. A Igualdad la noto pletórica de satisfacción por nuestro hijo; “una preciosidad, Severino, todos los que lo ven y lo tratan quedan encantados”, y entramos en conversación, en lo que podría ser nuestro porvenir, con esa criatura, que a temprana edad ya afronta sufrimientos.

Coincidimos en que sería alentador hallar oportunidad donde situarnos, trabajar y restablecer nuestra vida, considerando que era bastante difícil, aunque nos adaptaríamos a cualquier actividad que nos permitiera tranquilidad y contacto con nuestro hijo. Nos fuimos a descansar.

El día siguiente ya nos vimos con el resto de la familia; con Floreal comentamos la situación general, coincidiendo en que la tempestad general que se cernía, sería catastrófica como nunca la hubo; aludimos la conveniencia de investigar, y ver de encontrar donde normalizar nuestra vida. Entramos en contacto con algún núcleo de nuestras organizaciones, siempre con la finalidad de reajustar nuestro movimiento ideológico. Comienzo

a recordar, que la primera vez que entré a Francia, y ya estando en París, recibíamos de Estados Unidos dos publicaciones, *Cultura Obrera* y *Cultura Proletaria*; la primera desapareció, y sobre la segunda, ya en nuestro movimiento del 36, un día se me presentó en Barcelona Marcelino, director de *Cultura proletaria* y delegado de los grupos anarquistas españoles que entonces había en el país del dólar. Con Marcelino contrajimos muy buena relación, y con la publicación que él dirigía empecé a colaborar; y ello motivó que después de nuestra hecatombe, con los compañeros de allí sostuve algunas relaciones; con Julián Fernández la más asidua. *Cultura Proletaria* continuó saliendo, y yo colaborando en esa publicación.

El presentido conflicto internacional, nos indujo a Floreal y a mí a ir a París, para ver si podíamos conseguir salir del país hacia alguna parte de América, antes de que estallara la guerra, y a París que fuimos. Nos pusimos en relación con la comisión nombrada para los efectos de embarques. Para ese menester, México mandó a un elemento comunista que, en Burdeos, con asesoramiento y determinación de estalinistas nombrados por españoles de la misma condición, seleccionaba quienes podrían embarcar, y quienes no. De mi familia Federica se ocupó mucho, pero por los estalinianos españoles fuimos rechazados cuatro veces. En esas circunstancias estalla la guerra, se cierran las embajadas y optamos por regresar a Toulouse donde teníamos el resto de la familia; al encontrarme con Igualdad me dice que estaban organizando brigadas para ir a la vendimia, y sugiere si nos convendría ir a nosotros, donde podríamos ganar algo, al tiempo que tendríamos al nene entre nosotros, gozando del sol y del aire sano. Y nos inscribimos en una Brigada.

Nos llevan a una casa de campo, como a cincuenta kilómetros de Beziers; dos días después de llegar empezamos a cortar uva, y al día siguiente, en la misma viña, se presentan cuatro gendarmes y me llevan. Desde donde me sacaron a Beziers había cuatro pueblos, y cuando llegamos al primero me entregaron a los gendarmes de aquella población, me hicieron pasar la noche en un calabozo del ayuntamiento que a la mañana siguiente salí cargado de piojos. Me coge otra pareja de gendarmes, y así me llevan de pueblo en pueblo hasta llegar a la cárcel de Beziers; cuando llegué a la puerta de entrada me vinieron ganas de dar un salto y echar a correr; pero pensé que tenía las de perder.

Ya estamos en la cárcel, y a continuación al Gabinete Antropométrico; aquello fue horrible; a más de varias fotografías, cuatro medidas de la cabeza, huellas digitales de las manos y de los pies, medidas de los brazos y antebrazos, y a continuación a la celda, donde ya había seis, y yo que acababa de entrar, acostándonos poco menos que amontonados. Al anochecer te dejaban desnudo como la madre te trajo al mundo; la ropa que te sacabas, te la recogían y te la sacaban fuera de la celda, para al día siguiente entregartela, pero nunca te la entregaban como la diste porque donde la dejaron los piojos ya la habían meado.

¿La comida? Una gamilita con agua caliente, que era extraordinaria cuando en ella encontrabas un trocito de acelgas. Si alguien tenía dinero, en el Economato podía gastar hasta cuatro francos; correspondencia no te dejaban entrar más que de familiares de primer grado; Germinal Esgleas empezó a escribir como hermano, y un día me mando 50 francos que

fueron lo que gasté en los seis meses que pasé allí dentro. Transcurridas unas semanas, en una carta de Igualdad puso una fotografía del nene, abrieron la carta, y vieron lo que había, y a la puerta de la celda que se presentan el agente que había de servicio y el director señor Batall; abrieron la puertecilla de arriba, y dice el director a los que habíamos dentro: ¿Qui s'apelle Campos Severino?, y yo que le respondo, “se moi”; agarra la carta con la fotografía, la destroza y me tira la carta, y se fueron; como los destrozos cayeron dentro de la celda, los recogí y vi la fotografía de mi nene destrozada, no pude resistir y me puse a llorar; cuando regresó el agente y se puso frente a la puerta, me disparé y le dije lo peor que se les puede decir a gente de tal calaña. El agente no me replicó nada.

Transcurrieron unas semanas, y tuve la visita de un abogado de Beziers (Luis Lajou), mandado por los compañeros franceses de Toulouse; cambiamos impresiones y me dice, que por estar expulsado y haberme escapado del campo, me pedían tres años de encarcelamiento, pero que había esperanza de un arreglarlo mucho mejor.

Llegó el día del juicio; el tribunal estaba hecho una calamidad, algo caótico, todos gritaban y nosotros también, y queda la sentencia para seis meses. ¿Qué haré, qué podré hacer a continuación? Y pensaba, si no me llevan a la frontera, y me dan 8 días para irme, ya veré como me las arreglo para no distanciarme de Igualdad y del nene; y llegó el día de la liberación.

Me sacan de la celda, y nuevamente me llevan al Gabinete de Antropometría, otro retoque, y a continuación de cara a la calle;

en esa dirección pasamos por frente de un cuartucho a donde vi a tres guardias móviles y veo que se levantan y nos siguen; al llegar a la puerta de salida, dos se ponen delante de mí y uno detrás; se abre la puerta y al salir oigo: ¡Severino!, me giro, eran Igualdad y el nene que lo llevaba en brazos; nos abrazamos, el nene entre los dos cuerpos; abrimos conversación, los tres guardias nos contemplan, sin decir ni media palabra; me di cuenta que uno de los guardias se ve que se emocionó y estaba secándose las lágrimas.

Creendo que con ello estábamos pasando mucho tiempo les digo ya que cuando quieran, y me dice uno de ellos, que de allí nos íbamos a la estación, y que si la señora quería nos acompañaría; accedemos a ello, yo le cojo el nene a Igualdad, lo llevo en mis brazos, y así llegamos andando hasta la estación; el tren no había llegado, el pitar de uno de los guardias dice: Ahora sí. De la manera que es de suponer me despido de Igualdad y momentos después llegamos a Argeles sur Mer; me destinan a un barracón donde había varios españoles procedentes de la cárcel de París. Dos días después llega Alfonso Nieves Núñez, con dos compañeros más que los traían del mismo lugar. Pocos días después organizan una brigada, para arreglar caminos en la que me destinan como intérprete. El primer día, cuando llegamos al lugar de trabajo, al igual que los demás cojo un pico, y el guardia móvil que nos custodiaba me dijo que yo no cogiera herramienta, que solamente tenía que intervenir cuando ellos necesitaran algo.

Así va transcurriendo el tiempo en mejores condiciones que en la cárcel, lo que no quiere decir que fuera satisfactorio. Un día salimos al trabajo y nos retiramos un poco más temprano

que de costumbre, y cuando llegamos cerca de la entrada del campo veo a uno que estaba frente a la puerta que me dice, “Severino, te están esperando”, y veo que había un taxi estacionado, y el chofer que se dirige hacia mí y yo hacía él y me dice: Mire esto me han dado para que se lo entregue y venga conmigo a la oficina, pero vayamos un poco rápido, porque si no llegaremos tarde; yo que entro en el campo a recoger lo que allí tenía, me atiende el ayudante del Coronel, salgo, subo al taxi y arrancamos a toda velocidad.

Llegamos a Perpiñán frente al edificio donde me tenían que firmar para mi salida de Francia. Cuando subíamos la escalera ya se iba el señor que tenía que firmar; era un capitán del ejército, y cuando le hablamos nos hizo subir para arreglar la documentación. Con amabilidad extraordinaria nos atendió, ayudado por un soldado que al parecer trabajaba en el mismo despacho, lo que le permitió darse cuenta de qué se trataba, y me dijo en francés: “Qué suerte tiene usted de irse de Europa”, nosotros aquí nos quedamos con la maldita guerra.

Arreglado todo eso, me traslado a Toulouse, donde estaban Igualdad y el nene; arreglamos los poquitos bártulos que teníamos, y nos pusimos en camino hacia el puerto de El Havre, donde teníamos, que embarcar en dirección a Santo Domingo, y cuando llegamos al puerto de embarque ya iban a levantar la pasarela que había para entrar en el buque; entramos, y al momento ya se movió el barco en dirección a Inglaterra, donde llegamos al primer puerto sin que nos dejaran bajar para nada.

Ya en alta mar se nos avisa de que nos seguía un submarino alemán; la gente se asusta y empieza a pedir salvavidas, y al rato

se indica que el submarino había desaparecido. En esa embarcación estábamos mucho personal de la CNT, entre los que había estaba la madre y la hermana de Francisco Ascaso. Por la gente que íbamos en la embarcación, no obstante, el susto del submarino, el viaje resulto bastante distraído; salimos de Francia el día 30 de abril, y llegamos a Puerto Plata el 16 de mayo; ya llegados a Puerto Plata, con un vehículo especial nos trasladaron a la Colonia Agrícola Pedro Sánchez, lugar a donde se nos había destinado para residir. En esos momentos actuaba como dictador el General Trujillo.

## VII. EXILIO EN SUDAMÉRICA

Se habían construido unas barraquitas de madera, chiquitas, pero bien arregladas, que para un matrimonio no eran muy holgadas, pero allí nos tuvimos que acomodar; a ese lugar, antes que nosotros, ya habían llegado las expediciones, y para trabajar en el campo se habían constituido en colectividad, y habían hecho alguna siembra de patatas que no fue afortunada. Se habló de hacer otra con el personal que con nosotros había llegado. Yo me puse a observar el personal con el que teníamos que trabajar en el campo: médicos, farmacéuticos, abogados y burócratas, y no me quise comprometer.

Empecé a dar algunas vueltecitas, hasta que vi una parcela grande que creí tenía condiciones, y decidí ir a ver al administrador para ver si la tenía comprometida; al entrevistarme con él me dijo que no tenía compromiso y que si yo la quería, era mía.

La parcela estaba llena de matorrales en situación infernal, con varios troncos gruesos, algunos pudriéndose, por el tiempo que llevaban caídos. Así las cosas, me presenté en la administración, les pedí un machete que nunca había tenido en

mis manos, y empecé a cortar maleza; había unos hormigueros de hormigas grandotas, que cuando te mordían te hacían saltar del daño que te hacían, y si con ellas no tenía bastante, había las arañas llamadas Cacatas, casi tan grandes como gallinas, las cuales si no las provocabas nada te hacían, pero si las molestabas y podían te mordían, y eran pocos los que se salvaban cuando eran agredidos. En esa situación optamos por hacer una choza en la parcela, y allí nos fuimos a vivir, y de correos llega un aviso diciéndonos que allí tenemos un giro, que no sabemos de quien es, pero como sorpresa agradable nos interesa saber de qué se trata.

Se confirma la sospecha; viene de Estados Unidos; es de Julián Fernández, y nos manda cinco libras esterlinas, que nos vienen de primera; hacía ya muchos días que le estábamos dando al bollo de harina de maíz, que a Helenio no le gustaba mucho, pero no había más remedio que comerlo; los plátanos, los mangos y los plátanos machos, fritos, muy sabrosos, era lo más abundante, pero escaseaban las verduras y otros alimentos; un día veo que de la choza sale Igualdad y se dirige hacia donde estaba dándole con el machete; al llegar me pregunta un tanto en broma si necesitaba peones, y después de un momentito de conversación, yo reanudo de nuevo, y de los montones que iba dejando cortado veo que trata de coger un montoncito para sacarlos, por lo que voy a su encuentro y le indico que eche eso en el suelo. Me pregunta, ¿qué no quieres que te ayude? Y le dije que no, que se fuera a la Choza, y allí que fue.

Un día se presenta una pareja por allí, uno de ellos negrito y el otro blanco y me preguntan si quería que me ayudaran. Les digo que yo no podía pagar nada; me respondieron que no tenía que

pagar nada, que si les podía dar algo que comer que todo quedaba bien pagado, y sin mediar ni media palabra más, empezaron a sacar la maleza que yo había cortado y tenía a montones por allí. Cuando Igualdad vio esa situación vino donde yo estaba y me pregunto: Severino, ¿Qué vamos hacer? Le indique que de lo que estaba preparando para nosotros, que añadiera algo más y ya nos arreglaríamos. Así lo hizo, y cuando se presentó el momento de comer el bollo de harina de maíz que para nosotros era algo insípido, para los dos nativos era como manjar; a ello añadimos cacahuates y fruta abundante, y según los mismos invitados quedaron muy satisfechos. Por allí los tuvimos con el mismo plan algunas veces; y esa situación que ofrecían los del país, se daba con los haitianos que de su país pasaban a Santo Domingo, para ver si ahí podían aplacar un poco el hambre que soportaban.

Todo va quedando en marcha en la parcela, y algo preparado para nuevas tareas; la maleza cortada ya casi toda esta fuera del lugar; hay que preparar la tierra para la siembra del cacahuate; y nuevamente tuve que ir a la administración, y pedirle a Anguito la yunta de bueyes para empezar a arar el terreno. En seguida nos los dio, pero van a presentarse nuevas y grandes dificultades. Uncidos los bueyes empezamos a arar, sin haberlo hecho nunca. De la pareja de animales, el de la izquierda se llamaba Matuey, y el pobrecito estaba flaco, porque lo habían hecho trabajar mucho, dándole de comer poco; no tenía fuerza, por lo que flaqueaba y se desviaba el surco; yo me ponía frenético los maldecía a la vez que también maldecía a todo el firmamento celestial, unas veces en español, otras en Catalán, pero desahogaba mi amargura y así los pobres animales y yo continuábamos la tarea.

Se me presentan Bolo y el negrito y me ayudan a sembrar el cacahuete (que allí llaman maní). La parcela se hallaba cerca de donde empezaba la selva, rumbo de cabañas y chozas de la gente nativa que de por allí vivían; junto a la parcela pasaba el personal nativo que por allí vivía, cuando tenían que trasladarse a otras partes, una de los que pasaba con más frecuencia saludaba, y le notaba deseos de conversación, y un día me dice: “ Señor, ¿por qué trabaja tanto?; si usted no me descubre le diré algo que le conviene saber, y le conteste, que de lo que me dijera a mí, no tenía por qué decir nada a nadie, y me respondió: “ Vaya con cuidado; usted ha trabajado aquí como nadie de nosotros trabajamos; ya usted ha sembrado, pero ¿quién va a cosechar? Cuando usted tenga la siembra el general Trujillo le mandara un emisario para avisarle y decirle que la mitad de la cosecha es suya”. Y luego me entere que el procedimiento del dictador era ése.

Floreciente el sembrado un día se nos presentan en la choza tres señores con cámara fotográfica; nos dijeron que eran periodistas; junto a la puerta de nuestra vivienda, a Igualdad, al nene y a mi nos sacaron una foto, y la semana siguiente en el periódico de mayor tiraje que entonces tenía Ciudad Trujillo, con el título de *La Obra Agrícola de un Español* se publicó el reportaje que se nos hizo. Pero las cosas se nos presentan mal desde varios puntos de vista; y lo del trabajo, todo y siendo penoso por no entender hábitos y costumbres, es lo que menos atormenta.

Las cinco libras ya aludidas se utilizaron para comprar unos cuantos pollitos que Igualdad utilizó como distracción, con el propósito de contribuir al plan de vida tranquila que con nuestro

esfuerzo habíamos proyectado. Un día nos enteramos de que en una casa de campo bastante lejos de donde estamos les había parido una cerda, y que los cerditos los tenían en venta a buen precio; en la parcela teníamos un burro que nos prestaban cuando lo necesitábamos; nos pusimos de acuerdo el trío de casa, aparejamos el jumento con su cerón, y nos fuimos a ver los cerditos, llevándonos una parejita; pusimos uno en cada parte del burro, Helenio montado en el jumento y nosotros detrás hablando, con la ilusión de que ya teníamos un principio de granja, pero cuando llegamos a nuestra choza nos damos cuenta de que uno de los cerditos se había ahogado, sin embargo algo de él comimos.

Entre unas y otras cosas, eran aquellos momentos de preocupación penosa, de esfuerzos que rebasaban nuestras disposiciones físicas, inferidas por ilusiones de que íbamos a lograr tranquilidad después del tormento de nuestra guerra civil, y de la que en aquellos momentos se estaba librando en Europa. Era estimulante, en aquellas circunstancias, oírle a Igualdad: “Severino, pronto vamos a tener huevos de nuestras gallinitas”, y no tardó el día en que me llamara para decirme se había clavado en la pierna una púa de la alambrada que había en la parcela; me fui a buscar el alcohol a casa de Angito para curar la herida pero no pudimos evitar la infección.

Mal que mal, cada día peor; pasan los días sin perspectiva inmediata de mejoramiento, y cuando ya hay síntomas de lo deseado se presenta otra situación peor. En la administración, Angito es el que entiende algo de medicamentos, para lo que en la colonia se pudiera presentar, y lo que Igualdad acaba de contraer son Fiebres Palúdicas y eso con la salvedad de que ya

estaba en estado bastante avanzado. Nos proporcionan medicamento apropiado; ninguna eficacia, cada día peor aconsejan baños calientes, sin el resultado esperado y deseado; Igualdad cada día peor. ¿Qué hacer? Vivo medio desesperado.

Entre los afines que llegaron esa colonia estaban Prat, de Tarrasa y Miguel Campuzano; eran los dos militantes de mayor prestigio de la Organización confederal que allí habían llegado en aquel trance muy penoso para mí. Una tarde se me presenta en la choza Campuzano, vio el espectáculo que afrontaba, y me pregunta qué voy hacer, y yo le respondo ¿Qué puedo hacer? y el buen Campuzano dice hasta luego y se va. Transcurren casi dos horas, se presenta de nuevo y me dice: Severino, he podido recoger 21 dólares, me he comunicado con El Seibo (Capital del departamento donde estábamos), y un taxista me ha pedido 28 dólares para llevar a Igualdad al Hospital Internacional de la capital; le dije que no tenemos más que 21, y accedió a hacer el servicio por lo que disponíamos, así que al rato se presentó para llevarnos.

Con la ropita mejor que tenía arreglo a Igualdad, y al rato se presenta el taxi. Para llegar al Hospital había 116 kilómetros, y ya en la carretera el chofer aumenta la velocidad, al llegar a la capital, antes de ir al hospital paso por casa de los familiares, les digo lo que estaba pasando, y en seguida nos fuimos a donde íbamos; al llegar nos recibieron en seguida, nos meten en el departamento de emergencia donde el equipo de médicos esperaba, y ya dentro me dicen que como iban a revisar a la señora, que yo no podía estar presente. Con buenos modales me acompañaron a la sala de espera y allí estuve esperando noticias cerca de tres horas, y llega el momento que sale uno de

los médicos que nos recibieron, le preguntó, y me dice que ya la había tratado, que ya estaba fuera de peligro, que si se hubiera tardado media hora más en llegar, en el hospital no hubiera entrado viva.

Ya tarde por la noche; llevé al nene a casa de los familiares y volví al hospital con deseo de noticias; allí estuve esperando hasta el día siguiente a las ocho y media de la mañana en que veo salir a un médico de los que nos recibieron y al preguntarle que podía decirme de la señora, me respondió que “algo muy bueno, que todo va bien, y que ya soy padre de una niña guapísima”. Le preguntó por qué no me las dejan ver y me dicen que al momento vendrán por mí. Al rato se presenta un señor que me lleva, y al abrir la puerta de la sala veo una cama cerca en la que estaba Igualdad con los ojos fijos hacia donde yo entraba. Nadie es capaz de suponer el cambio que se operó en mi persona. Pregunto por la nena, viene una enfermera y me lleva a la cunita donde estaba; su aspecto era bonito, pero había quedado con la piel y los huesecitos.

Todo empieza a mejorar; en una salida que hice de casa me encuentro a dos compañeros. Miguel Monleón y Diego Barrancos, de Barcelona; entablamos conversación, y me dicen que estaban trabajando en la construcción del Hotel Jarana; les pregunto si habrá trabajo para mí y me dijeron que sí; pues Igualdad y yo ya habíamos hablado de que a la parcela no debíamos volver, abandonando lo que allí teníamos por lo que fuera. La cosa se presentaba bastante bien, por lo hablado con Barrancos y Monleón, y con ellos quedábamos que yo me iba a subir a la choza, para deshacerme de ello, volver a la capital y empezar a trabajar en el hotel como peón de albañil. Yo regreso

a la parcela, cerca de dos hectáreas sembradas de cacahuete, la choza levantada para vivir, un cerdito, un burro, 14 gallinas a punto de poner, hago saber por allí que vendo baratísimo; hay un señor portorriqueño que me pide precio, le pido 35 dólares, me discute, me ofrece 17, se los acepto, le firmo un papel de lo convenido, y abandonamos la colonia Pedro Sánchez.

Regreso a la capital, voy a ver a Igualdad y a la nena; le hablo a ella de cómo estuvo la venta de nuestra propiedad, y me responde: “Que bien has hecho, Severino; allí nos hubiéramos dejado la piel los cuatro; ya verás como por aquí también encontramos trabajo y lo pasaremos mucho mejor; nuevamente me entrevisto con Barrancos y Monleón: “¿Qué ya por aquí, y dispuesto a trabajar?”, y el día siguiente a hacerlo como peón en Monleón. El trabajo me resultaba bastante satisfactorio, porque si había empezado a ganar algo, me estimulaba estar entre compañeros; a Barrancos lo conocí en el Café Tupinet de Sans, que también frecuentaban Peirats, Conejero Alba y Montede. En el Hotel Jaragua, los dos albañiles compañeros ganaban un dólar 25 centavos diarios, nueve horas de trabajo, y luego yo, como peón ganaba 45 centavos a la jornada por ser español y los negritos ganaban 22 centavos al día por 9 horas de trabajo.

Tras unos meses de trabajo, Monleón se queda, por contrato para la construcción de 74 cuartos de baño que se tenían que construir, y cuando ya llevábamos unos días trabajando me pregunta como creía yo que podíamos arreglar ese trabajo los dos; le respondí que “él era el maestro, y que él era el que tenía que decidir”, me respondió que era yo, y yo que él, y él que yo, pasamos unos días sin ponernos de acuerdo, y por fin es él quien me hace una proposición consistente en que, de lo que

veníamos ganando, sacáramos el jornal que veníamos ganando, y cuando termináramos lo de la contrata, el excedente que quedara a partir, y nos pusimos de acuerdo. A ello tengo que añadir que con Monleón trabajé muy a gusto; era dinámico y experto en el trabajo de albañilería, hasta el extremo que el señor Espinosa, Ingeniero de la obra, no pocas veces le consultaba sobre algo de lo delicado en el hotel se tenía que construir.

Barrancos nos escribió desde Panamá diciéndonos que allí abundaba el trabajo bien pagado, y que a los españoles los apreciaban mucho, y ello nos induce a proyectar irnos a Panamá cuando termináramos el trabajo de Jaragua. Llegados a esa situación, y teniendo en cuenta que para realizar el viaje sin acompañarme de momento Igualdad y los nenes, me faltaban 28 dólares, empecé a dudar si me iba o me quedaba, me dice Monleón: “nosotros nos vamos los dos, lo que te falte yo lo tengo, y ya nos arreglaremos”; todo convenido teníamos que trasladarnos a Puerto Príncipe (Haití) y allí abordar el hidroavión para llegar a donde íbamos.

Ya en vuelo, en el vehículo aludido, notaron una pequeña avería, y cuando llegamos a Maracaibo (Venezuela), se nos indica que allí nos teníamos que estacionar un par de días para arreglar lo de la avería; nos llevaron a un hotel, todo pagado por la compañía, y precipitadamente llegamos a Panamá el 13 de abril, y el 14, aniversario de la república, empezábamos a trabajar en una obra que Barranco había contratado. En mí había la preocupación de reunir lo indispensable para traer a mi lado a Igualdad y a los nenes. Cinco días después, donde estamos hospedados, se presenta un compañero de las

juventudes que conocí en Barcelona con muy bonita coincidencia (Pichel, gallego). Iniciamos conversación recordando nuestras andanzas por la capital condal, y me pregunta por Igualdad, y le dije lo que había ocurrido; estuvimos en conversación más de tres horas, y cuando ya nos íbamos a despedir me dice: “Severino, en casa tengo 200 dólares ven conmigo, llévatelos, y haz venir a Igualdad y a los nenes en seguida, le dije que no, que cuándo iba a pagar yo esa deuda, el insistió y yo también en mis razones, y por fin me convenció.

Y el día 1 de junio, en Panamá ciudad, nuevamente nos unimos los cuatro.

Nuevamente tengo otro encuentro de otro buen amigo y compañero, Escario; nos conocimos y actuamos juntos en Barcelona; a continuación del encuentro agradable me pregunta que hacía por allí, y le digo que estaba trabajando de peón, él estaba trabajando de encofrador, y me propone que me vaya con él; trabajaba en la carretera transísmica que estaban construyendo entre Panamá ciudad y Colón; le respondo cómo yo podía trabajar de encofrador si nunca en mis manos había tenido un martillo, y me responde que no me preocupara de eso, que “ya entre el equipo, que clavara clavos como los demás y ya bastaba; que el encargado era un paisano gallego excelente persona del que estaba seguro no diría nada; que allí ganaría 52 centavos y medio la hora, y que a medio día nos daban la comida, y que con las horas extras teníamos tres tantos más de lo que era el sueldo regular”. Me convence, y el lunes siguiente con ellos me fui a trabajar.

En el equipo había muchos colombianos negros, buena gente;

a los pocos días el encargado recibió orden de trasladar el personal a un lugar de la carretera donde hubo un desprendimiento del que se tenía que sacar lo desprendido a la mayor brevedad. Nos meten en un camión y allá que nos llevan; al lado había unos barracones, con unos comedores donde el personal que trabaja cerca allí comía a medio día. Allí nos llevan a nosotros, nos sentamos en la mesa, y a mi lado se coloca uno de los muchachos negros, y cuando ya habíamos empezado a comer, por detrás, se acercó un señor gringo, le toca el hombro al negrito, y le dice que ese no era su lugar; y el pobre muchacho agacha la cabeza, se levanta, y lo llevan donde están los negros; tuve una impresión de lo más desagradable que por allí adquirí.

La situación remunerativa la había superado en gran manera; pero me inquietaba la deuda de los doscientos dólares; la nena, a consecuencia de lo que había sufrido iba mal de salud, y un día, al regresar del trabajo, me dijo Igualdad que había pasado muy mal día, y en la respiración le note que estaba muy mal; nos pusimos al lado de la cunita con un calor horrible y note que Igualdad, por el cansancio, entraba en sueño, y yo le dije que se acostara, que yo me quedaría con la nena, me dijo que no, yo insistí y pude lograr que saliera al patio donde había algo de fresco y podía descansar; me hizo caso, y cuando habían transcurrido un par de horas, la nena hizo dos estertores bruscos, y pensé que había muerto.

Me levanté de la silla, me quedé mirándola y es cuando decido avisar a Igualdad de lo que creí había pasado, ya abriendo la puerta del patio me da por retroceder, ponerle el oído en el pecho y notar que aún respiraba.

La vecina que teníamos en el piso de arriba, tenía un balcón que daba al patio por donde a veces nos movíamos Igualdad y yo; al día siguiente, se asomó allí y nos preguntó si nos pasaba algo. Le dijimos lo que había, y nos dijo que ella tenía un hermano médico, que le iba a preguntar si había algún medicamento que fuera bien, y por la tarde nos indicó unas sulfas<sup>4</sup> que acaban de salir, se las dimos a la nena, empezó a mejorar y mejoró mucho, pero no del todo. Ese mismo día, por la noche que habíamos pasado, y por lo agotada que yo veía a Igualdad, le dije que yo no iba a trabajar, que se quedara ella, y que yo me iba al mercado. Cogí el bolso y salí a la Avenida Central, y cuando llegué cerca del mercado, vi que había una serie de paradas vendiendo lotería; no tenía por costumbre jugar, y se me ocurrió comprar un trocito de cincuenta centavos. Hice la compra, regresé a casa. Igualdad hizo la comida, y pasamos el día bastante tranquilos, al ver que la nena iba mejorando.

Al día siguiente al trabajo de nuevo; al llegar allí el encargado me pregunta si me había pasado algo, le dije lo que me había ocurrido, y me dijo que no dijera nada porque no me suprimía el día; pasamos el día trabajando en situación normal, llego un poco tarde a casa, Igualdad prepara la cena, y después de comer, como de costumbre me da por mirar el periódico; pasando las páginas sin pensar en ello, se me presenta la relación de sorteo que se había hecho ese día, miro, y nada menos que me había caído el primer premio (480 dólares); el día siguiente a trabajar de nuevo, y al atardecer, cuando regreso, cojo 200 y me voy a ver a Pichel para pagarle lo que le debía; cuando lo localizo y le refiero lo habido no se lo creía, le insistí, hasta diciéndole que en

---

4 Sulfamidas [N. e. d.]

casa tenía el periódico como testimonio, y por fin lo creyó y me aceptó lo que le debía. Todo iba mejorando.

Un escritor Norteamericano, que en España tuvimos en nuestra guerra civil, cuando vio las calamidades que pasamos en Santo Domingo, consultó al entonces presidente de Ecuador, para ver si su territorio admitiría personal de los derrotados por franco. Ese mismo escritor al que aludo, se comprometió a pagar los gastos que ocasionaran el traslado del personal de Santo Domingo a Ecuador. Era íntimo amigo de Eusebio Carbó y de su hijo Proudhon, y fue éste el que se encargó de hacer la relación, de los que quedaron comprometidos en ir a Ecuador; de ellos había varios de Barcelona, entre los que se encontraba Peirats, y yo no pude salir en esa expedición, porque Igualdad ya estaba en el hospital en ocasión del nacimiento de mi tercer hijo.

El hecho es que también la expedición resultó un fracaso que ocasionó la desintegración, y excepto cuatro o cinco que tuvieron oportunidad de buen empleo, entre ellos Alejandro Gilabert, los demás las pasaron muy negras; algunos desertaron del país, dos de los cuales, uno de ellos el mismo Peirats, entraron a Panamá, y empezaron a trabajar enseguida. Cuando las autoridades supieron de ello empezaron a buscarlos, y hasta que se arregló el asunto, en mi casa tuve escondido a Peirats cuatro días. Ya arreglado el problema, empezó a trabajar en una camioneta con un compañero que repartía hielo.

Uno de los que trabajamos en la misma brigada, un día me dijo si quería comprar un taxi, y le conteste que quién y cómo lo iba yo a pagar, y aunque en broma me dijo, que yo no necesitaba dinero enseguida para comprarlo; lo ofrecían a base de letras, y

que él sabía que yo sí que lo pagaría. Medio en broma, medio en serio, continuamos la conversación y por fin nos arreglamos; pero el coche estaba matriculado en Colón, para trabajarlo me tenía que trasladar allí, hechos los trámites obligados, allí que nos trasladamos. En esa población éramos más de treinta los españoles taxistas; mi coche tenía el número 28, inicié el trabajo sin conocer la población, la que poco a poco fui conociendo, y defendiéndome cada vez mejor.

Casi todos quienes estamos en ese movimiento éramos procedentes de nuestras organizaciones, entre quienes habíamos viejos militantes. Allí estaba Paulino Díaz, Progreso Ródenas y Rafael Pena entre otros.

Había relación entre nosotros, pero no con una buena definición orgánica, hasta que se empezó a recibir correspondencia de México, y nos pusieron al corriente de que iban a publicar “Tierra y Libertad” y “Solidaridad Obrera”. Todos los que allí estábamos, tanto de la capital como de Colón, nos ganábamos la vida bastante bien, hasta el extremo de que a Peña, entre todos le compramos un taxi, porque dijo él que aún se veía con ánimo de ganarse la vida en esa actividad, lo que fue algo difícil; tuvo algunos contratiempos y demás y por fin lo tuvo que dejar. Yo me defendía alargando las jornadas, y hasta trabajando de noche algunas horas; tenía el compromiso de pagar el carro, y como se trataba de una herramienta de trabajo, consideré era indispensable cuidarla; a más, ya en Colón, Igualdad empezó a ganar unos centavos cosiendo ropa, para lo que demostró un ingenio sorprendente. Se dedicó a transformar vestidos de artistas, trabajo que le pagaban bastante bien, llegando momentos que no podía abastecer el trabajo que le

caía. A más del trabajo de casa y las atenciones a las dos criaturas que ya teníamos, tomó la costumbre de llevar a la playa a los nenes todos los días un par de horas.

El trabajo del taxi me resultaba agradable, aunque si permitía defenderse bastante bien, por la noche resultaba algo arriesgado. El movimiento del canal era intenso en el transporte de tropa a todas partes de mundo, y si a los soldados los recluían pronto al atardecer, a los oficiales les cedían toda la noche hasta el día siguiente por la mañana, y no pocos se emborrachaban, lo que motivaba algunos conflictos.

Un día se subió en el coche un teniente, y me dijo que lo llevara Fort Davis; me pidió que, en la salida de Colón, en el centro masónico que parará, que quería tomar una copa, paré y bajó, y al bajar me di cuenta que iba algo torcido; regresó, y ya nos fuimos directamente hacia el puente que estaba un poquito lejos.

Se sentó a mi lado delante, note que se meneaba; pero no molestaba mucho, ya cuando nos aproximábamos, me pone su pie encima del mío que tenía en el acelerador; con mi codo le indiqué, que lo quitará, y lejos de quitarlo apretaba más y entonces me dio por apagar el motor, y a continuación veo que saca un cuchillo por lo que abro la puerta y precipitadamente me hecho del coche; y él, cuchillo en mano, echa a correr detrás de mí, medio tambaleando a la carretera por donde nos vieron correr, yo delante y el otro detrás sin poder alcanzarme; salieron de allí el teniente que había de guardia y su ayudante; al ver al otro a corta distancia de mí y cuchillo en mano, fueron sobre él, le cogen el cuchillo, y me pregunta el teniente que pasaba. Como

pude en inglés, y como el ayudante notaba mi dificultad en hablar el inglés me dice: Señor, hable español si quiere soy Mexicano.

Me hicieron entrar en la garita, me hicieron una serie de preguntas, entre ellas si ya me había pagado el servicio, y al decirle que no, enseguida le dijo “págale al señor”, y me pagó, y me dice el teniente: de aquí a donde va él, hay un trecho un poco largo, pero usted no tiene ninguna obligación de llevarlo; cuando usted quiera se va, y a él ya lo llevaremos. Y me fui.

Llegué a casa, y como de costumbre, a Igualdad le dije lo que me había pasado, y me dice ella: “Severino, tú no trabajas más de noche”, y como tenía razón, no trabajé más por la noche. Por la mañana tempranito siempre había alguna oportunidad de buen servicio, y en los casi seis años de taxista, ya no tuve ninguna dificultad. Lució el trabajo de los dos, porque a más de un sistema de vida ordenada, sin extraordinarios costos, pudimos atender bien a las criaturas; a Helenio lo ingresamos en un colegio norteamericano, que al poco tiempo hablaba inglés, como los niños de las profesoras, y los otros que había hijos de norteamericanos, y un día que fui a buscar al nene, una profesora me planteó que haber “cuando le regalaba el chiquillo”.

Sin tormentas ni contrariedades penosas, afrontábamos la vida en condiciones normales; las condiciones con la organización de México se habían superado mucho. Tanto para la prensa como para lo que se mandaba a España a través de Toulouse, había aportaciones de importancia. Si en todos había interés en esas colectas, el que más se movía en todo ello era

Progreso Ródenas y su compañera. Por las facilidades que había de trabajo, las atenciones a la Organización se efectuaban con bastante facilidad. Allí se concentró mucho personal que, cuando declinó la guerra, empezó a irse de ese rumbo, y en su mayoría se orientaron a Venezuela, donde se concentró gran cantidad de gente de nuestras organizaciones. Y para allí me salió una buena proposición que no quise aprovechar.

Tras una temporada en Santo Domingo, y cuando yo ya me había trasladado a Panamá la familia de Igualdad pudieron trasladarse a México; durante esa separación hubo relación epistolar asidua, en la que hacía constar unos a otros que tan pronto como fuera posible, nos juntaríamos la familia. Un día, estando en un estacionamiento que teníamos los compañeros taxistas, y yo cerca del coche, vi que me entró una pareja, me pongo al volante, pregunto dónde, y me dicen que al Hotel Washington, llegamos allí, bajan, y el señor me pregunta que debía, y le digo que 45 centavos, me da un dólar en plata, y cuando voy a darle la vuelta me dice que me lo quedara, le digo gracias, se gira hacia mí y me pregunta si era español, le digo que sí, y entonces me dice si a las dos de la tarde podría ir a buscarlos, y les dije que sí.

A la hora convenida allí que me presento, el ujier que les avisa, salen y suben, y al subir me pregunta por tiempo cuanto hacíamos pagar y le dije que tres dólares por hora, y añade que íbamos esquina calle Menéndez 10; bajan y se ponen los dos en la ventanilla y me dice el señor: No sabemos el tiempo a invertir, de todos modos, usted no se impaciente; me di cuenta que en el trayecto que acabábamos de hacer, habían estado hablando francés, y se despidieron en esa ocasión, el señor me dijo hasta

luego, y la señora me dijo “orevuar mesié”<sup>5</sup>, y yo que le contesto también en francés; se giran los dos y me pregunta él: ¿Usted entiende el francés también?, le dije que un poco, y le dice la señora: “Ves, la persona que nos hacía falta”. Me pagaron muy bien, y en lo sucesivo me dieron a ganar bastante dinerito. Transcurrió algún tiempo cuando yo me enteré que este señor era el Embajador de Venezuela en Panamá.

Cuando ya la guerra estaba en declive, en conversación muy amable con ese señor me dijo: “Señor Campos”, cuando se acabe la guerra, ¿qué piensa hacer?; Panamá no tiene industria, ni agricultura, lo que le da vida al movimiento que ustedes conocen es el canal; cuando se termine el movimiento de tropas, los negocios que ve en auge, se anularán casi todos, o disminuirán mucho el movimiento que tienen; le voy hacer una proposición: “Con su familia usted se va a Caracas, se sitúan en un piso o en una casita, me estudia bien estudiado un plan de actividad industrial o comercial, cogiéndose el tiempo que crea necesario para ese menester. Todo lo tiene pagado para lo que pueda en un negocio, no bien de 25 o de 30 millones, piense bien lo que le estoy diciendo y anímese”. Con esa proposición, al medio día voy a comer a casa, le dije a Igualdad lo que había planeado, se puso muy contenta, terminamos de comer y yo me voy al trabajo; por la noche al regresar reanudamos conversación, y me dice Igualdad, Severino, si nos vamos a Venezuela, ¿cómo quedamos con los familiares de México?, le puse la mano en el hombro y le digo, nos vamos a México

Entre los compañeros que habíamos en Panamá estaba un tal Bragallo, de lo más seriecito que teníamos. Se dedicaba a la

---

<sup>5</sup> Au revoir, monsieur. Hasta luego, señor. [N. e. d.]

fotografía y al dibujo; era un matrimonio con una hijita que daba gusto tratarlos; al referir esa oportunidad, me reprochó que abandonara, y recuerdo que, como buen Catalán, me decía: “Sempre li donen fabes al que no tié dens”. Me propuso le habláramos al Embajador, pero ya no hubo lugar. Se daban esas circunstancias, cuando en el Hospital Guerrero de Colón nació mi hija Graciela, de forma que en el hogar propio ya éramos cinco, y no obstante vendimos el coche saqué 1800 dólares, y nos fuimos a México.

## VIII. EXILIO EN MÉXICO

Desde el momento que llegamos empezó a cambiar nuestro sistema de vida. Allí estaban en movimiento la CNT, la FAI y las juventudes libertarias; y salían “Tierra y Libertad”, “Solidaridad Obrera”, y “Regeneración”, y también había entre nosotros un principio de decisión. Las reuniones de nuestras organizaciones, especialmente más afines se desenvolvía bastante bien; frente a la *Soli* y a *Tierra y libertad*; entre los escisionistas marcaban pauta Juan López y el catalanista Fidel Miró quien, como complemento al *CNT*, sacó la revista *Comunidad Ibérica*, refugio de los detractores de peor calidad. Entre toda esa gente, tanteando en todas partes andaba García Oliver, defendiendo reivindicar la república como primera providencia al regresar a España.

Cuando llegamos nosotros estaba en el gobierno, como primer oficial de Gobernación, Echeverría, y el abogado valenciano Manau, me dijo que él podía arreglarme la situación de residencia, y unos días después me comunica que el oficial aludido me esperaba para hablar conmigo, y en su despacho que nos presentamos Igualdad y yo. Confieso que fuimos bien recibidos. Nos abundaron las preguntas en torno al conflicto

guerrero, al papel que había jugado el Embajador Fabela, y las simpatías que había despertado la posición de Cárdenas. Puso en trámite nuestro problema y la verdad es que sí nos molestó, pues tardaron bastante en arreglar el asunto. En Barcelona se constituyó por parte de la Organización un grupo artístico, en el que Igualdad realizó una actuación bastante buena y en ese grupo había dos hermanos murcianos que encontramos en México capital, que habían abierto una tintorería para ganarse la vida y nos aconsejaron que hiciéramos lo mismo nosotros, porque había posibilidad de defendernos trabajando. Lo pusimos en práctica, y la cosa resultó más complicada de lo previsto; había que contar con los mordelones<sup>6</sup> entre los que había uno, mandado por el sindicato, que semanalmente, sin ninguna intervención en el trabajo venía a llevarse para sí 35 pesos. Cuando, ya teníamos todos los permisos, menos la licencia, pero sí el de la apertura, con tres meses trabajando en el local, al regresar de hacer una entrega encontré que nos habían clausurado. Entregaron una nota a Igualdad, diciendo que para un arreglo fuera a la Oficina Central, y el día siguiente por la mañana, allí que me presento. Los que me recibieron me dijeron que esperara que viniera otro, y cuando llegó y hablamos me dijo que la apertura del local, sin constancia de recibo por su parte, me iba a costar 3000 pesos, y les respondo: “Ni cinco centavos, bandidos”. Y me fui.

Fui a ver al contador, Sr. Mario; le dije lo que había pasado, y me respondió: Sr. Campos, esto es México; no se apure, yo voy a arreglar eso; cuatro días después nos abrieron, y empezamos a trabajar; es él, Mario, quien me previene y me dice: “No le

---

<sup>6</sup> Mordelón, nombre coloquial de México. Se refiere a un policía que acepta mordidas o sobornos. [N. e. d.]

extrañe que dentro de poco empiecen a llegar inspectores pidiéndole la licencia, y al no tenerla le levantarán multa. No haga caso, las va a acumular, vengan las que vengan, ya me encargaré yo de resolver ese problema, pero ya habíamos acumulado muchas, y un día, al regresar de hacer una entrega, me encuentro sobre el mostrador una pareja de inspectores que ya habían dejado la multa: les hago constar mi extrañeza de lo que estaba pasando, y que ya tenía un borrador hecho para ponerlo en limpio, y dar publicidad a lo que me estaba pasando; de los dos inspectores uno era joven, que cuando pronuncie las últimas palabras me guiño el ojo para que me separara de ellos que quería decirme algo, así lo hicimos.

Y ya separados me dice: “Oiga, sé que usted en España ha sido líder sindical”, y le respondo que, en España, en el anarcosindicalismo no teníamos líderes; cambiamos pocas palabras, me da un apretón de manos y me dice, “señor, continúe que usted triunfa”. Regresamos donde estábamos, y al momento se van; cuatro días después de la oficina de licencias recibo un comunicado diciéndome pasara a recoger mi licencia; pasé a ello, y de lo que los bandidos coyotes me pidieron 3.000 pesos, pague 14.

De las más de 30 multas que levantaron no pagamos ninguna, pero al líder sindical, por indicación del Sindicato, sí que tuvimos que continuar pagándole. Continuamos trabajando y afrontando muchas dificultades con jornadas hasta de 16 horas, y algunas veces más de 20. Las tareas se hacían largas y pesadas, más que para mí, para Igualdad, porque ella ya tenía que atender la casa y a cuatro hijos. Surgió la oportunidad de una mujer negra que le ayudara dos días a la semana, mujer que en

principio se resistía a comer entre nosotros, y cuando la forzamos y se sentó con nosotros en la mesa nos dijo: “Tengo 37 años, es la primera vez que me siento a comer entre gente Blanca”.

En esos trances de trabajo me sale un trabajo como agente de ventas de una fábrica de papel, y nada menos que el propietario era español e hizo la guerra civil con franco; y en eso, que inicio actividades sin conocer los artículos que manejaban, pero como se trataba de bolsas de papel, y su fuerte eran las panaderías, que el Distrito Federal tenía miles y miles, ahí me tienen dando el pecho haciendo de experto en la materia, hasta que di con dos hermanos gallegos, uno el Matías que tenía 9, y el otro que también estuvo en la guerra de España y ya tenía 42. Esto tuvo como consecuencia, que cuando me hicieron el resumen de lo ganado el primer mes, me dice Lorenzo, el dueño: “Señor Campos, de todos los que han pasado por aquí como aprendices, nadie ha logrado el nivel que usted ha alcanzado en ventas”.

Eran jornadas largas, pesadas, muy pesadas, pero había el propósito de abrir la brecha que permitiera mejorar la situación del hogar. Lo que estábamos soportando no había motivado ninguna deficiencia en las obligaciones orgánicas, tanto en las aportaciones habituales como en la concurrencia a reuniones, pusimos interés en ser consecuentes. Las excursiones al campo, de los días festivos, eran estímulos, por la concurrencia de viejos militantes, como Hermoso Plaja, Eusebio Carbó, José Viadiu y Libertad Rodenas, donde nunca faltaba Samblancat, que sólo con nosotros decía estar entre familia. Ese bloque fue deteriorándose por edades avanzadas y muertes, hasta que actualmente, de la vieja militancia, sólo quedan Marcos Alcón,

con sus 95 años, y Enrique Playans ya dentro de los 100, cuatro de los cuales en silla de ruedas meneándose por dentro de casa, con las mismas inquietudes ideológicas que defendió hace tantos años.

Aunque ya hemos hecho alguna insinuación, no podemos negar que en México hubo algunos claudicantes, y entre ellos, protegido por Fidel Miró, allí tuvimos a Santillán, que nunca se acercó a lo que fue el núcleo auténtico de la CNT y de la FAI. La llegada de cenetistas y faistas a México no tuvo la acogida orgánica que se deseaba por parte de los anarcosindicalistas. Los líderes de la CTM, cuando conocieron la difusión de nuestros ideales, antepusieron dificultades, por que otro era su comportamiento para los negocios lucrativos. Reminiscencias del magonismo quedaban pocas, y aunque el periódico *Regeneración* se esforzaba en vitalizar el pensamiento ácrata, el proletariado mexicano no era campo abonado para abrir brecha de combate contra la corrupción política. A principio de estar allí, un grupo de panaderos organizó un mitin con participación de españoles, sólo intervenimos José Alberola y yo. Más tarde hicimos ir a Federica, que pudo atraer a muchos españoles, pero de los nativos hubo poca concurrencia.

Se quebrantó la seriedad que fue exponente personal en España, de algunos individuos que en México llegaron a embrutecerse y perderse completamente. El caso de la Edición de la *Enciclopedia Anarquista* es excepcional en lo negativo. La reunión que tuvimos en el Valle de los Conejos fue burlada de la manera más ofensiva. De una obra que en cinco meses tenía que entregarse el primer volumen, fue a los siete años cuando se dice que ya está editándose; y no se editaba ni se editó según lo

convenido, porque lo acordado fue traducir la obra de Sebastian Faure, de la que se utilizó muy poco, admitiendo intervenciones de claudicantes como Tomás Cano Ruiz.

No obstante, esas actitudes, y las concomitancias del Grupo Sorrento, el bloque cenetista inscrito en la Organización confederal se mantuvo en orientación anarcosindicalista, participando en los comicios que se daban incluso a nivel internacional. Pude asistir en representación de México al congreso que se celebra en Marsella, con acuerdos que respondían a principios anarcosindicalistas, cuando ya determinadas gentes andaban ocupando altares masónicos y tribunas de propaganda con bestiales apologistas de la república.

No estuve de acuerdo con posiciones ambiguas, que contribuyeron a reanudar relaciones con núcleos de la UGT, ni con los disidentes que hubo. A mi paso por París, con Juan Ferrer tuve oportunidad de hablar ampliamente, y aunque estábamos de acuerdo, le ratifiqué mi presentimiento de que esas concesiones las íbamos a pagar caras. No supimos hacer respetar a la CNT, y todavía hoy lo estamos pagando caro. No se quiso ver que desde siempre el socialismo, la UGT y el catalanismo han buscado hundir a la Confederación Nacional del Trabajo, y no obstante la documentación y las pruebas que de ello tenemos, todavía se insiste en tolerancia funesta hacia posiciones intolerables. Y lo paradójico es que en ello vemos incluso a elementos que en ciertas épocas tuvieron actuación plausible.

## IX. DE VUELTA DE TODO

Si todo lo claudicante es detestable, lo del cincopuntismo es repugnante; y no obstante las pruebas de ciertos participantes, después del tiempo transcurrido, todavía está el sujeto llamado Edo, que deambula interviniendo en programas orgánicos y del anarquismo. Pero el problema va más allá, y cuando se descubre la participación que en el hecho tuvieron el individuo aludido<sup>7</sup> y Ramón Álvarez<sup>8</sup>, ambos pertenecientes a la Local de París, esta localidad celebra cuatro asambleas para dirimir el problema. Según las actas de esas reuniones que conocemos, los dos cincopuntistas se descubren y se acusan, después de lo cual, sin las sanciones que se requieren, en casos de tanta gravedad, este

---

7 Aquí la memoria de Severino debe fallar. Luis Andrés Edo, que había formado parte de la Juventudes Libertarias en el exilio y del Grupo Primero de Mayo, en 1966 es Secretario de la Federación Local de París de la CNT, y ese año se traslada clandestinamente a Madrid para denunciar el pacto de los cincopuntistas en una rueda de prensa donde se convoca a varios medios informativos internacionales. [N. e. d.]

8 Tampoco parece que sea muy acertada la afirmación de la relación de Ramonín con el cincopuntismo. “El cinco de diciembre de 1965 se convocó un pleno nacional de regionales de la CNT del interior con carácter extraordinario. La única delegación que mostró su disconformidad con el cariz alcanzado por las conversaciones con los verticalistas fue la delegación asturiana con Ramón Álvarez, alias "Ramonín", como portavoz” (Francisco Gago Vaquero, El cincopuntismo). [N. e. d.]

se va a Barcelona como si nada hubiera pasado y a las pocas semanas, en nombre de la regional catalana organiza unas Jornadas Libertarias<sup>9</sup>. Llega a ser Secretario de la misma Regional, y hasta director de *Solidaridad Obrera*. Pobre CNT quien la ha visto y quien la ve. ¿Para esos y otros exponentes hemos perdido tantas vidas valiosas? Las juventudes que actualmente florecen con los encantos de ideales anarcosindicalistas y anarquistas deben conocer los factores corruptores que han deteriorado a nuestras organizaciones confederal y anarquista. No es comprensible que la corrupción y la indiferencia al nivel que se ha tolerado, mantenga las normas confederales y ácratas en el aspecto desastroso y deplorable que las vemos. Hay documentación de todo ello para cerciorarse, y subsanar errores que han echado a perder una trayectoria que ha brillado como lo más positivo y fecundo de lo que en la historia del movimiento obrero internacional hay consignado. Pese a los detractores, a los timoratos, a los anfibios, a los masones y a los penumbristas, la CNT no ha muerto ni morirá. Tendrá renovación de elevados valores idealistas. Con inquietudes justicieras, no se engendra por las vías del progreso, de la abnegación y de la decencia personal; se superará todo lo deteriorado, porque para ello se están forjando los vergeles juveniles que irradian ideales edificantes, que se vitalizan en sus nobles contactos, con el respiro, la sinceridad, que es lo que practicaron los Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol, los Reclus, y esa pléyade de hombres geniales que ya tuvo en España nuestra Sección de la Primera Internacional.

Dura es la batalla que afrontamos, penoso vernos con

---

<sup>9</sup> Las Jornadas Libertarias de Barcelona, tuvieron lugar en 1977, doce años después del cincopuntismo. [N. e. d.]

intelectuales orientando publicaciones sin saber los conceptos y el lenguaje que corresponde a las mismas, hasta encontrar justificado que en las páginas del *CNT* quepan trabajos marxistas. ¡Qué tiempos aquellos que Hermoso Plaja, Liberto Callejas, Eusebio Carbó y Felipe Aláiz dirigieron nuestros paladines!; como podemos demostrar, y quizá lleguemos a hacerlo, desde el quebranto del liberalismo en España, el interés de todos los sectores gubernamentales ha sido ahogar en sangre el movimiento obrero de tendencia ácrata, ¡Y no es poca la sangre que hemos derramado y aquí estamos!

Augurar superación y defenderla, no quiere decir que el gran problema sea fácil de resolver; pero la persistencia, la predisposición a superar y recuperar la humanidad son factores que no se improvisan a la ligera. La meditación y el espíritu justiciero, son recursos edificantes que compensan tratándolos con acierto, y con mayor facilidad cuando ya tienen precedentes históricos; por eso, en lo que se refiere a gestas justicieras, por penoso que sea el exponente actual de Cataluña, en relación al anarcosindicalismo y al anarquismo, nos inspiramos en confianza de un renacimiento que recordará a los titanes combativos y a las idóneas vetas del intelecto ácrata. Las consignas de Esquerra Republicana, la exhibición armamentista de los escamots, ni las dádivas del Ayuntamiento a la corrupción de la CNT, no han podido con ella.

Esfuerzos tuvimos que hacer cuando, a continuación de la muerte de Franco, el campo confederal fue invadido y sus cargos principales ocupados por militantes esquerranos, como por ejemplo Barnils director de *Solidaridad Obrera*, con un cuerpo de redacción de cuatro estalinistas. Y si eso no es bastante, ver

a otros esquerranos, como Enrique Marcos Secretario General de la Confederación Nacional del Trabajo, con la Secretaría de Cultura en poder de Hierro, católico, apostólico y romano.

Tuvimos que esforzarnos para corregir esos atropellos; y en los frecuentes debates de la AISS no escatimamos esfuerzos para descartar a los emisarios de los poderes gubernamentales catalanistas de la absorción que pretendían hacer de la CNT. No logramos la limpieza necesaria por el soborno que se practicó, pero sí se dio otra imagen a la organización Confederal, no obstante quedar algún residuo de lo pestilente, falso y traidor que había penetrado. Supervivientes hay de ello, como por ejemplo Bondía y el falsario March, entre otros de menor importancia.

A nivel nacional, la CNT empieza a menearse en actos públicos y organización de entidades sindicales; los compañeros de Zaragoza están muy interesados en la celebración de un acto, que proponen. Días después me comunican ya estaba todo convenido, con fecha, lugar y los oradores, que éramos Bondía, Federica y yo; con carteles de buena presentación. La propaganda estuvo bien hecha, a la que correspondió la concurrencia, porque el cine se llenó a más no poder. Ya todo bien ordenado se inicia el acto, y es Bondía quien rompe el Fuego: Inicia una crítica contra la UGT fulminante, a lo que vincula al Partido Socialista, y caracteriza a esa gente con datos fidedignos de la peor condición política que España pudo haber tenido en sus peores tiempos políticamente. Esos términos llaman la atención, por su contenido real detestable, pero el mayor relieve de ese contenido, era la envidia y fogosidad que Bondía ponía a sus conceptos y acusaciones ideológicas. Por su

audacia y coherencia en sus imputaciones, pensé que en ese individuo el anarcosindicalismo tenía una fortaleza ideal, y no a un repugnante traidor como resultó. De todas maneras, los resultados inmediatos fueron buenos. Consecuencia de todo ello fue, que quince días después en la zona minera de Andorra, Provincia de Teruel, celebramos otro acto, con bastante buen resultado. Y aunque con muchas dificultades teniendo en cuenta otros tiempos, Cataluña se mueve. En Tarragona, además de los dos actos que en poco tiempo efectuamos, en Falset dimos dos conferencias-debate con un estilista rabioso, que mucho llamaron la atención; pero en ese ámbito provincial, en varias poblaciones quedaba residuos de antaño, con deseos de recordar, y solicitaron charlas, conferencias y entrevistas. Esos actos tuvieron lugar en Mora, Ascó, Cambrils y otras poblaciones que solicitaron contactos y entrevistas. El núcleo esencial de esas labores radica en Tarragona capital, donde había una Sección de ferroviarios, donde un tal Alomar era el más inquieto y preocupado en los problemas de la CNT.

En una librería de la calle Unión, por casualidad, coincidimos un día con Manolo Rodríguez, Morente y Amores; me plantean si estaba dispuesto a participar en un acto que estaban proyectando para Sanlúcar de Barrameda, y les dije que sí. Esa población yo la tenía en la memoria, por los estragos que sufrió cuando la represión del General Pavía, y no tardaron mucho en resolver la preparación del acto. Por amistades con Amores se introdujo para participar al cincopuntista Edo. El hecho es que, ya todo contactado a Sanlúcar que nos fuimos; el acto estaba preparado públicamente en una calle ancha de la población, donde la concurrencia fue abundante, entre la que había algo de personal extraño.

Con su extraordinario vozarrón, Manolo abre el acto invitando a los concurrentes a que también ocuparan la tribuna, si algo se les ocurría decir, relacionado con las características del acto; como presidente hace la introducción que fue calurosamente aplaudida, por circunstancias un tanto especiales; Sanlúcar esta cerquita de la que fue Casas Viejas. Entre los concurrentes había personal de Sevilla, de Granada, de Cádiz y de Málaga; ya hubo dos participaciones completamente normales y se aproxima la mía; los asientos en la calle estaban ocupados, y del extremo más distante de la tribuna se distinguió una pequeña sección con vivas algo extrañas y aplausos fervorosos; y cuando terminó el orador, que estaba en uso de la palabra, la gente de ese lugar extraña para mí, pide intervenir, y Manolo que lo concede.

Y al momento que se presentan en la tribuna agarraditos de la mano; y cuando el orador se dispone a hablar, el acompañado que le besa en la boca para animarlo, y el orador que se suelta. En aras a la verdad hay que decir, que en lo que era su preocupación y lo que quiso decir lo dijo bien, con facilidad y coherencia de pensamiento, y en cada pausa del discurso, del acompañante tenía su beso en la boca y su fervoroso aplauso: quizá fuera prejuicio mío, no obstante lo bien que hablaba y al reconocimiento que tenía de sus compañeros, que lo alentaban con vivas y fervoroso entusiasmo cuando esa situación se repitió dos veces, a Amores que tenía a mi lado le dije: Amores, me voy no aguanto. Me cogió del brazo y me dijo: Severino, no te vayas, si te vas estropeas el acto, allí que aguante, perdiendo el entusiasmo que tenía para mi intervención; no comprendía yo que en un mitin de la CNT, donde tantos problemas sociales había planteados en España, se diera ese espectáculo que dieron los gays con sus alusiones a sus problemas sexuales. Creo

que estaba solo con mis pensamientos; de todas maneras hablé, no como tenía proyectado hablar, pero llené el expediente.

No obstante, el estado de ánimo que tuve que afrontar, puede decirse que aquella jornada tuvo el mérito de una compenetración alentadora, por el contacto que hubo entre los compañeros de Sanlúcar, y los que vinieron de los diferentes lugares cercanos; y ello culminó en la concentración y reunión en casa de Manolo, donde su compañera Mari, y su hija, nos prodigaron a los asistentes atenciones que por su delicadeza y esmero no pude olvidar nunca. Uno de los compañeros de Sevilla, en las circunstancias que estoy mencionando, vino a verme y me dijo: Severino, tenemos una reunión a la que esperamos que concurras, y allí que fuimos. Y tomando un sabroso café, servido por las damas ya aludidas, se planteó lo que había para discutir, y era: que el compañero que más intervención tuvo en las colectividades de Andalucía, escribió un libro sobre ese movimiento<sup>10</sup>, y hacia un año que lo entregaron a la Editorial Ariel para editarlo, y no lo han tocado siquiera, por lo que me encargaron a mí, tramitara con la Editorial que llevaran a cabo el compromiso contraído. Me dieron un escrito facultándome para ello, pero además, para esa gestión tenía que ponerme de acuerdo con Germinal, hijo del autor, que residía en Santa Coloma de Gramanet. Inicié la gestión acompañado de Amores, y tuvimos que recoger el original porque el gerente de la Editorial nos dijo que no podía sacarlo en el tiempo que nosotros deseábamos tenerlo editado. Encontramos una sucursal de Grijalbo que se comprometía editarlo en dos meses, a condición de que le redujéramos unas

---

10 Se trata del libro de Antonio Rosado, titulado *Tierra y Libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista español*. [N. e. d.]

páginas; puestos de acuerdo con los interesados accedimos a ello, y los editores fueron serios en el compromiso; el libro salió, en poco tiempo y se colocaron los cuatro mil ejemplares que se imprimieron.

Vueltos a Barcelona, la situación continuaba compleja; en el Comité Regional de entonces había un tal García, asturiano, que me pidió colaboración para la *Soli*; accedo a ello y, aunque todavía Barnills estaba como director, el trabajo se lo entregué a García y fue publicado enseguida; pero en el número siguiente tuve una réplica de un tal Juanjo Fernández en la que me insultaba personalmente. A ello hago una contrarréplica que no querían publicar. A Barnills le indiqué que ese trabajo mío se tenía que publicar por encima de todo; transcurrieron unos días, salió otro número, y al no publicarse, en un debate que se dio a continuación, me dirigí con términos algo duros al director de *Soli*, instándole para que el trabajo se publicara en seguida. Tuve la suerte que mi argumentación, sobre el caso, fue defendida por otros compañeros que participaron en el debate, y Barnills entonces se comprometió a publicar lo mío en dos veces, y por fin se publicó.

El esfuerzo y la persistencia tuvieron compensación. Hay un pleno, en el que el director de *Soli* plantea la dimisión, y como consecuencia somos tres los postulados para la dirección de *Solidaridad Obrera*: Camacho<sup>11</sup>, Liarte, y el que esto escribe; Camacho sacó 8 votos, Liarte 7, y 18 yo. Me hago cargo del periódico. Al día siguiente, estando en el Comité Regional, hay una telefoneada de Jacas, que me felicitaba, esperanzado en

---

11 Diego Camacho, más conocido por su seudónimo Abel Paz, autor de una célebre biografía de Durruti entre otras obras. [N. e. d.]

que todo iría bien; con Jacas nos conocíamos por habernos visto y tratado cuando el Congreso de Marsella, porque se nos destinó al mismo hotel, y tuvimos oportunidad de hablar ampliamente; otra felicitación la tuve del felón Bondía, incluso con elogios que no vale la pena recordar.

Dos días después, ya por la noche, se me presenta Camacho, y dijo que sí, que ya estaba pensando, pero que del equipo de Barnils no participaría nadie; me enseñó una nota de la prensa del día, indicándome que convendría comentarlo, y le contesté que ya empezara él, lo que equivalía a decir que ya era miembro del Cuerpo de Redacción.

Aunque ya lo tenía en cuenta, me indicó a Jacas, y a continuación a Alemany, que acepté con alguna reserva, por haberle visto con intimidad con un rabioso estalinista que escribió un librito con el título de *Ni Dios Ni amo ni CNT*<sup>12</sup>, pero se incorporó al cuerpo de redacción.

A Camacho lo tenía con alguna reserva por varios hechos desagradables: cuando buscaba documentación para la biografía de Durruti me escribió una carta a México, pidiéndome datos, carta que no tuve en cuenta ni contesté; a más de alguna referencia sobre sus condiciones personales, al regresar yo a México después del Congreso de Marsella, se convino una reunión para que yo informara de la manera que se dio el congreso, y cuando ya íbamos a empezar, a la reunión se presenta una tal Antonia acompañada de un joven que yo no conocía; a mi lado tenía a Marcos Alcón y me dijo: Severino, no empieces, y no empecé; Antonia empezó a hablar de lo que

---

12 Severino se refiere a Carlos Semprún Maura. [N. e. d.]

quiso y cuando quiso, y logró estropear la reunión; dicho por ella fue cuando me enteré de que el joven que la acompañaba era hijo de Camacho.

Ya de regreso a España, inicié actividades en Barcelona; la reorganización de los sindicatos iba, bastante bien, pero con algunas dificultades, por lo que la fobia nacionalista pretendía, y que era absorber a la CNT, aunque lograra una organización pobre eminentemente catalanista. Con ellos contribuyeron algunos desgraciados de procedencia confederal, entre ellos el cincopuntista Fidel Miró, y el célebre Bombito, que hasta tuvo la audacia de presentarse en el Congreso de Marsella. Sin interferir en medio, por Barcelona andaba Camacho quien, según Alonso, tenía ganas de actuación, y con él llegué a tener contactos normales de cara a necesidades orgánicas, y en esas condiciones, un día me regalara un ejemplar de la biografía de Durruti.

Leí el volumen, y sobre Durruti hallé referencias tan infames, que le tuve que llamar la atención sobre algunas referencias, especialmente de cuando, con Ascaso y Jover, estuvieron en México, y entonces se justificó diciendo que le habían engañado en esas informaciones; y quedamos que le hiciera una relación de esos errores, para cuando se hiciera una nueva edición que se corrigieran.

Le entregué los datos correspondientes, especialmente lo que a México se refería lo que no ha tenido ningún resultado. Esas imputaciones infamantes contra los tres miembros aludidos, ellos por sí las desmintieron con sus comportamientos personales, porque constituyeron un hogar ejemplar, y se

incorporaron al trabajo con regularidad indiscutible, dos de los cuales perdieron la vida defendiendo los postulados anarcosindicalista y anarquista.

A la vieja militancia de destacada actuación en Cataluña, en la CNT y en la FAI no le extrañaron las anomalías que se han dado y se están dando; aunque actualmente el problema es general, lo paradójico radica en la región catalana, por ser aquí donde se han dado las gestas más sublimes, que en la historia que de las luchas reivindicativas y justicieras del proletariado organizado, a nivel internacional, ha llevado a cabo, el anarcosindicalismo y el anarquismo.

Llevé la dirección de *Solidaridad Obrera* catorce meses sin remuneración, con algunas antipatías por parte de alguien, porque era mi criterio y sigue siendo, que los que se habían significado como detractores, no tenían derecho a ocupar las páginas de los voceros de la prensa libertaria, y afronté situaciones moralmente algo violentas, porque uno de los pretendidos colaborados, no obstante mandarme su colaboración con recomendación del sindicato al que pertenecía y personalmente con un familiar, nada le publiqué de lo que me dio, y en ocasión del quinto Congreso, me vino a ver a Madrid con buenos modales, y le tuve que decir que no me mandara nada porque no se lo publicaría; hubiera preferido salir del cargo, antes que transigir con cincopuntistas y masones desvergonzados.

Si se hubiera presentado una situación de gran necesidad, no hubiera dudado reincidir en un cargo como el que acabo de aludir, pero confieso, que de ex escisionistas, anfibios con

dotación y ambiciones políticas, en el marco de la Confederación Nacional del Trabajo, no hubiera dejado ninguno. ¿Equivocado?; quizá sí. Desde largo tiempo, tanto mis estudios históricos como experiencia, fueron sometidos a análisis profundos, y la conclusión ha sido, y sigue siendo, que los pensamientos anfibios ideológicamente, como los alternantes aventureros en concepciones y prácticas sociales, no son de garantía firme para nadie; son fenómenos en que el individuo se hace cautivo de las circunstancias, de las amistades, de los beneficios personales, del rigor o tolerancia del gobierno que le oprime. Todo es convencional y carece de la firmeza del ideal, y esa tolerancia condescendiente que se une a esos factores, con incoherencia en inquietudes sociales, son negativos, porque no son complementos edificantes.

En relación a lo político, tengo un estudio que pienso terminar (*Del Liberalismo al Anarquismo*), que parte de la dinastía de Carlos Tercero y llega a la Primera República. Cabe reconocer que personalmente España ha tenido eminencias en lo científico, en lo literario, en lo filosófico y en lo humanista. Todo se ha echado a perder, cuando esas eminencias han intervenido y actuado en el hemisferio de la política autoritaria. Y si hay vertientes de pensamiento, más o menos social y homogéneo, tan pronto han entrado en la actividad estatal, ha venido la desintegración colectiva, la renuncia a los postulados iniciales, la corrupción vergonzosa y denigrante; y si ese fenómeno quedó registrado en el liberalismo, hasta el presente, lo más corrupto, lo más bochornoso y desleal, a más de traicionero, en la historia de España, quedó consignado por el Partido Socialista y la UGT. Al fin y al cabo, son marxistas.

No está exenta de algunas de tales responsabilidades la actual Confederación Nacional de Trabajo, que no es la de su fundación, que no es la de sus principios y normas de actuación; y hablamos así, porque lo más brillante, el exponente colectivo más compatible con sus ideales, lo hemos vivido, lo hemos gozado, lo hemos defendido y difundido. Porque la CNT, sin títulos de cátedra, ha tenido hombres de incomparable vibración moral, de intelecto luminoso y científico, de arrojo incomparable, cuando de defender la justicia, los derechos humanos y a los trabajadores explotados y humillados se ha tratado. He convivido con ellos, he actuado con ellos. ¿Quién me puede replicar lo que digo?

Tras haber pasado por varios cargos, de la específica y de la confederación, año y medio llevé el Secretariado de la federación Local de Hospitalet de Llobregat; en aquellos tiempos había un núcleo juvenil muy dispuesto a las actuaciones reivindicativas y culturales, en las que, en la proporción que se pudo, de todo efectuamos.

En la huelga de las gasolineras, en las que se batalló y nos detuvieron a cuatro jóvenes, también se tuvo en cuenta el problema cultural, que incluso se extendió hasta la infancia con las películas apropiadas que se proyectaban los domingos por la mañana, en la que tuvo una intervención interesante y bonita Carmelo Carmona.

Los que estoy refiriendo eran momentos, en los que la CNT, se veía como vergel floreciente, con cierta intervención juvenil e influenciada de estúpido patriotismo, de lo que casi no ha quedado nada. Después de bastantes años de aquellas

actuaciones, de aquellas juventudes de Hospitalet, solamente veo en actividad a dos jóvenes: a Mariano y Miguel que siempre les vi en la brecha. Pero de todo aquello que concurrió por influencias de Esquerra Republicana y patriótica, no ha quedado nada. Se hace sentir un pequeño residuo, especialmente en Martorell, con perspectivas inmediatas de desaparición.

A la llegada de mis hijos a España, decididos a quedarse definitivamente el país impuso una pequeña modificación a nuestro sistema de vida de los seis. Cuatro de ellos llegaron con carrera y documentación que lo acreditaba. Se dieron pasos en la Generalidad para conseguir trabajo, y después de todo, se les dijo, que la documentación era valiosa, pero que el magisterio carecía de recursos para resolver el problema. Se trasladaron a Madrid con la misma misión y después de los indispensables pasos tuvieron el mismo resultado; y repetían constantemente: Papá, aunque sea trabajando de pico y pala, queremos quedarnos en España con vosotros.

Entrábamos ya en el periodo de las vendimias, y dispuestos a encontrar recursos y no distanciarse de nosotros ni de España, buscaban recursos de trabajo para quedarse por aquí. Se fueron a Francia, y encontraron trabajo en la vendimia, y cuando fueron el día siguiente a empezar les dijeron que no podían permitirles trabajar, porque el compromiso era para con españoles y ellos eran mexicanos. Vueltos a España hicieron algunas diligencias para hallar trabajo pero resultó inútil, hasta que optaron por regresar a México, menos Galileo y su compañera, que querían hallar trabajo y quedar con sus padres, o cerca de ellos en España. Se acercaba la temporada de la naranja, y en Real de Montroy, donde tengo una hermana y a sus familiares, allí

encontró trabajo Galileo y resistieron unos meses; acabado ese tiempo tuvieron que hacer como sus hermanos, regresar a México donde pudieron recuperar el trabajo que antes tuvieron, y allí continúan.

Yo tenía alguna relación con unos cuantos compañeros de hostelería, entre quienes había uno llamado Mediavilla quien sabiendo que yo iba buscando trabajo, un día me dijo que me iba a colocar en un bar como bodeguero; el establecimiento se llama Tiempo y estaba en la Diagonal; me incorporé al trabajo y la situación de mi hogar fue mejorado. En tales circunstancias es cuando Igualdad tuvo la embolia, por lo que estuvo siete semanas con el Clínico. Transcurrido ese tiempo me llaman a la dirección donde me esperaban tres médicos, entre ellos uno llamado Nebot, con el que tuve más relación, y en honor a la verdad, debo decir que en todos los aspectos que hubo necesidad de parte de Igualdad, se portó muy bien y me dicen:

Señor Campos, con la señora, en este establecimiento, hemos hecho todo lo que se puede hacer, y consideramos que en casa estará mejor que aquí, con un pequeño complemento que le vamos a indicar; y se trata de que aquí, como ya sabe, tenemos un departamento para ejercicios, donde la señora podrá venir cuando quiera o pueda, y ejercitarse el tiempo que le parezca; a más, dado el lugar en que ustedes residen, les vamos a dar una nota para que se presenten al Ambulatorio de la calle Sepúlveda, y allí el director les dirá lo que tienen que hacer, y así las cosas, tratamos de poner en práctica todas las indicaciones médicas.

La situación de Igualdad, muy lentamente, parece que va mejorando. En una de las visitas que hicimos al Clínico me llama

el Dr. Nebot, con quien habíamos tenido conversaciones de aspecto cultural e ideológico y me dice: Campos, para las necesidades de la compañera, no compre medicamentos, lo que haga falta ya se lo iré dando yo. Continuamos la relación de carácter amistoso, que desde todos los puntos de vista para mí fue agradable y estimulante; aunque, de procedencia médica, tenía algunas referencias y datos. La calidad personal del Dr. Nebot, por su sencillez y simpatía, solo la encontré cuando traté al Dr. Martí Ibáñez.

En el hotel donde estaba trabajando en el bar, hallé la oportunidad de otro trabajo, de mayor remuneración, pero para trabajar de noche. Se trataba del estacionamiento de la misma propiedad, por lo que cambié impresiones con Igualdad, y llegamos a la conclusión de que nos convenía. Y allí empiezo a trabajar con el relevo de la noche. Ya unas semanas en ejercicio por la noche, al relevar a los de día comentábamos poco tiempo. Un día, al que yo iba a relevar se entretuvo, dijo después, para hablar conmigo; y con cierta precaución me dice que no pensaba llamarme la atención, pero hoy se atrevía, casi con la seguridad de que no se equivocaba: “¿No es usted el Campos que estuvo de maestro en la Escuela Moderna de la Calle Riereta de la Torrassa?” “Sí que soy ese Campos”; “¿Y no me conoce, verdad?, ¿No recuerda haber tenido un alumno apellidado Ramírez, entonces de nueve años?” La pregunta me indujo a recordar, y sí que lo localicé; y que abrazo más a gusto nos dimos. Reanudamos y ampliamos relación desde aquellos momentos después de 45 años de exilio. He tenido tres encuentros que me colmaron de alegría, dos ya fallecieron, me queda uno, con quien me veo con alguna frecuencia.

En los inicios de la Revolución, no obstante las publicaciones que teníamos en nuestra zona, y los compromisos en los cargos orgánicos a que nos comprometimos, sugerido por el patriarca de la comunidad familiar, sacamos una publicación titulada “Ideas”. La referente inicial fue lo cultural, y especialmente lo pedagógico, pero fuimos modificando las interpretaciones, y nos fue ganando el clamor de los frentes libertarios, a quienes se negaban los instrumentos indispensables al tiempo, que el gobierno de Largo Caballero atendía al sector marxista y socialista con holgura, lo que tratamos de enjuiciar desde “Ideas”, por lo que el jefe del Gobierno habló a la Organización, diciéndole que si ella no era capaz de disciplinar a su gente, que el gobierno, tomaría medidas aunque fueran penosas. Para enmendar la situación el Comité Nacional mando a su Secretario, M. R. Vázquez y a un acompañante, y la conclusión que tuvimos fue, que si nosotros no terminábamos con la propaganda que estábamos haciendo, el gobierno terminaría con nosotros.

Eso motivo una reunión familiar, de los miembros que interveníamos en el vocero “Ideas”, y al iniciarse, es el patriarca, con setenta años de edad, con un cuerpo martirizado por cuarenta años de trabajo minero, con ese humor andaluz que le acompañaba constantemente, quien nos pregunta: ¿Estamos dispuestos a morir?; la amenaza del Secretario es un poco seria, pero creo que se lo pensarán bien. Todos coincidimos en que debíamos continuar en nuestra campaña, y así lo hicimos, aunque la continuación del gobierno Negrín fue más despótica y cruel.

De todas maneras, Antonio Ocaña, a quien teníamos como

patriarca familiar, no tardó en morir; una pulmonía de tres semanas acabó con él, y poco después, la bondadosa mujer que tuvo como compañera, a consecuencia de un bombardeo, también pereció.

“Ideas” siguió saliendo, especialmente para los frentes de Aragón que eran las partes donde más lo pedían.

Los antagonismos orgánicos continuaban aumentando, debido a que, con Negrín, aunque sin ninguna eficacia para el movimiento antifascista, la protección hacia los estalinistas era superior a la que Largo Caballero había concedido, y no pocos no llegamos a comprender como, ante esa situación, después de desplazar a nuestros ministros y formar gobierno Negrín, la CNT tuvo el humor de mandar a Blanco al ministerio que se acababa de formar, quien entregó a Stalin la riqueza monetaria del patrimonio español.

No es que faltará protesta a estas actuaciones negativas de la trayectoria orgánica del anarcosindicalismo; pero cualquier disidencia con lo que estaba pasando, se arriesgaba a perder la libertad o la vida. Las prerrogativas estalinianas, había llegado a tal estado, antes de entrar en vigor las determinaciones gubernamentales y militares, que debían de tener el asesoramiento y asentimiento de las vestales soviéticas. Largo Caballero ya tuvo grandes problemas, por objetar, y oponerse, en algunos casos, a las imposiciones de los delegados estalinistas.

Bien mirado, en los últimos tiempos del problema español, las características de su pueblo perdieron toda vigencia; las pocas

vigencias de su virtud popular, se habían alterado casi completamente, si por parte del fascismo había relevancia de los sistemas de Mussolini y de Hitler, en la llamada zona republicana los había del estalinismo: sin que se interprete nuestro criterio como nacionalista, la faz y sentimientos que dieron trayectoria histórica al pueblo español, desaparecieron casi completamente. El gobierno de Negrín forjó condiciones, por las que la zona republicana, sólo podía concebirse como colonia soviética, que concertaba con la potencia opuesta nacional socialista.

Pero esa prevalencia no era un dominio completo y absoluto; entre esa escoria social nauseabunda, quedaba un residuo de lo que fue la genial gesta popular anarcosindicalista y anarquista, y algún día procuraremos hablar de ella, para hacer comprender lo que históricamente, y para la humanidad, significa la gesta revolucionaria de 1936. Pero en España, no obstante, esa promiscuidad de podredumbre política, donde se hacen sentir los fermentos socialistas y comunistas, a lo que se puede añadir Esquerra Republicana de Cataluña, quedan residuos de la población laboriosa, que no abandonaron principios ideológicos, normas sanas de comportamiento social, y en ese laberinto infernal, entre otros, se destaca el núcleo Los Amigos de Durruti. Entre ellos estuvimos.

¿Quiénes éramos esta gente? Pocos jóvenes; en su gran mayoría vieja militancia de la confederación y de la FAI. No éramos adversarios de las organizaciones de tendencia libertaria; la casi totalidad habíamos entregado nuestras vidas a las necesidades orgánicas e ideológicas. Fuimos un baluarte de los postulados anarcosindicalistas y ácratas, que no obstante la

lealtad rendida a las necesidades orgánicas e idealistas, exponentes que pusimos en evidencia en los episodios más arriesgados de las contiendas, no nos faltaron maldiciones, de las inspiraciones en contemporizar “con lo legal, con lo oficial”, con aquello que orientaba pautas negativas detestables, desde nuestro punto de vista ideológico. De aquellas posiciones e interpretaciones, no son únicos testimonios los que estamos consignando; también sacamos una publicación titulada “El hijo del Pueblo”, donde podrán comprobarse las afirmaciones que estamos haciendo; mucho de lo personal que intervino en contiendas era anónimo, entre los que resaltaba Progreso Ródenas.

Una vez más, en ese penoso ciclo de acontecimientos sociales, no faltaron las comprobaciones científicas del pensamiento ácrata; no hay en la historia humana un sólo dato evidente, que de las inquietudes autoritarias se haya desprendido una actuación voluntaria y desinteresada a favor de la auténtica libertad. Si históricamente, el marxismo ha sido el factor autoritario más corrupto y cruel que ha generado el crisol autoritario en general, en la revolución española pecamos de generosidad e ingenuidad, al pensar que con esos bastardos en España, la vertiente libertaria íbamos a tener el mínimo respeto que merecía el sacrificio de tantas vidas generosas como la noble causa de la auténtica libertad nos hizo perder.

Y si aludimos a los marxistas como escoria social de lo más corrupto y denigrante, se equivoca quien pretenda no admitir, que marxistas y socialistas llamados demócratas no se entienden y van de la mano cuando obstruir la liberación humana es el objetivo a cubrir y de ello se trata; éste es un

fenómeno poco comprendido todavía, pero las rebeliones populares, y los estudios de fundamento científico, cada día más necesarios, harán accesible esa realidad ineludible. La Primera Internacional dio la alerta, y si los españoles internacionalistas hemos sido los más cautos, no lo fuimos lo suficiente para libramos de la peste marxista y de la socialista.

El exponente colectivo de la revolución española fue una aurora de realidades luminosas que no se han estudiado todavía con la integridad y veracidad que merecen y que la historia universal no ha registrado aún en sus páginas. Fueron la creación del hombre laborioso, de ese hijo del pueblo, que sufrió en los trabajos agrícolas, en la mina, en el taller y en la fábrica y fueron los hechos acrisolados en el pensamiento anarcosindicalista y anarquista, que tanto como los más impúdicos y corruptores reaccionarios, los socialistas, siempre pretendieron hundir y hacer desaparecer.

Toda la trayectoria histórica del movimiento obrero español está saturado de esos testimonios, aunque lo relevante se encuentra en lo esencial de nuestra Revolución. Si en lo relacionado con este factor Negrín fue un traidor, para ello tuvo ayuda de las vestales socialistas, especialmente de Indalecio Prieto, a quienes mucho molestaba la existencia de las colectividades anarcosindicalistas, y para ellos era necesidad imperiosa hacerlas desaparecer; y si el sugerente para esa misión fue Prieto, entre ellos convinieron que para efectuarla, era indispensable contar con alguna potencia de ejército, ya que de iniciarse ese ataque, en Aragón podía haber grandes problemas.

Y se consulta a Lister para patrocinar la acción contra los baluartes colectivos campesinos de la Confederación. Extraordinaria acción del ejército para detener y encarcelar a la militancia aragonesa, lo que hará a continuación, es destruir las colectividades laboriosas donde los campesinos trabajaban y se ganaban la vida. Pocos de los que se han preocupado de la Revolución española, conociendo la suerte que proporcionaron los estalinistas, podrán deducir, a quienes estaban sirviendo, los que de tal manera actuaban.

Bien analizado ese proceso, que culminó en lo más elevado que el proletariado organizado ha conseguido por su cuenta, lo negativo no puede ni debe ser decepcionante para renunciar completamente al ideal manumisor que fue impulsor y coordinador de lo excepcional que se consiguió y gozó. De las contiendas socialmente superiores que los pueblos afrontaron, nunca todo el horizonte de valores positivos, en lo justo y edificante, quedó íntegro; siempre lo mejor, lo de expresión más justa, más alentadora se redujo por sintetizarse, y casi siempre por ser receptáculo de intromisiones ajenas con misión absorbente que no todos saben distinguir; pero todos los bloques que así se resumen terminan en una selección de afinidades de las cuales lo mejor, lo compatible en inspiración solidaria, en progreso científico filosófico logra continuidad.

De la Revolución española, del ideal, que tanto los científicos como Reclus, como los Anselmo Lorenzo, como Kropotkine, como Sebastián Faure, Berneri, Fabri, Malatesta, y centenares que se podrían citar, han dejado sus huellas superiores, anales culturales del pueblo español, en el subconsciente de los cultos que lo son, o lo serán, yacen las potencias germinales que en el

porvenir tendrán la personalidad brillante, justiciera y armoniosa, para los entonces vivientes, que para los revolucionarios ácratas de 1936, socialmente fue imposible lograr, vivir y gozar.

Personal o colectivo, todo impulso liberador lleva algo de anarquismo, siempre que no haya interferido o se interfiera el morbo autoritario. Según conclusiones científicas (Nicolai), la vida del intelecto humano, por larga que sea, no tiene dos pensamientos exactamente iguales. Todo ciclo logra un resumen de superioridad social humanitaria.

Esta dentro de lo posible que, en nuestra actuación revolucionaria, hayamos cometido tropelías innecesarias, infecundas para la finalidad que decimos perseguir, pero ¿qué circunstancias opresivas nos inducían a ello? La persona solamente puede ser responsable de los actos que determina en completa libertad.

Si tenemos en cuenta lo afrontado por los trabajadores anhelantes de libertad, desde la fundación de la Sección de la Primera Internacional, las ofensas, atropellos, encarcelamientos, deportaciones, fusilamientos y ejecuciones en el patíbulo, no puede extrañar que todo eso haya acumulado rencores que desearan sancionar esas responsabilidades cuando las circunstancias lo permitieran. Los sufrimientos del proletariado español, sin tener en cuenta lo precedente, desde Carlos IV al verdugo Franco, son lo más horrible que se puede concebir.

Si el clamor de mayor libertad inicia su difusión por algunos

liberales y empieza a tener su coherencia política en la Constitución de Cádiz, al paso de esas inspiraciones sale el criminal monarca de la dinastía Borbónica Fernando VII, quien, durante su período de dominio cruel, todos los días funcionaron los pelotones y el cadalso efectuando atrocidades. Para una información detallada de esos funestos holocaustos recomendamos la lectura del libro de Nakens, *Los horrores del Absolutismo*, que pone los pelos de punta hasta a las personas más insensibles.

Pero aquella promesa que significaron las intervenciones liberales en la Constitución de Cádiz, en la historia social de España, al morir Fernando VII, los liberales que entran en función gubernamental no ponen en evidencia nada de lo prometido esperanzador que mucho necesitaba el pueblo y principalmente la clase trabajadora. La monarquía borbónica, de trayectoria cruel, quedó sin rectificación bajo el reinado de María Cristina. Entraron en función gubernamental los liberales, siendo presidente de su primer gobierno Martínez de la Rosa, que nada positivo hizo a favor del pueblo, hasta que Mendizábal arremetió contra los jesuitas. Despojarlos de sus bienes fue para favorecer a terratenientes, a la monarquía, y a la burguesía, mientras el pueblo moría de hambre. No pasaba desapercibida, a la sensibilidad popular, tan funesta ofensiva de parte de uno de los promotores justicieros liberales, y ello dio lugar a que se levantara y empezara a incendiar iglesias, conventos y castillos; esa gesta popular, que no fue la primera ni la segunda en la historia de España, fue la evidencia de un sentimiento repulsivo contra las injusticias sociales, de las que la tiranía borbónica tenía formadas cadenas.

Y si el liberalismo se fraccionó, para los efectos gubernamentales que unos y otros ambicionaban, se fueron sucediendo en mandatos atroces, como fueron los de Narváez Cánovas del Castillo, O'Donnell, Serrano, Sagasta y el general Prim; en la campaña electoral a favor de la revolución de septiembre se airean los problemas de las quintas y de los consumos. En el gobierno que se constituye en ese triunfo electoral figura como presidente del mismo el general Serrano y ministro de la gobernación Sagasta, y en concentración en la plaza de toros de Jaén hacia su pueblo se presenta la fuerza pública, arremete contra los reunidos y allí deja 33 muertos y más de 50 heridos. Si no de la misma magnitud numérica, en Andalucía se dan episodios en los que la sangre del pueblo la hacen correr a raudales.

Y esta realidad que pesa sobre los obreros españoles, tiene exponente de información fidedigna el libro de Díaz de Moral, *Las rebeliones campesinas en Andalucía*.

Y lo paradójico de estas situaciones de represión criminal, de las que en España no se ha librado ningún gobierno en función de dominio, y de ello no se han podido salvar, ni se salvarán nunca, los republicanos y los socialistas. Todos ellos son hijos de la misma causa autoritaria, formados y orientados por los mismos principios, y con variaciones de resultados y orientados por los mismos principios, y con variaciones de resultados más o menos agresivos y victimarios, todos están destinados a producir otros. Socialmente es lo genético del autoritarismo.

Después de la renuncia de la corona por Amadeo de Saboya de España, Sagasta fue presidente de un gobierno reaccionario;

ya teníamos en actividad la Sección Española de la Primera Internacional, dotación de personalidades valiosas, con intelecto luminoso, con vibración moral justiciera, con arrojo para la defensa de la clase trabajadora, incansables y valientes. En esas actividades intervino Anselmo Lorenzo, Morago, Francisco Tomás, Arus; Severino Albarracín entre otros titanes, a quienes un poco más tarde que los aludidos, se incorporó el científico Tarrida del Mármol que, en lo orgánico jugo papel extraordinario. Fueron el núcleo titánico con arrestos para enfrentamientos con los recursos más agresivos de la tiranía burguesa y capitalista, y pusieron en evidencia ser lo estelar del intelecto para manumitir a los humanos, preferentemente a la clase trabajadora.

Y tuvieron que abordar y comprobar la excepcional prueba de las afirmaciones ácratas, consistentes en que todos los sistemas autoritarios, no importa con que denominación, están al servicio de la misma finalidad, indiscutible ante los resultados históricos que la ciencia nos ha dado, nos está dando y nos dará con mayor amplitud. Y ya en la palestra lo selecto de la Primera Internacional en España, es a un diputado apellidado Hevía a quien se le ocurre plantear en el Parlamento, que lo que planteaban y defendían los internacionalistas públicamente era inmoral y era intolerable, y que el gobierno estaba obligado a anular esa propaganda. Ese problema lo acoge Sagasta y lo somete a debate en el recinto Parlamentario.

Y a los debates que concurren unos cuantos de emporio republicano y socialista, de lo más pulcro que en la defensa de la libertad se habían manifestado, alguien de los cuales, por esa posición, fue sentenciado a muerte, porque a tiempo pudo salir

del país, Castelar. Otros como Fernando Garrido, tuvieron que pagar con cárcel, por escribir un folleto y algún trabajo en defensa de los trabajadores; pero lo interesante en lo que estamos abordando es que Pi y Margall, que Salmerón y Emilio Castelar y Fernando Garrido, crema y nata del republicanismo y del socialismo, con aquella arrogancia que proporciona ser defensores de la justicia, del pueblo trabajador, en esta de la Primera Internacional, se presentan al Recinto parlamentario para combatir con el gobierno, que ya había lanzado una Circular a los gobernadores, para que suprimieran todos los centros de la Internacional y todas sus publicaciones.

¡Que jornadas de elocuencia verbal, de aportación de razones justicieras y humanistas tan sublimes se vertieron a favor de los explotados de parte de los que se erigieron defensores de los internacionalistas! Si cierto que es que existe una referencia histórica del señor Cambronero con algún parecido a lo que estamos refiriendo, aunque algo creo conocer, dudo que haya otro exponente parlamentario en nuestro país donde haya habido tal derroche de argumentos justicieros de los derechos que el hombre tiene para asociarse y defender sus derechos. Contrariamente a lo que pueda suponer quien desconozca esos debates de magno interés, confieso que solo Pi y Margall me decepcionó; es algo de lo que dijo y como se dijo en esos debates, que no deberían ignorar quienes todavía creen en las soluciones políticas y parlamentarias.

Tengo la documentación completa de esos debates; confieso que hace más de cincuenta años que los leí por primera vez; y en tales circunstancias, no porque tuviera ninguna confianza en los sistemas políticos, que nunca la he tenido; pero

especialmente en lo de Garrido, en lo de Salmerón y lo de Castelar, hallé interpretaciones, valoraciones de conceptos sociales, de deficiencias sociales y tiránicas, que llegaron a emocionarme. Pero por valiosa que me fue esa lectura, me indujo a mayor interés a estudios e investigaciones históricas, para consolidar y ampliar mis convicciones opuestas a todos los credos autoritarios.

No faltaron contrastes a los magnos elogios que las figuras aludidas dedicaron a los internacionalistas; los debates aludidos tuvieron, como correlación inmediata, el advenimiento de la Primera República, y cuatro de los que participaron en las contiendas parlamentarias fueron presidentes de la Primera República Española, Pi y Margall, Salmerón y Castelar; sobre el comportamiento de estos, Romanones tiene un libro escrito, con sus propias fotografías, en el que hay consignado el documento que presentó Amadeo de Saboya cuando renuncia a la Corona de España. En el comportamiento de los republicanos desde las magistraturas que ostentaron, ¿qué hay de compatible con lo que defendieron en los debates parlamentarios? Nada absolutamente; por decirse repúblicanos, y desde ese ángulo social, para su propaganda, defender algo de lo correspondiente al movimiento obrero, y al anarcosindicalismo, en las prácticas gubernamentales fueron igual o peor que los otros sistemas de dominio.

En ese aspecto todos los republicanos y socialistas engañaron. Pi y Margall, cuando iniciaba sus ejercicios intelectuales, estuvo trabajando como maestro en el colegio que en Madrid abrió nuestro compañero Ignacio Cervera; en el 64 editó su primer libro, *La Reacción y la Revolución*. Ese libro fue algo

esperanzador, porque sus conceptos ya iban afectados de nuestro pensamiento social y revolucionario; lo referente a las independencias y al federalismo, ya eran inquietudes que preocupaban y movilizaban personal que aún no se habían inscrito en la Sección Española de la Primera Internacional, porque todavía no se había constituido; pero cuando el advenimiento de la república, en el movimiento cantonalista, tuvieron intervención a fondo en los problemas sociales que se plantearon. Pi y Margall, como primer Presidente de la Primera República se vio con grandes problemas frente al pueblo por situaciones que él había bosquejado como probables e ineludibles, frente a las cuales, como gubernamental, desempeñó un papel ridículo y tiránico.

Por razones de formación y principios, ninguno de los tres que patrocinaron la Presidencia de la Primera República pudieron hacer otra cosa que lo que hicieron; a pesar de sus argumentos literarios y verbales, eran cautivos de una potencia fundamentalmente autoritaria y determinante, que optó por enfrentarse con los bosquejos libertarios que, en nombre de la libertad y su esencia, los cantonalistas empezaron a poner en práctica; y si eso fue una alteración de los estamentos burgueses y capitalistas, los republicanos gubernamentales no apelaron a los prominentes internacionalistas de España, como eran Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol, Morago, Francisco Tomás Severino Albarracín y otros de médula libertaria, que si los había en aquellos momentos, y prefirieron movilizar a los generales Pavía y Serrano para poner en acción al ejército Español quien, si produce derramamientos de sangre en todo el país, lo que los militares llevaron a cabo en Andalucía, en Alcoy, en Valencia, en Cartagena y otros lugares, fueron atrocidades; monstruosidades

criminales, como todo sistema autoritario produjo todos sus sistemas de dominio donde quiera que los ejerció; y en el caso que nos ocupa, los republicanos, que en algunos casos tuvieron hasta bellos elogios para los internacionalistas, en el que nos ocupa, movilizaron los pelotones de fusilamiento para salvar los principios autoritarios.

La referencia que acabamos de hacer no es una excepción en las luchas sociales afrontadas por el pueblo Español, y principalmente por el sector obrerista de condición ácrata o anarcosindicalista. Desde Felipe II, pasando por todo lo que han sido represalias sangrientas y criminales de la dinastía borbónica, hasta llegar a la democracia socialista, en nombre de los principios autoritarios, se han efectuado y se efectúan los atropellos más indignos que puedan aplicarse a los aspirantes de más amplia libertad, a mayor bienestar y respeto a quienes, por su condición de obreros, de trabajadores, son los forjadores de la riqueza social que goza España, que constituye el emporio internacional, acaparado por el parasitismo corrupto burgués y capitalista.

Esas virtudes sociales, represaliadas siempre de la peor manera para supeditarlas y explotarlas y no obstante esa potencia opresora, en su medio germina, se fecunda y florecen los factores promisoros de las más amplias y bellas libertades; y para cultivarlas, potenciarlas y fecundarlas, si la Sección Española de la Primera Internacional se apertura de actividades conscientes, de conocimientos protectores y ampliadores de los derechos humanos, la Confederación Nacional del Trabajo, continuadora de los cimientos manumisores que le preceden, se erige en vergel de lo más realista y prometedor que la

humanidad ha podido concebir para su más amplio y elevado bienestar. Para esos objetivos se abrieron brechas, se aportaron conocimientos, se arriesgaron y perdieron vidas y libertades. Con factores edificantes y promisoros, en 1911 se constituye y surge a la palestra la CNT; no es propiamente de su creación todo lo que pone de mejor calidad humana y social; en ese patrimonio figura una herencia sublime, donde el buen investigador de la historia, hallará esfuerzos para aportaciones edificantes de la Organización, estudios para embellecer la vida libertaria, riesgos personales para inutilizar oposiciones al desarrollo del progreso liberador; y entre todos esos factores, que se mueven con inicial coherencia, campea la vibración moral del militante anarquista y anarcosindicalista, esa generosidad abnegada del pensamiento y de los sentimientos ácratas. Y todo ello, si es constructivo, por la compenetración humanista que fomenta, no nos podemos inhibir del factor demolición, de todos los que obstruyen la edificación, libre de la humanidad. Y de ello se desprende como necesidad complementaria a lo más subliminal del ideal de la acción revolucionaria, para vencer bloques de resistencia autoritaria, que se resisten a la suerte que la evolución cultural y científica le tiene reservada.

En torno a las organizaciones de tendencia libertaria, no son destellos de vagas imaginaciones, si por una parte son realidades ampliamente difundidas, aunque poco y mal conocidas, por mi parte no tengo ningún interés en alterarlas o exagerarles; si algo hay asimilado por mí y mis participaciones, a lo que he vivido durante cerca de ochenta años conste, como partidario de todo lo verídico y justiciero, salvo algún error involuntario, estoy muy interesado en que la verdad resplandezca en todo lo concerniente a los movimientos

libertarios (CNT y FAI) porque en 78 años de militancia no he pertenecido a ninguna otra organización, ni he preconizado otras ideas que las ácratas; he estado frente a todas las interferencias y pactos con otras vertientes obreristas y políticas, y al cuidado que de esos sectores nadie tenga intromisión en nuestros problemas. Somos dos organizaciones de ideas convergentes, y para nuestra misión social, nada necesitamos de postulados ajenos; y menos de la escoria social, que aludiendo alguna coincidencia se ha introducido entre nosotros para producir discordias vergonzosas y denigrantes.

No obstante la tristeza que me afecta y me hace constatar lo que en estos días pasa en la CNT y en FAI, me regocija recordar ese pasado brillante de las organizaciones ácratas, porque no obstante su situación lastimosa actual, a lo que algún imbécil, por desgracia no faltan, diga que las organizaciones libertarias “ya pasaron a la historia”, el pensamiento anárquico resurgirá, se ampliará, se superará, porque es el único recurso que queda para forjar una humanidad compenetrada, armonizada, de trabajo y solidaridad universalista, recursos que no los lleva ningún sector autoritario y menos religioso. Aceptamos que estamos afrontando una crisis, como personalmente la afrontan por diversos motivos no pocas personas; y si lo personal tiene existencia limitada, lo ideal anarquista, protegido por la naturaleza, por las personas estudiosas, por los ingenios científicos y filosóficos que la sana cultura lanza constantemente, el ideal ácrata, todo lo que en creaciones con él coincida, está destinado a ser culminación constante de todo lo bueno y cada día mejor.

En aras del destino, en varias actividades de lo fundamental y

proyectado, siempre por acuerdos y normas basadas en principios, hemos tributado 78 años de nuestra vida a necesidades orgánicas, todas de finalidad libertaria y humanista; y no todas ellas fueron de fácil solución, porque no pocas veces, la militancia consagrada a la defensa de los postulados anarcosindicalistas arriesgaba la existencia; pero ya en esos trances, estimulaba la compañía con la que participabas en la acción, con la confianza de que actuabas con personas serias, conscientes, con arrojo y valentía, con quienes compartía vibración ideológica, sentimiento revolucionario liberador, no de secta, y sí del conjunto humano universal.

Sin exageración a lo que vengo consignando puedo decir que esas actuaciones, que con frecuencia hacían perder la libertad, pasar días en calabozos de jefatura, sacarte en lo más alto de la noche, para darte una buena batida de trompazos o a la cárcel como preso gubernativo; y esto se efectuaba a coincidencia de Esquerra Republicana de Cataluña, y de sus jerifaltes nacionalistas; casos concretos podríamos citar, de algunos ya hubo información, especialmente en el periódico libertario *El Luchador*, donde se publicó una foto de la espalda de Cristóbal Aldabaldetrecu, militante vasco anarquista, a quien de los golpes policiacos dejaron su espalda hecha una mancha negra.

A partir del Primero de Mayo de 1931, hasta el 18 de Julio del 36 que estalla la Revolución, los conflictos huelguísticos que afrontan la CNT y la FAI, son una larga cadena de episodios en los que la militancia de vanguardia puso su ingenio, su voluntad, y lo más vibrante, a favor de los justos requerimientos que formulaban los trabajadores.

Debido a unas diferencias que entre los miembros que habíamos sido del Comité Revolucionario surgieron, nos comprometimos a que sobre el particular, mientras no saliéramos en libertad, nada se removiera. Ya en libertad, todos los afectados del excomité, con las mejores predisposiciones, optamos por una reunión para ventilar lo que dejamos pendiente, reunión que se celebró en el Ateneo Libertario del Clot. Ya sentados para discutir, a mi lado por una parte tengo a Aurelio Fernández y por otra, a Francisco Ascaso, y Durruti lo tenía frente a mí en la otra parte de la mesa. Se trataba de algo que se había difundido en contra de Durruti; el informador era García Oliver, y todos nos dimos cuenta, que en la medida que Oliver hablaba, Durruti se iba sorprendiendo y molestando; con un puñetazo en la mesa, que todo y siendo grande la hizo temblar, y un ¡Basta Ya!, y llorando como una criatura empieza a hablar, no había manera de hacerlo callar, de dejar que sus ojos derramaran tantas lágrimas; y en ese trance es cuando Ascaso se levanta, se acerca a Durruti, y junto a él le pone una mano en cada hombro, y con un sonido cargado del mejor afecto de compañerismo le dice: “Durruti, basta de llantos y de lágrimas”, al mismo tiempo que las manos de Ascaso descansaban sobre los hombros de Durruti, y en ocasiones, de manera cuidadosa le zarandea los hombros, indicándole que no llorara ni hablara más; y cuando esto se logró, Ascaso se dirigió a García Oliver, y también con la mano en el hombro le dijo: “Y tú, mira lo que dices, como lo dices y dónde lo dices; ya sabes de lo que somos capaces”.

No continuó la reunión; todos los ajenos a los motivos que la promovieron lamentaron lo ocurrido, y después de algo ajeno y esporádico optamos por irnos, y si yo por Durruti sabía algo que

hubo hacia años, encontré hasta ridículo y penoso que Oliver hubiera planteado ese problema. De todas maneras, aunque una vez más tuve oportunidad de hablar con Durruti, me entristeció lo ocurrido, no obstante que en la despedida, Oliver y Durruti se dieron un abrazo, y cada cual nos fuimos a donde nos pareció.

Después de este acontecimiento, presentía yo, que no obstante la unanimidad que habíamos observado en la defensa de lo confederal y lo específico, lo ocurrido recientemente iba a producir disgregación entre aquellos en que tan positiva coincidencia hubo para la defensa de nuestras organizaciones, y especialmente en los conflictos donde entraban en juego los obreros. No hubo ningún resentimiento entre el bien definido baluarte, cuando lo conflictivo reclamaba nuestra intervención; ese ámbito fue ampliándose, especialmente entre la juventud, alguno de los cuales, sin abordar tareas culturales que estaban efectuando pedían participar, y participaban en aquello que correspondía a conquistas protectoras de la clase trabajadora.

En esa posición, según mis experiencias y recuerdos, en la época que se inicia en el advenimiento de la Segunda República, el núcleo que se distingue en aportación de actividades, es el grupo específico Eureka.

Yo puedo decir y garantizar, que desde mi regreso de Francia en marzo de 1931 a julio de 1936, tanto la CNT como la FAI, abren un proceso de los mejores sentidos que culmina en nuestra gran Revolución; las pequeñas diferencias de interpretación orgánica e ideológica tienen su comprensión y buenos deseos, testimonio de lo cual fueron los resultados del

congreso de mayo de 1936, aunque confieso no estar completamente de acuerdo con todas las conclusiones a que se llegó; pero la concordancia que a todos los niveles de relación se daba no dejaba de ser edificante en la mayor proporción del movimiento. La excepción de mayor envergadura que surgió fue el treintismo que posteriormente llegó a tener comprensión y superarse para lograr la integridad orgánica.

Desde mis participaciones insignificantes, a las de mayor envergadura en actuaciones y riesgos, puedo decir que he vivido los momentos más emotivos y satisfactorios de mi vida, en lo que se refiere a la lucha social, sindical y específica; y todo ello tiene un compendio de situación, como las huidas del bar la "Tranquilidad", cuando la policía se presentaba a detenerlos, y las piernas tenían que practicar agilidad para evitar ir a los calabozos de Jefatura, y, a veces, de allí a la cárcel, para pasar tres o cuatro meses de gubernativo en ese reclusorio. Cuando ya estábamos en el movimiento del 8 de enero de 1933 y necesitábamos los del Comité contactos más asiduos y de mayor tiempo, se sugirió ir alternando en diferentes lugares, para que el plan de reunión no fuera fácil de ser localizado por la policía.

Y ante lo que se daba en el Tranquilidad y el Paipay, que a veces no te daban tiempo para tomar el café, fue Pérez Combina quien sugirió donde, con tranquilidad, se podía tener alguna amplia reunión un tanto creativa para los sábados, por la tarde o domingos por la mañana; y se trataba de una parte de Rompeolas donde había unas barcasas y viejas que cocinaban mejillones con tomate, donde podíamos reunirnos, y discutir lo que conviniera sin que nadie nos molestara; y allí que empezamos a ir, recuerdo unas palabras de Durruti de la

primera reunión que tuvimos en las barcazas del Rompeolas quien, al catar lo que se nos había servido dijo: “esto está muy bueno”, y Oliver le contestó, en tono de broma, Som a Catalunya. Si en ese ámbito geográfico reinaba compenetración orgánica general y buena voluntad para defender los postulados libertarios, con relevancias, de solidaridad moral para proteger esos valores, había una causa para tales efectos brillantes.

La abnegación personal, que enlazaba factores de pensamiento social selecto, pudo forjar ese emporio de actividades anarcosindicalistas y anarquistas ya erigidos en antorcha luminosa por todo el país. Se supieron conjugar y coordinar factores que potenciaron al conjunto, con una predilección cultural que alcanzó, dio brillo y potenció, lo que era realidad y perspectiva de superioridad social, de positiva defensa humana de quienes más la necesitaban; y para ello, unos más, otros menos, cada cual con lo que podía. orgánicamente constituimos el crisol más positivo de derechos que la humanidad ha conocido.

Si es en Catalunya, yo lo viví, lo gocé entre algunos episodios que arriesgaron mi vida y en otros me hicieron perder la libertad, no puedo decir que todo ello fuera exclusivo de Catalunya. Si no de la misma magnitud que en ese hemisferio geográfico alcanzó, el fenómeno excepcionalmente social, en el resto de España por los mismos tiempos también se dio bastante de la misma condición. Y si Catalunya fue lo más radiante, donde se efectuaron las gestas de exponente más positivo, tanto en las realizaciones como en lo combativo, hay que reconocer que, en ese marco regional, coincidieron personalidades de temple y vibración ácrata y de procedencia diversa que contribuyeron a

la causa. Con ello se hizo honor a la finalidad universalista que siempre dijimos defender.

Todas las maravillas de fundamento, social que el anarcosindicalismo puso en evidencia, tuvieron como base determinante factores importantes, entre los que estuvieron, y tendrán que concurrir, están la experiencia y la cultura. El campo de las experiencias, como el de la cultura, son muy amplios, pero no todo contenido es aprovechable para cubrir objetivos de compenetración y libertad humana. La cultura, que quiere decir cultivo, tiene muchas especialidades, y no todas son compatibles para el enaltecimiento y manumisión de la persona, y nosotros, basándonos en la esencia del pensamiento ácrata, en el cultivo del intelecto y de los sentimientos, buscamos potenciar, todas aquellas prácticas y procedimientos tendentes a fomentar la solidaridad y protección que determinan el bienestar y felicidad sin distinción para todos los humanos. En la enseñanza, factor que nosotros hemos tenido muy en cuenta, sin que se me interprete como herejía yo afirmo que la razón puede ser un factor auxiliar para nosotros, pero que no deja de ser dialéctico y con finalidad de metas antagónicas.

Aunque las experiencias culturales pueden inducirnos a rectificaciones, en aras a lo mejor para todos, nosotros hemos tenido escuelas llamadas racionalistas, ateneos y centros culturales para la misma finalidad, y si de ahí pasamos a las publicaciones, en una somera investigación que he hecho a partir del *Eco del Comercio*, publicación que ya en 1842, destacó la colaboración de Antonio Ignacio Cervera, llevo consignadas más de setenta. Para dar cuenta lo que ha sido nuestra tribuna en ese menester, hay que leer lo que la compañera Lamberet ha

escrito sobre el particular. En torno a todo ello, aunque obligado será, en un estudio minucioso y correcto, tener en cuenta que en el exilio es sorprendente la gran labor que en lo cultural, en los tiempos normales, en pos de la manumisión humana hemos efectuado las organizaciones libertarias.

Forzoso es reconocer que, si algunos paladines como *Solidaridad Obrera* tuvieron la relevancia Cultural que dejó consignada en su historia, todo y afrontado algunas serias adversidades, pudo salir triunfante de sus adversidades, fue porque tuvo el apoyo de una organización coherente, de hombres valiosos en lo intelectual y en lo moral, a más del reconocimiento y adhesión de la base obrera, de que la *Soli* era el portavoz de las inquietudes y defensora de los derechos. En el ámbito confederal, unos para crear lo correspondiente a lo cultural, otros para asimilarlo y difundirlo, resultaba un conjunto de valores edificantes que resultaba satisfactorio y estimulante; ese contenido fue diseño inicial de la diversidad de actuaciones que, con más amplitud y esmero, arraigaron en la inteligencia y en la moral de quienes fomentaron la convivencia libre.

Todo lo bueno y edificante que tuvieron nuestras organizaciones, elevadas a relaciones personales de defensa social, es porque en la formación personal tomaron lugar las inquietudes de condición ácrata. Eso nos hace comprender que, el anarcosindicalismo, solo tiene de bueno, lo que le ha legado el anarquismo, si de ello se le despojara a la CNT, su sindicalismo sería como cualquier otro de los reformistas que se desenvuelven engañando a la clase trabajadora. Por esa razón indiscutible, es por lo que se hace hincapié en la práctica de la acción directa y en la oposición a todo centralismo y principios

autoritarios. Y esto se ha sostenido mientras la militancia de vanguardia, con alguna lastimosa excepción lo ha defendido con éxito en los principales comicios de la organización.

Por nuestra parte, en ese ángulo de la organización, hemos estado siempre, en los mejores y peores tiempos de la Confederación. La verdad histórica es que, cuando el morbo centralista ha penetrado en nuestro horizonte con alguna influencia determinante, la CNT entró en decadencia, porque perdieron movilidad los recursos de sus principios, que dejaron a los trabajadores sin defensas de sus derechos y de sus recursos manumisores; y ello se dio, y permanece actualmente, porque desde los primeros tiempos de la Sección Española de la Primera Internacional hasta el presente, todos los gobiernos tuvieron el propósito de que desapareciera la vitalidad obrera que llegó a culminar en la Confederación Nacional del Trabajo; y si ello no lo lograron, no obstante las duras represiones, que el autoritarismo de toda condición ha aplicado para que desaparezca la CNT, es porque a pesar de haber reducido las defensas personales que ha tenido, aún le queda un reducto de sana resistencia que le permite vivir, y abrir brechas de prosperidad.

Mírese como se quiera, dígase lo que parezca, las esencias ideales y morales que vibran en lo fundamental del pensamiento libertario son perpetuas, inmortales. Es comprensible que los hombres o las generaciones que las patrocinan, que las defienden, que las perfilan, que les abren y amplían vías tropiecen con dificultades, pero en esos esfuerzos humanistas, que pueden constituir la felicidad de los humanos, hay que dar a comprender que, para la realización de la dicha para todos los

humanos, no hay más que el pensamiento y los sentimientos libertarios, la ética y la moral ácrata. Para esa finalidad sobran todas las inquietudes y sistemas autoritarios, todas las creencias y divinidades hasta la del fantasma divino que nunca existió